

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA COQUETA
CAUTELOSA



de

Mason, representa a un joven que resultó herido en un accidente de coche en el que el conductor que se dio a la fuga. Siguiendo instrucciones de Mason, Paul Drake pone un anuncio en el periódico pidiendo testigos del atropello. El caso se complica cuando dos conductores distintos se responsabilizan del accidente.



Erle Stanley Gardner

El caso de la coqueta cautelosa

Perry Mason # 34

ePUB r1.1

Ronstad 20.07.2013

Título original: *The case of the cautious coquette*

Erle Stanley Gardner, 1949

Traducción: Miguel Giménez Sales

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ARGYLE Stephen: Acaudalado industrial petrolero, dispuesto a admitir toda su responsabilidad.

BARTON Lucille: Rubia, bella, deseable, coqueta y cautelosa.

BARTON Willard: Esposo de la anterior, ya divorciado de ella.

BOONE Carlota: Usualmente insiste en cobrar dinero contante, pero acaba por conformarse con un cheque.

BURGER Hamilton: Fiscal, gran enemigo de Perry Mason, y siempre derrotado por éste.

CAFFEE Daniel: Otro ricachón, deseoso de admitir su culpabilidad.

COLSON Arthur: Socio de Lucille, que juega una partida sumamente peligrosa.

DRAKE Paul: Jefe de la Agencia de Detectives Drake, mano izquierda de Perry Mason, que nunca tiene tiempo de comer ni dormir.

FINCHLEY Bob: Joven cuya cadera fracturada es la causa de todo el embrollo.

GOSHEN Cari Evert: Un testigo muy poco de fiar.

HOLCOMB: Sargento de la Brigada de Homicidios, deseoso de ascender sea como sea.

INGLE Frank P.: Agente de seguros que se pasa de listo.

LANDO Jerry: Alto, atlético y dispuesto a todo por servir a Perry Mason.

MASON Perry: Conocido y magnífico abogado, siempre metido en enredos por defender la justicia.

OSBORN: Un juez que sabe administrar justicia con imparcialidad y buen humor.

PITKIN Hartwell D.: Mayordomo y chófer de Stephen Argyle, con un pasado dudoso y un futuro precario.

TRAGG: Teniente de la Brigada de Homicidios, situado a media distancia entre el abogado Perry Mason y el fiscal Hamilton Burger.

Prólogo

Toda mi vida he peleado por la imparcialidad y el perfeccionamiento de la administración de la justicia.

Presumo que los lectores de esta obra están interesados en el crimen y la justicia.

Y espero que estas palabras atraigan la atención sobre una de las grandes injusticias de la actualidad.

Cuando ha expirado la sentencia de un delincuente, desciende los peldaños de la prisión como hombre libre. Teóricamente, ha pagado su deuda a la sociedad y se halla en camino de no volver a pecar. En realidad, el que sale de la cárcel no es más que un hombre amargado, enemigo de la sociedad, sin ninguna influencia benéfica y dispuesto a iniciar una nueva serie de delitos.

Las juntas de «palabra» reconocen este hecho.^[1]

Cuando un individuo queda libre bajo «palabra» antes de que expire su sentencia, la sociedad ejerce cierto control sobre él. El «apalabrado» debe presentarse regularmente a su oficial de probación. Se halla colocado en la posición de ganar un sueldo mediante un empleo digno y se supone que continuará en el mismo y se presentará periódicamente a su oficial. De lo contrario, viola la palabra y puede ser devuelto a la prisión.

Por lo tanto, está claro que incluso en los casos más desesperados, es preferible poner bajo palabra a cualquier preso que muestre señales de rehabilitación que hacerle purgar hasta el último minuto la sentencia y luego permitir que se desvanezca en nuestra atestada civilización, sin estar sujeto a ninguna fuerza restrictiva, para dedicarse a unas actividades que las autoridades no pueden controlar y de las que no tienen el menor conocimiento.

Por lo tanto, las juntas de palabra, que comprenden estos

hechos, tratan de emplear el poder de la palabra, que detentan para proteger la sociedad en lo posible, y al mismo tiempo darle al preso una oportunidad para dedicarse a una labor remuneradora y legítima al salir de la cárcel.

Cuando el apalabrado cumple dignamente, el público no vuelve a oír hablar de él. El público no se entera que Juan Pérez, que está prestando sus servicios eficientemente en una gasolinera, es un hombre que cometió una equivocación, pagó su deuda a la sociedad y ha enderezado su torcida ruta.

Pero cuando un apalabrado comete otro crimen, el público se entera de todos los detalles. Se produce un alboroto tremendo. Y sin embargo, por cada uno de esos fracasos, existen muchos éxitos.

Lo importante es que el público no comprende que, virtualmente, todos los individuos que están apalabrados y vuelven a violar la ley, habrían sido puestos en libertad en un período de tiempo realmente breve.

Ante esta incomprensión pública tan manifiesta, ante este adverso e injusto husmear de la prensa, las juntas de palabra continúan ejerciendo su mejor discreción para estudiar los casos cuidadosamente y cumplir con su deber.

Muchas veces, estas juntas obran con poca discreción ya que las cárceles están excesivamente llenas. Con la indiferencia de los contribuyentes ante este problema, negándose a pagar más comodidades para las prisiones, con los funcionarios de la ley que constantemente envían más gente a las cárceles, es una necesidad matemática dejar algunos individuos fuera, a fin de que puedan ingresar los nuevos. En algunos casos, las juntas de palabra cometen graves equivocaciones. Pero es sorprendente que, siendo como es la naturaleza humana, siendo tan falible como es el criterio humano, no cometan muchas más.

En conjunto, las juntas de palabra realizan una excelente labor.

Por eso estas palabras del prólogo quiero que sirvan de tributo a un grupo de hombres que, valerosamente, continúan cumpliendo con su deber, tal como lo entienden. Y deseo dedicar este libro a esos desconocidos del campo de las relaciones públicas:

LAS JUNTAS DE PALABRA.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Casi a las nueve, Perry Mason se reunió con Paul Drake para el desayuno.

El alto detective, propietario de la Agencia de Detectives Drake, le sonrió al abogado.

—Llegas treinta segundos tarde, Perry.

—Tu reloj va treinta segundos adelantado, Paul. ¿Has pedido algo? —Mason sacudió la cabeza, sonriendo.

—Sí. Jugo de piña doble, huevos con jamón, tostadas y café. Lo servirán al momento. ¿Has visto mi anuncio en el periódico?

—No —replicó Mason—. ¿Qué anuncio?

—Para el caso Finchley.

—Precisamente iba a preguntarte por él.

—Pues sí, he puesto un anuncio en los diarios de esta mañana. Y saldrá en *La Hoja* de esta tarde.

—Buenos días, señor Mason —saludó el camarero, penetrando en el reservado con el jugo de piña—. El señor Drake me pidió que le preparase el desayuno y ya está casi a punto. Ahora les traeré los huevos con jamón. El señor Drake añadió que usted no tardaría.

—Y no he tardado.

Drake tomó un sorbo prolongado del jugo de piña, luego dejó sobre la mesa su vaso medio vacío, cogió su cartera y sacó un periódico.

—Aquí lo tienes —dijo.

Mason estudió el anuncio que le señalaba el detective.

¡CIEN DÓLARES DE RECOMPENSA!

Si las personas que estaban cambiando el neumático de

un automóvil en el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive a las cinco de la tarde del día tres se ponen en contacto con la Agencia de Detectives Drake y dan una descripción que sirva para identificar el sedán negro que, yendo a toda velocidad por Vermesillo Drive chocó con un coche «Ford» en la Hickman Avenue, recibirán CIEN DÓLARES en mano. Unos transeúntes creen que la joven del auto aparcado anotó la matrícula del sedán negro, pero abandonó el lugar del accidente antes de que llegase la ambulancia. Cualquier información que conduzca a la identificación de este conductor desaprensivo obtendrá el premio de cien dólares. Dirigir todas las comunicaciones a la Agencia de Detectives Drake, apartado 624.

—Sí, esto debería dar buenos resultados —aprobó Mason, doblando el periódico—. Ese chico Finchley quedó malherido... Odio a esos conductores que atropellan a alguien y luego escapan a toda velocidad.

—Probablemente llevaría algunas copas de más y no se atrevió a parar —opinó Drake—. Naturalmente, los que iban en el coche aparcado tal vez no vieron nada.

—Según mis informes, sí lo vieron todo —refutó Mason—. En el coche iban un individuo y una joven. Era un sedán de color claro, bastante nuevo. Evidentemente, acababan de cambiar un neumático. El individuo estaba metiendo el viejo en el portaequipajes cuando ocurrió el accidente. La joven anotó algo en una agenda. Aparentemente, la matrícula del coche que huyó a toda velocidad del lugar del accidente después de enviar el auto de Finchley contra un faro.

El camarero sirvió los huevos con jamón, junto con el café y unas tostadas a punto de dorado.

—Supongo que su testimonio es contrario a tus clientes —preguntó Drake.

—No, si dicen la verdad. Además, deseo saber quiénes son. Y no quiero que se queden en el fondo de la cuestión para que un buen día aparezcan como testigos del acusado.

El camarero volvió a presentarse en el reservado.

—Le llaman desde la oficina, señor Drake —anunció, en son de disculpa—. Su secretaria dice que ha recibido una respuesta al anuncio, y que es conveniente que se entere usted mientras se desayuna con el señor Mason.

—Que alguien me traiga aquí la respuesta —ordenó Drake—. Dígale a mi secretaria que mande a alguien con un taxi lo antes posible.

Mason sonrió.

—Ese anuncio conseguiré algo, Drake.

—El *dinero* conseguiré algo, Perry.

—Ese chico, Finchley, tiene una cadera fracturada —explicó el abogado—. Pensaba ingresar en la Universidad. Sí, me gustaría entendérmelas con ese conductor tan descortés.

Drake hizo una pausa para tomar un sorbo de café.

—Probablemente, no te servirá de nada, Perry —replicó luego—. El conductor del otro auto estaba bebido. De haberle atrapado en el lugar del accidente, habrías podido demostrar su borrachera. Pero ahora, habrá preparado la bonita historia de que fue el coche de Finchley el que chocó con el suyo, que él miró hacia atrás, que estuvo seguro de que no se había producido ningún daño y...

—... y entonces le destrozaré, acusándole de conductor desaprensivo —le atajó Mason.

Drake sonrió.

—Crees que lo harás. Pero descubrirás que ese tipo posee un amigo influyente, que es amigo a su vez del fiscal del distrito. Y te encontrarás con toda clase de gente influyente que llamarán por teléfono asegurando lo buena persona que es el tal, bondadoso con su familia, considerado con los perros y los gatos, una persona que hace sustanciales donaciones a las causas religiosas y a un partido político.

—Sin embargo, lo destrozaré —repitió Mason—. Lo pondré en el estrado de los testigos y lo abriré en canal.

—No podrás —objetó Drake—. Un agente de una compañía de seguros irá a visitar a Bob Finchley y le dirá: «Mire, si presenta usted una demanda, aunque tenga éxito, deberá pagar a un montón de abogados, y cuando haya acabado, se verá enfrentado con una demanda en contra, deberá acudir al Supremo y el resultado no será

ni la mitad de bueno que si nosotros abonamos las facturas del hospital y los médicos y le damos el importe de un coche nuevo. En realidad, gracias a las conexiones que poseemos, podrá comprarse un último modelo y...».

—Cállate —sonrió Mason—. Me estás estropeando el desayuno.

—Sólo te digo lo que ocurrirá.

—Sé lo que ocurrirá, pero deja que averigüe quién conducía el sedán negro y tendrá algo en que meditar.

Durante unos instantes, comieron en silencio. Luego, volvió a comparecer el camarero.

—Un chico de su oficina, señor Drake. Me ha entregado este sobre y está aguardando por si hay respuesta.

—No —repuso Drake—. Esta carta habla por sí misma.

El detective desgarró el sobre de papel manila, dirigido a la Agencia de Detectives Drake.

—Aquí dentro hay algo pesado —dijo.

Agitó el sobre y cayó una llave encima de la mesa.

Drake la contempló, sorprendido.

—Probablemente, la llave de la situación —rió Mason.

—¡No hagas chistes tan de mañana! —se quejó Drake.

—¿Qué hay de la carta? —preguntó el abogado.

Dejando la llave sobre el mantel, Drake sacó la carta, escrita a máquina en un papel de color.

—Lleva fecha de ayer —anunció Drake— y está dirigida a la Agencia de Detectives Drake. Escucha, Perry.

Muy señores míos:

Las personas cuya ayuda solicitan desde el anuncio de La Hoja, no se pondrán nunca en contacto con ustedes voluntariamente. Yo estoy interesado en que se haga justicia y voy a darles la siguiente información:

En el momento del accidente, ayer tarde, en el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive, Lucille Barton y un caballero, cuyo nombre ignoro, se hallaban cambiando un neumático del automóvil de la señorita Barton, un sedán pardo claro. Este automóvil estaba estacionado en el lado sur de

Vermesillo Drive, junto al cruce con Hickman Avenue. La señorita Barton presenció el accidente y, con gran presencia de ánimo, anotó el número de matrícula del coche que huyó por Vermesillo.

Más tarde, le contó a su acompañante lo que había hecho. Éste sintió pánico, explicándole a ella que arruinaría su vida si se sabía que estaba en su compañía en aquella hora. (Ignoro quién es el hombre ni el motivo de que le asuste tanto dar a conocer su identidad). Sin embargo, soy un buen amigo de Lucille. Y sé que este asunto es para ella un cargo de conciencia. En tales circunstancias, esa joven no puede suministrar la información que ustedes desean, ni admitir que se hallaba en el lugar del accidente.

Pero yo he obtenido una llave duplicada de su apartamento, radicado en el 719 de South Gondola. (La señorita Barton habita el apartamento 208). Es un pequeño edificio con una puerta, cuya cerradura se abre mediante un botón. La llave de cualquier apartamento del edificio abre el portal. Si ustedes utilizan la llave adjunta y penetran en el apartamento entre las dos y las cinco de la tarde del día cinco, no hallarán a nadie en el apartamento. Hay una mesa escritorio en el rincón nordeste de la salita. Si buscan en el casillero superior a mano derecha de la mesa hallarán una agenda de piel. En la última página verán la matrícula del automóvil en cuestión. Una vez verificado que el coche es el que ustedes buscan, me pondré en contacto con ustedes para recuperar la llave y percibir los cien dólares que ustedes ofrecen como recompensa.

Les saluda atentamente,

UN AMIGO.

Drake consultó a Mason con la mirada.

—Es una trampa —opinó.

—¿La caligrafía?

—Nada en absoluto. La firma está hecha a máquina, con la misma que la carta.

—Déjame ver —pidió Mason.

Drake le entregó la hoja de papel al abogado.

—No está muy bien escrita, Paul —opinó Mason—. Las letras están espaciadas de manera irregular, las teclas fueron aporreadas de manera uniforme, pero hay dos letras juntas... En conjunto, parece la obra de un aficionado.

—Parece obra de un tipo que escribe con dos dedos —añadió Drake—. Aunque muy rápido. Por esto se producen estas irregularidades. ¿Qué impresión sacas de esto?

—Maldito si lo sé. Me parece una trampa. Haré que Della Street eche una ojeada, con su perspicacia femenina, y nos dé su opinión.

Mason cogió la llave, la inspeccionó, miró el número «208» grabado en ella y se la metió en un bolsillo de su chaqueta.

—Bien, a pesar de todo, es una pista que no podemos desperdiciar.

—Yo no iría a ese apartamento. Perry —sugirió Drake, con aprensión—. Es peligroso. Si alguien te sorprendiera husmeando por allí...

—¿Qué? —Se burló Mason—. Para que sea un delito, hay que forzar una entrada con un propósito criminal o...

—O... —le interrumpió Drake significativamente— alguien puede confundirte con un ladrón, disparar primero y hacer preguntas después.

—Pero —replicó Mason— no esperarás que pase esta pista por alto, ¿verdad?

Drake apartó su plato y cogió la cuenta.

—Claro que no. ¿Quieres abonar el importe exacto de esta cuenta ahora, Perry, o que la ponga en mis gastos de representación y te resulte mucho más cara?

Mason tomó la nota con una sonrisa.

—Creo que será mejor pagarla ahora. Oh, esta carta me intriga, Paul. Si se tratase de un asunto honrado, el autor habría copiado la matrícula del coche, reclamando los cien dólares.

—Sí, es una trampa —afirmó Drake.

—Un cebo que me interesa, Paul.

—Todas las trampas tienen un cebo interesante —asintió Drake.

Capítulo 2

Della Street, la secretaria privada de Perry Mason, había colocado el correo en tres montones sobre la mesa del abogado. El montón *importante* se hallaba sugestivamente, y de manera prominente, en el centro.

Mason, entrando por la puerta que conducía directamente a su despacho particular, sonrió a Della Street, y luego frunció el ceño al divisar la correspondencia encima de la mesa.

—Hola, Della.

—Buenos días, jefe. ¿Ha visto a Paul Drake?

—Sí.

—Desde la agencia estuvieron tratando de ponerse en contacto con nosotros. Yo sabía que usted iba a desayunarse con él.

Mason colgó el sombrero, contempló el correo y dijo:

—Supongo que se trata de cartas cuya contestación ya no admite demora.

Della asintió.

—Añada ésta —continuó Mason—. Póngala en el montón de las importantes.

—¿Qué es?

—Una misiva que ha recibido Drake.

—¿Sobre ese testigo?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Léala.

Della Street cogió la carta, empezó a repasarla y después, entornando los ojos, la leyó con más lentitud.

—¿Dónde está la llave? —inquirió al terminar.

Mason la sacó del bolsillo de su chaqueta.

Della Street la estudió unos instantes, volvió a leer la carta cuidadosamente y levantó la mirada.

—¿Qué le parece? —quiso saber Mason.

—No lo sé.

—¿Una trampa?

—¿Para quién?

—Vaya, Della, me ha atrapado —confesó Mason.

—Si alguien pensó que Drake, tras recibir la carta, se la traspasaría a usted, y que usted decidiría ir a esa dirección personalmente, entonces puede tratarse de una trampa. Pero en vista del anuncio en el periódico, la presunción natural es que Drake envíe a uno de sus hombres... uno cualquiera.

Mason volvió a asentir.

—Por tanto —prosiguió ella—, si desechamos la idea de una trampa, ¿qué nos queda?

—¿Pudo escribirla la propia interesada? —sugirió el abogado.

—¿Por qué?

—Tal vez para mantener fuera del cuadro a su misterioso amigo y poder cobrar los cien dólares.

—Podría ser...

—Deseo obtener el ángulo femenino —pidió Mason.

Della Street se echó a reír.

—No hay ángulos femeninos sino curvas femeninas —estableció.

—Entonces, ésta es una curva *rápida*. ¿Cuál es su opinión?

—No quisiera apostar nada, pero parece como si su teoría fuese acertada. Se trata de una joven que desea cien dólares. Quiere que la Agencia de Detectives Drake obtenga la matrícula del coche, lo busque, y entonces ella llamará para cobrar la recompensa. Lo hará todo subrepticamente para que el amigo que estuvo con ella en el coche no se entere de que ella ha suministrado la pista... ¿Podría usted demostrar que se trata del mismo coche, una vez lo encuentre?

—Creo que sí. Ese auto iba muy de prisa. Salió por delante del «Ford» de Finchley. La señora Finchley trató de frenar, no pudo, y chocó con el extremo posterior del misterioso sedán negro. Evidentemente, el choque obligó al auto de la señora Finchley a dar media vuelta. La dama perdió el control y chocó contra el farol, y

su hijo, de resultas del encontronazo, se fracturó la cadera.

—Entonces, técnicamente —objetó Della Street—, fue ella la que se precipitó sobre el sedán negro y no al revés.

—Probablemente, esto es lo que argüirá el conductor del sedán negro —asintió Mason—, pero habiendo huido del lugar del accidente no estará en situación de presentar una buena defensa.

—¿No puede alegar que ignoraba que hubo un herido?

—El impacto debió ser bastante fuerte. En fin, sabremos mucho más sobre el caso cuando veamos ese coche... si llegamos a echarle la vista encima.

—¿Qué piensa hacer con esa misteriosa Lucille Barton?

—Iré a verla.

—¿Y utilizará la llave para entrar en su apartamento? —Se asustó Della Street—. Sería mejor que llevase consigo algún testigo y...

Mason sacudió vigorosamente la cabeza.

—No hay ningún motivo para que penetre en su apartamento estando ella fuera. Si se trata de la testigo que necesitamos, lo descubriremos con un interrogatorio. O al menos, eso espero.

—¿Entre las dos y las cinco de la tarde?

—No. A esa hora ella no está —refutó Mason, consultando su reloj y sonriendo—. Entre las diez y las once es una hora más oportuna.

—¿Necesita un testigo presencial?

—No, Della. Será mejor que vaya yo solo y hable con ella.

—¿Le mencionará la carta?

—No, creo que no.

Della Street contempló el montón de cartas en el centro de la mesa de Perry Mason.

—Contéstelas —le ordenó Mason, siguiendo su mirada—. Ya sabe cómo hacerlo y...

—Jefe, todas estas cartas reclaman su atención personal.

—Lo sé, pero pienso en Lucille Barton, probablemente durmiendo hasta tarde, y creyendo que la matrícula de ese coche es la responsable de la cadera rota de Bob Finchley, matrícula que ella tiene anotada en la agenda escondida en el casillero superior de la parte derecha de la mesa de la salita. Debe ser un apartamento

bastante elaborado para una chica trabajadora. ¿A qué debe dedicarse Lucille Barton?

—¿Quién ha dicho que trabaje? —inquirió Della Street.

—Haga una copia de esta carta —le instruyó Mason a su secretaria—. Me la llevaré y dejaré el original aquí. Tal vez tenga motivos para enseñársela, pero no quiero mostrarle el original.

Della Street asintió, fue hacia su mesa, metió dos copias con papel carbón y Mason contempló cómo sus ágiles dedos tecleaban diestramente.

El abogado esperó el resultado final.

—Vaya, ha quedado mejor escrito que el original.

—El original lo escribió alguien que utiliza sólo dos dedos, aunque es muy veloz, mucho, la verdad.

—Eso es lo que suponía —alegó Mason.

—Probablemente, con una máquina portátil.

Mason dobló la copia hecha por Della Street y devolvió la llave al bolsillo de su chaqueta.

—Bueno, me largo.

—Si lo arrestan —observó Della Street, sonriendo—, avíseme y le pondré la fianza.

—Gracias.

—Y si ella no está en su casa —añadió Della, dejando de sonreír—, por favor, *no use esa llave*.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero hay algo en esto que no me gusta.

—Hay muchas cosas que no me gustan —admitió Mason—. ¿Apuesta algo a que me tropiezo con un cadáver?

—No juego.

—Guarde la caja y el sobre original con el estampillado, en la caja fuerte. Tal vez tenga que enseñárselo a la policía.

—¿Quiere decir que entrará en el apartamento, aunque la chica no esté en casa?

—Chist... —sonrió Mason—, en este momento no sé aún qué voy a hacer.

Capítulo 3

La dirección de South Gondola Avenue resultó ser un edificio de apartamentos no muy grande. La lista de nombres, a la izquierda de la puerta, indicaba treinta y seis inquilinos.

Mason halló sin dificultad el nombre impreso en una tarjeta de visita. «Lucille Storla Barton». El número era el 208, y a la derecha del mismo había un botón y un tubo audífono.

Mason oprimió el botón varios segundos, de forma deliberada, pero la curiosidad por la llave le ganó el ánimo. Así, insertóla en la cerradura de la puerta exterior y la hizo girar. Inmediatamente, se corrió el pestillo y se abrió la puerta.

Perry Mason se encontró en un estrecho zaguán, donde había unas cuantas butacas incómodas, colocadas de forma fría e impersonal. En un rincón se veía un teléfono público, y una especie de portería, separada por un mostrador del resto del vestíbulo. Detrás de dicho mostrador había una puerta donde se leía «portería», y una placa situada sobre la plancha del mostrador indicaba: *Llame al portero con el pulsador*. Mason recorrió el estrecho zaguán, hacia un corredor flanqueado por las puertas de varios apartamentos. El ascensor se hallaba al fondo de dicho corredor. El edificio tenía tres pisos y Lucille Barton habitaba en el segundo.

Mason oprimió el botón automático del ascensor y cuando la jaula de madera se detuvo, abrió la puerta, entró y pulsó el botón del segundo piso.

Mientras ascendía, el abogado se dio cuenta de que habría ganado tiempo subiendo a pie.

El apartamento 208 se hallaba situado al fondo del edificio. Mason fue inspeccionando las puertas hasta llegar a la que buscaba. Allí apretó el timbre y esperó. Del interior no le llegó ningún ruido.

Tabaleó con los nudillos sobre la puerta, pero tampoco tuvo suerte.

Subrepticamente, el abogado insertó la llave y la hizo girar con el índice y el pulgar.

El pestillo se corrió suavemente y se abrió la puerta.

Por la abertura, Mason entrevió una salita oscura, y más allá un dormitorio iluminado por una lámpara eléctrica, que colgaba del techo. La cama estaba deshecha y encima se veía una camisa de dormir femenina, arrojada allí al desgaire. El abogado percibió el ruido del agua corriente en el baño.

Mason cerró suavemente la puerta, y quitó la llave, aguardó un par de minutos en el pasillo y volvió a llamar al timbre.

Esta vez oyó cierto movimiento y una voz femenina preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—¿La señorita Barton?

—Sí.

—Deseo hablar con usted. Me llamo Mason. Soy abogado.

La puerta se abrió cautelosamente. Perry Mason divisó unos ojos reidores, de color azul, una mata de pelo del mismo tono que el trigo, y una mano que sujetaba fuertemente una bata por el cuello. Los blancos dientes relucieron en una sonrisa.

—Lo siento, señor Mason, pero no estoy presentable. Acabo de levantarme. Tendrá que... esperar o volver luego.

—Aguardaré —afirmó Mason.

—Creo que no le conozco, señor Mason. Yo... —le inspeccionó de pies a cabeza y abrió mucho los ojos—. Usted no será *Perry Mason*, ¿verdad?

—En efecto, soy Perry Mason.

—¡Oh, señor Mason, es un placer...!

Hubo un momento de silencio. Por fin, la joven añadió:

—Señor Mason, tardaré un par de minutos en estar un poco presentable. Aquí todo está revuelto, pero si quiere pasar a la salita y... bueno, puede levantar las persianas y ponerse cómodo... Dentro de unos segundos estaré con usted.

—Bien —replicó Mason—, también podría volver y...

—No, no, pase y siéntese. Sólo tardaré un instante.

La joven abrió la puerta, sosteniendo la hoja de madera.

Mason entró en la oscurecida salita.

—Si no le molesta, señor Mason, puede levantar las persianas. Luego siéntese y considérese en su casa.

—Gracias.

La muchacha pasó al dormitorio y cerró la puerta.

Mason se dirigió a las ventanas, levantó las persianas y dejó penetrar la luz del sol en la estancia.

Ante su sorpresa, el abogado vio que el apartamento era una mezcla incongruente de objetos baratos y caros. Una alfombra oriental, pequeña pero de exquisita factura, que destacaba sobremanera al lado de otra decididamente de lance. Los muebles eran lujosos en su mayoría, cómodos y seleccionados con gusto. Más contra esta nota de lujo, unos muebles de madera de pino, cuya mediocridad resaltaba por la magnificencia de sus vecinos, ponían otra nota de vulgaridad.

Sobre la mesita había un cenicero lleno todavía de colillas. Algunas tenían manchas de carmín y otras no. En una estrecha cocinita había una botella de whisky escocés en la repisa, un par de vasos y dos botellas de soda, vacías. En un rincón de la salita había una mesa escritorio, de carácter magnífico, de excelente nogal. Mason vaciló un momento, y luego fue hacia la mesa con decisión, e insertó los dedos en la elaborada asa de metal y empujó. Estaba cerrada.

Mason regresó a su butaca, junto a la mesita del centro de la pieza, cogió una revista atrasada, cruzó las piernas y esperó.

Tuvo que aguardar unos cinco minutos. Luego, la joven salió del dormitorio luciendo un vestido sencillo, de aspecto casero, aunque diseñado con el propósito de insinuar las curvas y el contorno de su dueña. Ésta llevaba también unos zapatos de tacón mediano. Sus largas piernas, enfundadas en unas medias transparentes, estaban bien modeladas.

—No me siento un ser humano por la mañana —explicó ella—, si no tomo café, señor Mason. Perdone, pero pondré el agua a calentar. Supongo que usted ya se habrá desayunado.

—Oh, sí.

—Oyéndole, me siento terriblemente perezosa —rió la joven—, pero ¿no quiere acompañarme a una taza de café?

—Gracias. Ponga mi nombre en la cafetera y allá voy.

Lucille fue a la cocinita, dedicándose a hacer el café.

—Tiene usted un bello apartamento —ponderó Mason, levantándose y acercándose a la muchacha.

—Es grande, y tiene mucha claridad. El edificio es antiguo, pero tal como están las cosas hoy día resulta muy conveniente. Me sobra sitio para todo y abajo hay un garaje privado, que va junto con el apartamento, cosa que en un edificio más moderno no tendría, con toda seguridad.

—Veo que tiene usted una máquina de escribir portátil. ¿Escribe a máquina?

La joven se echó a reír.

—Bueno, de cuando en cuando pergeño una carta. Hubo una época en que pensé que podría escribir la gran novela americana. Pero no sólo soy demasiado torpe, sino muy perezosa.

Mason levantó la tapa de la máquina.

—Me gustaría redactar un memorándum. Es algo que corre cierta prisa. ¿Le importa que use su máquina unos momentos? No me había acordado hasta ahora y...

—Claro está, adelante —accedió ella—. En un cajón de la mesa hallará papel de escribir. Dentro de un minuto estará listo el café. Voy a prepararme unas tostadas y un huevo hervido. ¿Y usted?

—No, gracias, ya me desayuné. Con el café me basta.

Mason abrió el cajón de la mesa. Había dos rimeros de papel de escribir, uno corriente, tamaño folio, y el otro de color rosa, aparentemente igual al papel en el que había sido escrita la carta enviada a la Agencia de Detectives Drake.

Mason metió una hoja de papel en la máquina, y escribió apresuradamente una nota relativa a un testigo imaginario en un caso ficticio, respecto a la validez de un testamento, sobre el que el testigo debía ser interrogado. Cuando hubo terminado, volvió a cubrir la máquina.

De la cocinita surgía el aroma a café.

Unos momentos después, apareció Lucille Barton con una bandeja y dos tazas de café. En un plato, también había tostadas, una botellita de leche, un azucarero y un huevo hervido en una copa.

—¿Seguro que sólo quiere café?

—Sí, gracias.

La joven dejó la bandeja sobre la mesa.

—Póngase cómodo, señor Mason. Me siento muy honrada por su visita, pero también un poco... asustada.

—¿Asustada, por qué?

—No lo sé. Siempre asusta recibir la visita de un abogado, particularmente de un abogado famoso como usted. Supongo... Bien, ¿por qué suponer? Tómese su café y cuénteme qué le trae por aquí.

Lucille tomó un sorbo de café, añadióle leche y azúcar, vertió leche en la taza de Mason y le pasó el azucarero.

—Bueno —continuó, tras una leve pausa—, esperemos que no sea nada grave, entonces. ¿Qué es lo que he hecho, señor Mason?

—Nada, por lo que sé —replicó el abogado—. Este café es delicioso.

—Gracias.

—¿Le molesta que fume?

—Claro que no.

Mason sacó su petaca de bolsillo y encendió un cigarrillo.

Lucille Barton mordisqueó una tostada, contemplando a su visitante con mirada calculadora, pero sonriendo siempre que aquél levantaba la vista hacia ella.

Mason decidió que tendría unos veintisiete años, conocedora del mundo, pero sin maldad. Parecía naturalmente ingenua y tan espontánea en su amistad como un cachorrito ansioso de hacer amistades con todo el mundo, en un ambiente dichoso.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —quiso saber la muchacha.

—¿Dónde estaba usted —la interrogó Mason— la tarde del día tres, o sea anteayer?

—¡Oh, Dios mío! —rió ella.

—¿Dónde estaba usted?

—¿Es algún chiste? —Inquirió Lucille, enarcando una ceja—. ¿Habla usted en serio?

—Sí.

—El tres... veamos... Diantre, no puedo decírselo, señor Mason.

—¿No lleva usted un diario?

—Vaya, señor Mason, ¿tan tonta parezco?

—Le haré la pregunta de otra forma —accedió Mason—. ¿Estuvo cerca de Hickman Avenue y Vermesillo Drive?

Lucille Barton arrugó la frente, en profunda concentración.

—¿El día tres?

—El día tres.

La joven sacudió lentamente la cabeza.

—Creo que no.

—Estudemos la cosa desde un ángulo diferente —propuso Mason—. Tengo motivos para creer que usted estuvo allí con un hombre, dentro de un sedán color crema. Reventó un neumático y tuvieron que detenerse junto a un bordillo para cambiarlo. En el momento en que ustedes estaban a punto de reanudar la marcha se produjo un accidente en el cruce, y usted observó algo del coche, o de los coches que intervinieron en dicho accidente. Era un sedán oscuro y...

Lucille Barton estaba sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—Señor Mason, estoy completamente *segura* de que se trata de un error. Por el momento no puedo recordar dónde estuve el día tres por la tarde, pero estoy muy segura de no haber visto ningún accidente hace varias semanas, y menos todavía he sufrido ningún reventón de neumáticos. Éstas son cosas que una persona no olvida con tanta facilidad, ¿no le parece?

—Ciertamente.

—Estoy segura de no haber olvidado un detalle así... ¿Por qué se muestra usted tan interesado, señor Mason?

—Represento al ocupante del coche que fue alcanzado. Dentro iba un joven, Bob Finchley, de veintidós años, que sufrió una fractura de cadera. Suponemos que no quedará tullido, pero la lesión es grave y, con mucha suerte, transcurrirá bastante tiempo antes de que...

—¡Oh, qué pena! —Interrumpióle Lucille—. No hay nada peor para mí que un joven atropellado. Ojalá que la lesión no sea permanente.

—Creo que no —asintió Mason.

La muchacha acabó de engullir su huevo y sus tostadas, y cogió un cigarrillo. Mason sostuvo el encendedor y la joven lo guió hacia

el extremo del cigarrillo. Tenía unas manos cálidas, vivaces, y su contacto no fue demasiado firme ni excesivamente delicado, pero sí lo bastante para que la suavidad de sus dedos acariciasen un instante la mano de Mason. Luego, al apartarse, rozó con más fuerza los dedos del abogado.

—Gracias —dijo, mirando a Perry Mason con gravedad—. Supongo que debo confesarle que le admiro profundamente.

—¿De veras?

—Sí. He seguido muchos casos suyos. Creo que usted es... bueno, brillante, magnético y poderoso, siempre dispuesto a luchar contra las injusticias de este mundo. Me gusta esto.

—Lo cual resulta muy halagador para mí —correspondió Mason—. Siempre trato de hacer lo mejor que puedo cuando me ocupo de un caso. ¿No habría modo alguno de que recordara usted dónde estuvo el día tres por la tarde?

—Oh, sí, señor Mason. Estoy segura de que puedo recordar todo lo que hice aquel día, pero no en este momento. Me siento emocionada ante la idea de que un abogado tan célebre esté tomando café conmigo. Usted lo ignora, pero soy muy nerviosa. Y su visita es algo que recordaré durante mucho tiempo.

—¿Cuándo se acordará aproximadamente?

—Pues no lo sé... Tal vez sea dentro de un par de horas. ¿Desea que le telefonee?

—Sí, por favor.

—Reflexionaré... aunque siempre me resulta muy difícil situar exactamente lo que hice en un día dado. Naturalmente, si me lo propongo, acabaré por recordar algo y esto me conducirá a otro detalle y... Veamos... anteayer...

—Supongo que no está empleada en una ocupación regular —la atajó Perry Mason.

—Tengo una pensión —sonrió ella.

Mason la miró directamente a los ojos.

—¿Alimenticia?

Lucille Barton desvió rápidamente la mirada, pero después desafió al abogado con los ojos.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Nada.

—¿Tiene esto algo que ver... con el asunto que usted investiga? Mason se echó a reír.

—Bonita manera de decirme que me ocupe de mis asuntos...

—Bueno... deseaba saber si estaba usted investigando algo mío, y si esta historia del automóvil era una añagaza.

—No —replicó Mason—. Si me interesa usted, es tan sólo en relación con el accidente automovilístico.

—De acuerdo, señor Mason. Entonces le repito que estoy segura de no haber presenciado ningún accidente, estuviera donde estuviera yo el día tres por la tarde. Y por supuesto, no estuve en el cruce de la Hickman Avenue con... ¿cuál es la otra calle?

—Vermesillo Drive.

—Sabía dónde está la Hickman Avenue, pero creo que no he estado nunca en Vermesillo Drive.

—¿Tiene usted coche?

—Sí, una *rubia*. Es un buen coche, pero tiene averiado el motor.

—¿De qué color?

—Es un sedán azafranado.

—De acuerdo —asintió Mason. Luego, tras una pausa, añadió—: En realidad, éste es el extremo que me interesa, pero también me gustaría saber dónde estuvo aquella tarde.

—Señor Mason, ¿por qué ha venido a verme a mi casa?

El abogado sonrió.

—No puedo divulgar el origen de mis informaciones, pero tenía motivos para creer que usted es la persona que busco. Ciertamente, encaja en la descripción.

—¿Pero no puede decirme quién le dio mi descripción... o cómo la consiguió?

—No.

—Señor Mason... ¿cree usted en el Destino?

—¿Por qué no? —replicó el abogado, con una rápida ojeada de apreciación.

—Resulta que... —vaciló la joven—, que necesito a alguien que... que haga algo por mí. Un abogado.

Instantáneamente, Mason se tornó cauteloso.

—No me hallo en disposición de aceptar más responsabilidades. Ahora mismo tengo una serie de expedientes por resolver y...

—Pero aceptó el caso de ese accidente, a pesar de ser tan reciente como anteayer.

—Esto es diferente. Se presentó como un caso de emergencia y, además, es un asunto muy sugestivo.

—Señor Mason, permítame que le cuente algo referente a mi caso. Estoy segura de que también le cautivará.

—Le prevengo que no podré aceptarlo.

—Bueno, de todos modos, permítame contárselo. He estado casada dos veces. La primera fue trágica, simplemente. La última fue... bueno, yo me mostré más cauta.

—¿Y salió bien? —inquirió Mason.

—No. Mi segundo marido era rico. Claro que esto ayudó. Yo había decidido no volver a casarme, pero se presentó él, tenía dinero y... bien, me casé con él.

—¿Y el matrimonio fracasó?

—Sí, se produjo la separación, pero tengo una pensión para alimentos.

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares semanales.

Mason soltó un silbido.

—¿Y qué? —exclamó Lucille-. ¿Piensa que es demasiado? ¡Debería ver el dinero que él gana!

—Por lo visto no estuvieron ustedes mucho tiempo casados.

—Cinco años, y en todo ese tiempo, mi marido ganó muchísimo.

—Lo cual, claro está, significa una gran diferencia —admitió Mason.

—Pero ahora, él intenta acudir a los tribunales para que accedan a una rebaja de mi pensión.

—No puede usted censurarle por esto.

—Pensé que usted podría hablar con él y...

Mason sacudió la cabeza con énfasis.

—En primer lugar, no sería ético que yo hablase con él. Su esposo tiene un abogado que le representa y...

—No, no lo tiene, señor Mason.

—¿Quiere decir que se presentará al juzgado él solo?

—No, él... Bien, se lo explicaré de esta forma. Tenía un abogado que presentó una solicitud para la reducción de la pensión, hace

seis meses, y el juzgado se negó a aceptarla. El juez creyó que mi marido se había llevado la mejor parte en el trato. Yo ayudaba a mi esposo en su negocio, y gané mucho dinero para él. Entonces, mi marido se enfadó con su abogado y aseguró que cuando él mismo presentase la solicitud en el juzgado, obtendría la reducción.

—Sin embargo, es fácil que escoja a otro abogado —opinó Mason.

—No lo creo. Willard Alison Barton es muy decidido, un individuo muy inteligente. Creo que, ante un tribunal, me asustaría más de él que de un abogado... excepto usted, señor Mason.

—Apenas me ocupo de asuntos domésticos —objetó el abogado.

—Señor Mason, ¿quiere escucharme, por favor?

—Está bien —conformóse Perry Mason, volviendo a su asiento, del que se había levantado un momento antes.

—Quiero volver a casarme, y sé que esta vez será un éxito. Se trata de un hombre ya mayor y muy prudente. Es muy comprensivo. Con él siento algo distinto que con los demás.

—Bien —aprobó Mason—, esto zanja el asunto de la pensión. Tan pronto como usted vuelva a casarse, dejará de percibirla.

—No lo entiende, señor Mason. No quiero quemar mis puentes. En realidad, tengo derecho a esa pensión. Si usted le advirtiese a Willard que pienso solicitar un aumento en mi pensión, si intenta volver a llevarme al juzgado, esto le impediría hacer el menor movimiento.

—Pero si la pensión por alimentos dejará de tener efecto dentro de unos meses, ¿por qué no...?

—No quiero dejarle tan tranquilo —repuso la joven, con amargura—. Fui a verle, ofreciéndole solucionarlo todo por veinticinco mil dólares. Y casi pegó un salto.

—Y usted desea que yo arregle este trato en su nombre, ¿verdad?

Lucille estaba contemplando fijamente cómo se balanceaba la cucharilla en el borde de la taza de café.

—¿Bien...? —la apremió el abogado.

—Usted piensa que soy terriblemente egoísta y avariciosa, cuando sólo soy precavida. Me gusta proteger mis intereses.

—Eso parece.

—Señor Mason, mírelo desde el punto de vista comercial. Y piense lo estúpido que es renunciar a doscientos dólares semanales por un hombre, por cualquier hombre.

—Pero sólo en el caso de que usted estuviera segura de que puede continuar percibiendo su pensión —recalcó el abogado.

—El señor Hollister desea que mi casamiento con él no signifique un sacrificio financiero por mi parte. Bien, usted cree que soy una aprovechada, ¿eh, señor Mason?

—Ciertamente, no creo que esté locamente enamorada de su futuro marido.

—Pues no es tan malo como parece. Realmente, he sido injusta conmigo misma. La idea fue de Ross Hollister. Le dije que para mí habían terminado las aventuras matrimoniales, que no pensaba volver a casarme, y entonces quiso saber por qué, y continuó sondeándome. Tendría que conocerle para comprender qué clase de hombre es. Tan comprensivo y simpático, pero siempre está sondeando a la gente. Sabe cómo estudiar a las personas y enterarse de ideas que ni una misma sabe que las tiene.

—Y de este modo, se enteró de que a usted le repugnaba la idea de renunciar a los doscientos dólares a la semana, o sea a su pensión, en favor de un nuevo marido, ¿eh?

—Exacto, y le diré qué hizo, por su propio acuerdo. Puso ciertas propiedades suyas en custodia para que fuesen mías tan pronto como me case con él. Ya me ha regalado una póliza de seguro de vida por veinte mil dólares y ha accedido a concederme una pensión de setecientos cincuenta dólares mensuales para mis gastos de vestir y demás; bueno, para todos mis gastos personales, aparte del gasto de la casa, ordenando también que se me entregue su coche conveniente como regalo de boda.

—Bien —aprobó Mason con sequedad, añadiendo—: entonces, ¿qué más quiere usted?

—¡Quiero su amor y su respeto! —exclamó la muchacha—. Ross ha solucionado ya todo esto. Ha firmado los documentos. La póliza de seguros está ya a mi nombre... y si mi marido acude a los tribunales y consigue que me reduzcan la pensión, Ross no dirá nada, pero siempre pensará que yo temía esto y que me he casado con él sólo para asegurar mi situación financiera. ¿No ve el asunto

desde mi punto de vista?

—Usted teme que si su ex marido intenta reducir su pensión, el señor Hollister piense que usted sabía lo que iba a ocurrir y arregló las cosas para no perder en el cambio...

—¡Exactamente! —le interrumpió ella.

—¿Cuándo piensan casarse? —quiso saber el abogado—. ¿Por qué no se apresuran un poco?

—Bueno, hay ciertas dificultades. El señor Hollister también estuvo casado y existen ciertos tecnicismos... algo respecto a su divorcio que impide que nos casemos antes de lo deseado.

—Entiendo.

—Señor Mason, ¿no podría ir a ver a Willard y tratar de convencerle? Está en el club Broadway Athletic. Vive allí... pero no debe usted mencionarle lo de mi boda, y mucho menos decirle con quién pienso casarme.

—¿Conoce a Hollister?

—Claro que lo conoce. El señor Hollister, es miembro del club, aunque vive en Santa del Barra. Dios mío, señor Mason, incluso juegan juntos al póquer. Willard se moriría, sí, se moriría, si supiese la verdad. En realidad, deberá mostrar usted mucho tacto si habla con él. Se inclina a sentirse extremadamente celoso respecto a mí y a cuanto me concierne. Sospecho que éste es uno de sus defectos, uno de los motivos del fracaso de nuestro matrimonio. Siempre sacaba a relucir si aún me acordaba de mi primer marido y...

—¿Vive su primer marido? —preguntó Mason.

La joven volvió a hacer que la cucharilla se balancease en la taza, sin responder.

—¿Vive?

—Sí.

—¿Le ha visto usted últimamente?

—Señor Mason, ¿por qué me formula esta pregunta?

—No lo sé. Simplemente, trato de obtener información.

—Pero no entiendo por qué...

Bruscamente, Perry echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Es usted una jovencita muy ingeniosa, Lucille. Debería concederle una medalla por su habilidad, pero no estoy interesado

en su caso, aunque admito que ese abordamiento tan poco convencional me intriga.

—¿Cómo, abordamiento poco convencional?

—Usted leyó el anuncio en el periódico —le explicó Mason—. Evidentemente, de algún modo supo que yo representaba a Bob Finchley, y pensó que si me atraía a su casa y me colocaba en una posición desventajosa, usted...

Lucille Barton empujó su silla hacia atrás, con los ojos llameantes.

—¡Señor Mason, esto es completamente indigno de usted! Es enteramente falso. ¡No sé de qué anuncio habla! Y ciertamente, no he intentado colocarle a usted en ninguna mala situación, en ninguna «posición desventajosa». ¿Quién se figura que soy?

—Bien, ¿quién es usted?

—Una mujer. Soy un ser humano, y estoy desengañada del amor. Y no quiero que me reduzcan la pensión. Sé que usted puede asustar de veras a mi marido. Sólo con que supiera que nos conocemos y que usted se interesa por mi caso...

Mason, a su vez empujó también la silla hacia atrás, se levantó, se inclinó y dijo:

—Lo siento, pero no la creo a usted ni puedo perder más tiempo. Ha sido un intento muy bueno. Y lamento no haber permitido que usted sorprendiese mi buena fe. Tal vez de haber venido a su apartamento entre dos y cinco me habría visto obligado a aceptar su caso. Gracias por el café.

Mason se puso el sombrero y fue hacia la puerta.

—Pero ese fingimiento de no recordar dónde estuvo anteayer, creo que ha sido un poco burdo. Arme otra trampa y pruébela con otro abogado, señora Barton.

Y Mason abrió la puerta, dejando a la joven en el umbral, roja de ira.

Capítulo 4

—Vamos, explíquese —le urgió Della Street.

Mason sonrió.

—Una joven bellísima con el cabello, color del trigo dorado, ojos azules y reidores, una boca color frambuesa, y dientes color perla.

—Oh, Dios mío —exclamó Della, burlonamente—. Se ha enamorado.

—¿Qué edad, Perry? —intercaló Paul Drake.

—Entre veinticinco y treinta.

Della Street cogió un diccionario y lo colocó sobre la mesa de Perry Mason.

—Gracias, Della. Veamos, Paul. Virtuosa, doncella, virginal, vestal, educada, moral, honorable, honrada...

—¿De qué vive? —inquirió Drake.

—Tendríamos que preguntárselo —repuso Mason.

—Vamos —rió Della, insistiendo—, sepamos la historia.

Mason fue a sentarse a una esquina de la mesa, con un pie derecho en el suelo y el otro balanceándose en el aire, con aspecto de burlón embarazado.

—Vaya, teme contarle —se mofó Drake.

—Creo que se ha ruborizado —añadió Della.

—Bien, si queréis saber la verdad, fue una trampa —declaró Mason.

—¿Una trampa... policíaca? —quiso saber Drake.

—No seas tonto —rezongó Mason—. Apparently, esa joven leyó el anuncio de *La Hoja* y decidió que si una agencia de detectives deseaba esa información, un abogado se hallaría en el centro del asunto.

—Adelante —le animó Drake—, cuenta qué sucedió cuando

abriste la puerta.

—Al parecer, ella se hallaba en el baño.

—¡Oh, oh! —observó Drake.

—Por tanto —continuó Perry Mason, virtuosamente—, volví al corredor sin hacer ruido, esperé dos minutos, y llamé al timbre. Entonces, me abrió la puerta. Tendríais que ver el apartamento, una mezcla de cosas de gran valor, probablemente restos de su último matrimonio, y de objetos baratos y malos, que debieron ser sus primeras pertenencias. Hay una alfombra oriental que vale mucho dinero; es muy bella. El buró es de buena calidad y se halla en perfectas condiciones. El cenicero y los vasos demuestran que anoche tuvo un visitante masculino, y que ni siquiera se molestó en limpiar nada cuando se acostó, así como que no interrumpieron la fiesta hasta haber apurado todo el whisky. Pero es lista. Casi parece ingenua por su excesiva simpatía natural, pero detrás de esta fachada se esconde una mujer cautelosa, codiciosa. Se mostró muy simpática, sí. Después de tenerme allí, trató de engatusarme antes de exponerme el asunto.

—¿Y cuál es el asunto? —preguntó Drake.

—El asunto es que quiere que un abogado trate de una pensión por alimentos con su antiguo marido. Después de haber empleado su cebo para atraerme a su apartamento, procedió a utilizar sus ojos, sus dientes y su figura para lograr mi atención personal, en tanto trataba de interesarme en su plan de impedir que su ex marido, un tal Willard Barton, un individuo al parecer práctico e ingenioso, le reduzca su pensión a mucho menos de los doscientos dólares por semana, que es, por lo visto, lo que ella necesita para vivir.

—¿No se refirió a ningún anticipo para obtener sus servicios? —inquirió Della Street.

—Ni una palabra —sonrió Mason.

—¿Estás seguro de que todo era una estratagema? —añadió Drake.

—Juzga por ti mismo.

Mason sacó del bolsillo la hoja de papel color rosa.

—Esta clase de papel de escribir estaba en el cajón de su mesa, Della. Compárela con el papel de la carta que se recibió en la

agencia. Asimismo, usé la máquina de escribir. Podemos comparar también los tipos de cada carta.

Della Street corrió hacia la caja fuerte, sacó el original de la carta y lo puso al lado del falso memorándum redactado por el abogado.

—El papel es el mismo.

—¿Y los tipos? —preguntó Drake.

Todos se inclinaron sobre la mesa para estudiar la alineación y los tipos de ambas cartas.

—Es la misma máquina —decidió Mason—. Fijaos en que la «g» se halla un poco alta en todos los casos, y que la «t» baja un poco y se ladea a la derecha.

—Bien, esto soluciona el asunto —observó Drake—. Bueno, esperaba conseguir una pista. La recompensa de cien dólares hubiese debido dar algún resultado.

—Da tiempo al tiempo —le consoló Mason—. Recuerda que el periódico apenas había salido de máquinas cuando esa joven ya empezó a hacer funcionar su cerebro.

—Bien —intervino Della Street—, puesto que usted, jefe, se ha pasado casi toda la mañana en esta romántica aventura, creo que no objetará nada en que reduzcamos este montón de correspondencia «importante».

Mason despidió a Paul Drake con el gesto.

—Bueno, Paul, ya lo ves, tengo que trabajar. Comunícame si se recibe alguna carta.

Drake asintió.

Una vez hubo salido del despacho, Mason y Della Street empezaron a trabajar. A mediodía comieron unos bocadillos y tomaron café, y a la una y cuarto habían despachado casi todo el correo.

Gertie, la recepcionista de la oficina, apareció con una carta.

—Una carta para usted, señor Mason. La trajo un mensajero. Pensé que le gustaría verla en seguida.

—Esto, Della —gruñó Mason—, es el premio a la virtud. Nosotros hemos tratado de reducir este montón de cartas, y ya empiezan a llover más.

Della Street cogió el cortapapeles y abrió el sobre, diciendo al

mismo tiempo:

—Un sobre normal... y en su interior, jefe, hay algo muy pesado.

—Probablemente, otra llave —chanceó Mason.

La voz de Della Street mostró gran sorpresa.

—Vaya, el papel es del mismo color rosa que la otra carta... y aquí tenemos una nueva llave.

Sacudió el sobre boca abajo y cayó una llave sobre la carpeta de la mesa. Tenía un dibujo ornamental en su extremo, y medía unos cinco centímetros de longitud, hueca al final del mango, con un dibujo complicado de muescas cuadradas en la parte destinada a insertarse en la cerradura.

—Parece la llave de un mueble de precio —comentó Della Street.

Mason, sonriendo, desdobló la carta. Della Street se empinó por detrás del abogado para poder leer.

Querido señor Mason:

Lamento que el buró estuviese cerrado, de modo que esta mañana usted no pudiera obtener la información requerida. Le adjunto la llave de dicho buró. La información que usted desea se halla en una agenda de piel, en el casillero superior del lado derecho. Encontrará lo que busca en la última página de la agenda: el número de matrícula del coche que chocó con el de Bob Finchley.

Cuando haya quedado demostrado a su satisfacción que la matrícula del coche es la que usted necesita, pasará a cobrar la recompensa ofrecida.

Sinceramente suyo,

UN AMIGO.

Mason abrió el cajón de su mesa y cogió una lupa.

—Supongo que será mejor comprobar qué máquina han utilizado para escribir esta nota.

Los perspicaces ojos de Della Street no tardaron en fijarse en los tipos desviados.

—La misma máquina y el mismo papel —dictaminó.

Mason asintió.

Della Street contempló al abogado con las cejas enarcadas, produciendo dos arrugas en su frente de piel tersa.

—¿Cuál es la respuesta a esto? —indagó.

—Maldito me vea si lo sé —refunfuñó Perry Mason—. Pero tengo la sensación de que me toman por un monigote.

—Supongo, jefe, que esa joven será bastante lista para comprender que no va usted a caer por segunda vez en una trampa. Ni creerá usted que sea tan tonta como para haber escrito esta nota en la misma máquina en la que ya sabe que usted estuvo escribiendo.

—Naturalmente —concedió Mason—, hay muchas personas que piensan que una máquina no es un objeto tan identificable como la escritura personal. Y en realidad, no sólo una carta mecanografiada delata la marca y el modelo de la máquina empleada, sino que la alineación define con toda certeza si se ha usado esta o aquella máquina. Sin embargo, es sorprendente cuántas personas no entienden esto.

—Aunque sea así —objetó Della Street—, tenemos el papel rosa. Ella debe saber que usted lo utilizó esta mañana.

—Sí, es cierto —admitió Mason, volviendo a estudiar el mensaje.

Gertie, tras una llamada preventiva a la puerta, asomó la cabeza.

—Ha llegado una tal señorita Lucille Barton, señor Mason. Ha dicho que sólo estará un instante y pide que la reciba usted, por favor.

Della Street sonrió maliciosamente.

—Tendré que buscar el diccionario, jefe. ¿Cuáles eran los calificativos? Virginal, doncella, dulce, atractiva, encantadora, ingenua...

Mason cogió el sobre y la carta, metiéndolo todo dentro de un cajón. Luego, se guardó apresuradamente la llave en el bolsillo de la chaqueta, donde tintineó con la otra llave del apartamento de Lucille.

—Bien, la veré, Gertie.

—La acompaña un caballero.

—¿Cómo se llama?

—Arthur Colson.

—Que pasen, Gertie.

La recepcionista asintió y cerró la puerta. Mason volvióse hacia Della Street con decisión.

—Della, si le doy algo para que lo escriba a máquina y lo firme esa joven antes de que se marchen, deseo que los retenga con cualquier pretexto. Pero, por favor, que no se vayan.

—No lo entiendo.

—Voy a realizar una jugada, Della. Quiero que usted los detenga para tener yo tiempo de ir hasta el apartamento de Lucille y registrar su buró.

—¡Pero, jefe, precisamente esto es lo que...!

—No puedo impedirlo. Siento curiosidad. Quiero averiguar qué hay en el fondo de este asunto.

—Pero supongamos que ella...

Gertie abrió la puerta y anunció con gravedad:

—La señorita Lucille Barton y el señor Arthur Colson.

Lucille Barton pareció deslizarse por el despacho. Su vestido ceñido resaltaba su figura voluptuosa, pero el candor de sus pupilas, la frescura de su rostro y la espontánea sonrisa que mostró, le daban un aspecto de sinceridad absoluta.

—Señor Mason, no he entendido las insinuaciones que hizo usted esta mañana. Usted se imaginó que le mentí al asegurarle que no recordaba dónde estuve el día tres por la tarde, intentando meterle a usted en una trampa. Además, mencionó un anuncio, y por tanto, los repasé todos, encontrando por fin el que debe interesarle a usted. Entonces, decidí venir y demostrarle que está usted sumamente equivocado, señor Mason. Bien, le presento al señor Colson.

Arthur Colson, un individuo esbelto, ligeramente encorvado, con unos ojillos que lo observaban todo astutamente por debajo de unas cejas gruesas y rectas, alargó una mano delgada pero musculosa, con aspecto preocupado.

—Encantado, señor Mason —pronunció con voz gutural y afectada—. Supongo que se pregunta qué pinto yo aquí. Lo mismo me pregunto yo, pero Lucille insistió en que la acompañase. Es impetuosa como nadie. Creo que todo tiene algo que ver con un testigo...

—La señorita Street, mi secretaria —presentó Mason. Todos se saludaron.

—¿Qué tal? —dijo ella.

—Síntese, por favor —invitó Mason.

Della Street cogió un bolígrafo y lo sostuvo sobre un cuaderno, después de instalarse ante su propia mesa.

—Creo que le debo a usted una explicación, señor Mason —empezó Lucille Barton, apresuradamente—. Cuando le dije que no servía para recordar fechas ni lugares, de un día a otro, tal vez exageré un poco. El día tres estuve con Arthur, pero no estaba segura de si le gustaría que... se mencionara su nombre. Por tanto, esperé hasta ponerme en contacto con él y obtener su permiso para contárselo todo a usted.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Yo trabajo con Arthur. Esto forma parte de mi trabajo de dos a cinco. Pero el día tres teníamos fiesta, así que nos fuimos a ver *El príncipe alegre*.

—¿Una opereta? —inquirió Mason.

—Una película musical. Oh, una buena película, señor Mason. Además, con mensaje y todo. De protesta.

Arthur Colson limitóse a asentir.

—¿Dónde la proyectan? —preguntó Mason.

—En el Alhambra. Es la segunda película, pero llegamos un poco tarde, y yo insistí para quedarnos hasta la repetición del programa. Arthur tiene mucho trabajo, pero le había convencido para que hiciera fiesta un día. Como le dije: «Trabajar mucho y no divertirse nunca, la vida trunca».

—¿No estuvieron —la interrumpió Mason, sonriendo ante aquel ripio—, por casualidad, al salir del cine en el cruce de Hickman Avenue con Vermesillo Drive?

Colson negó con la cabeza de manera positiva.

—No, cielos —rió Lucille—. El Alhambra se halla en el otro extremo de la ciudad, señor Mason. El espectáculo duró hasta las cinco y cuando salimos...

—Fuimos a una cafetería situada cerca del cine —finalizó Colson.

Colson poseía un aire casi de abstracción, como si su mente,

sumergida entre libros, se hallara aprisionada entre las cubiertas de una obra de texto, sin poder surgir. Con él, la existencia en un estado semiinconsciente, semejante al de soñar despierto.

Evidentemente, Lucille observó las reacciones de Mason.

—Arthur es químico —explicó, con entusiasmo—. Trabaja en un invento de un nuevo tipo de película que reacciona a los rayos infrarrojos...

De repente, Colson pareció revivir. El aspecto de abstracción le abandonó repentinamente.

—No hay que hablar de eso ahora, Lucille —la amonestó.

—Oh, sólo quiero que el señor Mason sepa a qué te dedicas, y el éxito que obtienes con tus inventos. Y quiero que también comprenda nuestras relaciones, señor Mason. He invertido algún dinero para apoyarle en sus investigaciones y trabajo para él de dos a cinco, como mecanógrafa y casi secretaria. Bueno, no soy buena con una máquina de escribir, pero me defiendo. Y Arthur no podría confiar en ninguna secretaria vulgar, en su trabajo. ¡Es tan ingenioso...! Este nuevo invento es...

—Todavía no hemos traducido el invento en dinero —la advirtió Colson, con frialdad—. Es mejor no hablar de estas cosas.

—No trato de inmiscuirme en sus negocios, señor Colson —refunfuñó Mason—, pero sí me interesa saber qué pasó la tarde del día tres. Tengo entendido, por tanto, que estuvieron ustedes en una cafetería.

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo?

—Oh, una hora... tal vez dos. Tomamos unos combinados y hablamos de la película.

—Y luego, fuimos al restaurante Murphy —informó Lucille.

—¿Y después? —insistió Mason.

—Estuvimos en casa y... Arthur subió al apartamento a tomar un par de copas... y charlamos un buen rato.

—¿Hasta qué hora? —persistió el abogado.

Los dos visitantes intercambiaron miradas. Ninguno respondió.

Mason enarcó las cejas interrogativamente.

De pronto, ambos contestaron al unísono.

—Hasta las once —afirmó Lucille.

—Hasta las doce y media —repuso Colson.

Lucille fue la primera en recobrar la compostura.

—¿En qué estaba pensando? —exclamó—. Claro, fue la semana pasada cuando te marchaste tan temprano. Sí, debían ser las doce y media... Oh, señor Mason, Arthur se toma un día libre casi cada semana. El resto del tiempo lo tiene limitado por un horario estricto.

—Lamento mostrarme tan poco correcto con ustedes —disculpóse Perry Mason—, pero éste es un asunto importantísimo. ¿Les importaría dictarle a mi secretaria una declaración igual a lo que acaban de manifestar, esperar a que la haya pasado a máquina y firmar después?

—Pero, señor Mason —protestó Lucille Barton—, si no estuvimos en aquel cruce, ¿qué tiene que ver...?

—Es puro formulismo —la interrumpió Mason—. Naturalmente, pueden negarse. Si tiene alguna objeción que nacer...

—En absoluto —aseguró Arthur Colson—. En realidad, nos encantará. Bueno, señor Mason, he estado buscando un libro, una obra que es fácil tenga usted en su biblioteca, y si mientras su secretaria pasa a máquina nuestra declaración, pudiera buscarlo...

—¿Qué libro es?

—*El arte del contrainterrogatorio*, de Wellman.

—Claro que sí —convino Mason—. Puede usted aguardar en la biblioteca. ¿Y usted, señorita Barton?

La joven se rindió con cierta renuncia.

—Muy bien, estoy de acuerdo con Arthur. Yo hojearé estas revistas, mientras Arthur busca ese libro. ¿Tardará todo mucho tiempo?

—Una media hora —repuso Mason—. Ustedes tardarán diez minutos en dictar la declaración, y la señorita Street otros veinte en pasarla en limpio.

Y ahora, si me perdonan, tengo una cita a la que no puedo faltar. Encantado de haberle conocido, señor Colson, y lamento causarle tantas molestias.

—Nada de eso —le aseguró el aludido—. Verdaderamente, me hace usted un favor dejándome ver ese libro. Una vez hayamos dictado nuestra declaración, entraré en...

—Sí, en la biblioteca —le atajó el abogado—. Della, por favor, no se demore mucho, ¿eh?

La joven captó la mirada de su jefe y contestó con sorna:

—Sí, jefe, entendido.

Capítulo 5

Mason detuvo el coche frente al edificio de apartamentos de South Gondola Avenue. En una tabaquería tuvo acceso a un teléfono público.

Dejó caer las monedas en la ranura y marcó el número de su despacho.

Oyó la voz de Gertie.

—Aquí la oficina del señor Perry Mason.

—Soy Mason, Gertie. Vaya a mi despacho, dígame a Della Street que la necesita un momento y que se ponga en una extensión donde no pueda oírla nadie, ¿entendido?

—Un momento, señor Mason —le suplicó Gertie.

Poco después, a los oídos de Mason llegó la voz de su secretaria particular.

—¿Bien...?

—¿Qué tal va todo?

—Muy bien.

—¿Están impacientes?

—No mucho. ¿Qué tiempo necesita usted?

—Unos diez minutos.

—Creo que puedo prometerle quince.

—Estupendo —exclamó Mason—. Sólo deseaba saber si tenía la costa libre de moros.

—Tenga cuidado...

—No puedo. He de romper un huevo para hacer una tortilla —repuso Mason, y coleó.

Cruzó la calle, entró en el edificio, empleando la llave que había recibido por la mañana. Esta vez no se molestó en tomar el ascensor sino que subió a pie hasta el segundo piso y recorrió el pasillo hasta

llegar a la puerta 208.

Mason tomó la precaución de llamar al timbre un par de veces para asegurarse de que no había nadie en el apartamento. Luego, probó la llave. La cerradura cedió.

El abogado penetró en el apartamento y cerró la puerta a sus espaldas.

Habían limpiado la salita, vaciando los ceniceros y quitado el polvo. La cama estaba hecha. Habían lavado los platos y la cocina y la fregadera se veían absolutamente impolutas.

—Hola, ¿hay alguien en la casa? —preguntó Mason en voz alta.

Su voz resonó en el apartamento vacío.

El abogado extrajo la llave del buró, del bolsillo. Fue hacia el mueble e insertó aquélla en la cerradura. Giró y la persiana quedó suelta.

La subió, dejando el interior al descubierto.

Dentro existía cierta confusión. En los compartimientos inferiores se veían algunas cartas. Los casilleros superiores estaban repletos de cheques cancelados, declaraciones bancarias, memorándums y correspondencia.

El de la esquina superior derecha contenía una agenda diminuta, forrada de piel, y un revólver.

Mason hojeó la agenda. En la última página encontró el número de matrícula, aparentemente anotado apresuradamente con un bolígrafo.

Por lo demás, las anotaciones eran un modelo de claridad; nombres, fechas, números telefónicos, y cifras misteriosas, relacionadas evidentemente con unas cuentas que Mason no tenía tiempo ni ganas de descifrar.

Rápidamente, copió la matrícula, y empezaba a dejar ya la agenda cuando, en un impulso, decidió echarle un vistazo al revólver.

Usando un pañuelo para no dejar huellas digitales, cogió el arma.

Era un «Smith y Wesson», calibre 38. Grabado en la culata aparecía el número «S-65088».

Mason tomó nota de dicho número y volvió a dejarlo, cerró cuidadosamente el buró, con llave, se metió ésta en el bolsillo y,

empleando el pañuelo para no dejar huellas en el pestillo de la puerta, salió al corredor.

Bajó apresuradamente la escalera, corrió hacia su automóvil, saltó al mismo y arrancó aceleradamente.

Condujo una docena de bloques antes de detenerse delante de un establecimiento donde había una cabina telefónica. Dejó caer una moneda en la ranura y marcó un número.

—Hola, Gertie —repuso después de oír la voz de la recepcionista de su oficina—, díglele a Della Street que se ponga al teléfono. No la llame, vaya y...

—Comprendo —le interrumpió la avispada Gertie—. Un momento.

Casi al instante, Mason escuchó la voz inquieta de su secretaria.

—Todo ha ido bien —le informó el abogado.

—¿Lo ha conseguido?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—Aún me faltan cinco minutos para terminar la copia de la declaración.

—Formidable. Ahora ya puede despedirlos cuando guste.

—Bien.

—Hágalo del modo más casual posible.

—No habrá problemas. ¿Y por su parte?

—Por la mía, creo que no, Della, aunque tengo que revisar mis ideas. Esa joven tal vez desee ganar los cien dólares, pero desea que el tipo que está con ella crea que se encuentra en un lío.

—¿Quiere decir que es su novio el que...?

—No lo sé —reconoció Mason—. Pero sea lo que sea ese fulano, ya tengo la matrícula. Tal vez se trate de una trampa, en cuyo caso sería la trampa más complicada de cuantas he visto en mi vida. Pero si resulta ser la matrícula real, Lucille acudirá dentro de un par de días a lo sumo a percibir su recompensa. No se inquiete, Della, que todo irá bien.

Mason colgó y llamó a Paul Drake.

—Paul, tengo un número de matrícula. Quiero saber quién es el dueño del coche. Indágalo.

—¿Cuál es la matrícula? —quiso saber Paul Drake.

—9Y6370 —leyó Mason por teléfono.

—¿Dónde estás ahora?

—En Hillcrest 67492. Es una cabina pública. Daré una vuelta. No tardes, Paul, y llámame aquí.

Mason se tomó una coca-cola en el mostrador, se fumó un cigarrillo y cuando el teléfono llamó fue a la cabina.

—Es Stephen Argyle —le comunicó Drake—, vive en 938 Oeste del bulevar Casino. Un distrito honorable, Perry.

—Gracias, Paul. Voy a jugarme una hora de mi vida.

—El coche es un «Buick» —añadió Drake—. No tengo datos sobre el color. ¿Cómo obtuviste la matrícula, Perry?

—Por la carta de esta mañana. No puedo contártelo ahora, Paul. Della puede decirte algo más, dentro de unos minutos. Los interesados se hallan todavía en mi oficina.

—De acuerdo —se conformó Drake—. Iré por allí. Si quieres algo, llámame. ¿Has cogido bien la dirección?

—Sí.

El abogado salió de la cafetería, trepó a su auto y se dirigió al bulevar Casino.

La casa era un conjunto de estuco y ladrillos, con tejado de tejas rojas, porches, toldos, un jardín bien cuidado, setos excelentemente recortados a cada lado, y un sendero para coches que llevaba a un garaje triple, en la parte posterior. En el senderito se veía un «Buick», estacionado.

Mason aparcó su coche, anduvo sosegadamente por el sendero y examinó el «Buick».

Habían enderezado una abolladura en el parachoques. En la parte trasera de la carrocería había algunos lugares en los que parecía como si hubiesen intentado un repintado. El neumático trasero de la derecha parecía nuevo.

Mason se hallaba contemplando el neumático cuando se abrió la puerta. Un individuo de anchos hombros, mandíbula cuadrada y modales beligerantes, se plantó delante del abogado.

—¿Qué le pasa, amigo?

Mason levantó la mirada y no sonrió.

—¿El señor Argyle?

—No.

—¿No está en casa?

—¿Qué tiene eso que ver con este examen de su coche? ¿Piensa robarlo?

—En absoluto. Lo estaba examinando. ¿Es usted pariente del señor Argyle?

—No. Trabajo aquí.

—Ya. ¿En calidad de qué?

—Chófer y mayordomo.

—En tal caso —repuso Mason, sacando una tarjeta del bolsillo—, compórtese con más respeto, llévele esta tarjeta al señor Argyle y comuníqueme que deseo verle para un asunto de la mayor importancia... para él.

El chófer cogió la tarjeta y la estudió.

—Muy bien —dijo, echando a andar hacia la casa.

Mason le siguió.

—Un momento —le detuvo el mayordomo—. Aguarde aquí.

Penetró en la mansión, cerró la puerta y volvió al cabo de unos instantes.

—Sí, señor —gruñó—. Puede pasar.

El interior de la casa se hallaba inmerso en un ambiente de lujo. De la estancia de la derecha surgía el aroma de un costoso cigarro. El chófer indicó aquella puerta.

—El señor Argyle le recibirá allí.

La habitación era un combinado de madriguera y librería, con armas, libros, sillones cómodos, cuadros de caza, fotografías, y el aspecto de ser el «cuarto de estar». El bar portátil de un rincón estaba abierto, permitiendo divisar varias hileras de botellas. Sobre una mesita colocada cerca del sillón donde estaba repantigado un caballero de unos cincuenta años, reposaba un vaso de whisky.

El individuo se puso de pie cuando Mason penetró en la pieza.

—¿El abogado Perry Mason?

—El mismo.

El caballero extendió la mano:

—Soy Stephen Argyle. Encantado de conocerle. He oído hablar mucho de usted. Siéntese, por favor. ¿Quiere un vaso?

Era un hombre huesudo, con dedos muy largos, pómulos altos, ojos animosos, cabello ralo, moteado de gris. Llevaba unas gafas que campeaban en lo alto de su nariz, con una cinta negra al

costado, lo que le daba una expresión de austero poder.

—Gracias —aceptó Mason—. Tomaré whisky con soda.

Argyle le hizo una seña al mayordomo, el cual fue hacia el bar, metió unos cubitos en un vaso, mezcló el whisky y la soda, y se lo entregó todo a Mason.

—Bonito salón —comentó el abogado—. Es cómodo, y da la sensación de bienestar.

—Aquí paso mucho tiempo. ¿Quiere un cigarrillo?

—Si no le importa, prefiero uno de mis cigarrillos —repuso el abogado, extrayendo su cigarrera.

Al golpear con el cigarro la tapa de la petaca, observó que el chófer-mayordomo no tenía intención de marcharse.

—Perdone —dijo, encendiendo el cigarrillo—, tal vez le parezca un poco brusco, pero tengo el tiempo muy limitado.

Dios dos chupadas y dejó caer la ceniza en el cenicero.

—Adelante —le invitó Argyle.

Mason volvió la mirada hacia el chófer, que estaba de pie en un rincón.

Argyle no le despidió.

—La tarde del día tres de este mes —empezó Mason con gran aplomo—, a las cinco aproximadamente, su «Buick» se vio complicado en un accidente, en el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive. ¿Quién conducía, usted o el chófer?

—¿Es un interrogatorio? —quiso averiguar Argyle, frunciendo el entrecejo.

—Sólo una pregunta para saber quién conducía —aclaró Mason—. Lo del accidente no es una pregunta, sino una afirmación.

—Realmente, señor Mason, estoy sorprendido. Sorprendido hasta la estupefacción.

—Por lo tanto, usted no conducía, ¿verdad?

Argyle vaciló un segundo.

—No —dijo al fin.

Mason miró al chófer, cuyos ojos se habían vuelto, de pronto, tan intensos como los de un gato al acechar un pájaro.

—En realidad —prosiguió Argyle, pensando sus palabras—, lo que usted dice confirma mis peores temores. Supongo que el accidente no fue grave.

—Fue grave —objetó Mason—. ¿Cuáles son sus temores?

—Me robaron el coche el tres por la tarde. La policía lo recuperó aquella misma noche delante de una llave de riego, en el distrito central. El depósito de gasolina estaba medio vacío y el coche parecía haber rodado unos doscientos kilómetros.

—Buen trabajo —admiróse Mason.

—¿Por parte de la policía? —se burló Argyle.

Mason sonrió.

Argyle frunció el ceño.

—Yo represento a Bob Finchley —le informó Perry Mason—. Su madre conducía el coche. Quedó muy afectada. El auto casi destrozado y Bob Finchley sufrió fractura de cadera. Aún es pronto para saber si se producirán complicaciones.

—Ya. Bastante grave —asintió Argyle—. Tendré que consultar con mis abogados. Tal como lo entiendo, señor Mason, si yo deo utilizar mi coche, *con mi permiso*, yo soy el responsable de todos los daños, pero en caso de robo...

Argyle se encogió de hombros, golpeando su cigarro para dejar caer la ceniza.

—Dejemos de dar palos de ciego —propuso Mason—. Ese cuento del coche robado es dos años más viejo que Moisés. Aparte de lo cual, huele que apesta.

El chófer dio un paso adelante.

Argyle lo hizo retroceder con un gesto.

—Bien, señor Mason —dijo luego—, supongo que, por su calidad de abogado, no querrá hacer ciertas insinuaciones...

—Está bien —masculló Mason—. Seguiré la ruta más larga. ¿Cuándo le robaron el coche?

—Hacia las tres de la tarde.

Mason sonrió.

—¿Cuándo presentó la denuncia?

—No lo eché de menos hasta las siete —confesó Argyle—. Lo dejé delante del club y cuando salí, el coche había desaparecido.

—¿E inmediatamente dio parte a la policía?

—Sí, señor.

—¿Ya qué distancia del lugar donde fue robado se recuperó el auto?

—A unos ocho o diez bloques.

—El chico quedó gravemente herido —declaró Mason, solemnemente—. Tendrá que guardar cama mucho tiempo, y la madre padece un desquiciamiento nervioso. Luego, hay el asunto del coche.

—Usted no pensará, señor Mason, que yo sea responsable.

—¿Por qué no?

—Le aseguro que me robaron el auto.

Mason volvió a sonreír.

—Como ya ha dicho usted, como abogado no puedo efectuar ciertas acusaciones... delante de testigos. Sin embargo, quizá resulte divertido escuchar su versión de lo ocurrido delante de un jurado.

—Señor Mason, no dudará usted de mi palabra, ¿verdad? Dios mío, yo soy un ciudadano honorable... Mi coche está en mal estado. Si por mi parte existe alguna responsabilidad, estaré encantado de llegar a un arreglo. En realidad, es mi compañía de seguros la que se cuida de estos asuntos.

—Está bien —accedió Mason—. Si así lo quiere usted, trataré con su compañía de seguros.

—Naturalmente, siempre que exista responsabilidad por mi parte.

—Oh, ciertamente —exclamó Mason—. ¿Cuál es el club donde estuvo la tarde del tres?

—El club Broadway Athletic.

Mason se puso de pie.

—Encantado de haberle conocido —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Argyle se levantó, vaciló y volvió a sentarse.

El chófer acompañó a Mason.

—Buenas tardes —le espetó.

Y cerró de un portazo.

Capítulo 6

La oficina de la Agencia de Detectives Drake se hallaba en el mismo piso que el despacho de Mason. Éste penetró allí apresuradamente para mantener una breve conversación con Paul Drake.

—Caramba, Perry, hemos dado en el clavo. No sé cómo ocurrió, pero hemos dado en el clavo.

—Quiero unos hombres que se encarguen de un trabajo inmediatamente, Paul —le ordenó el abogado—. Hombres que sepan realizar una labor inteligente. Quiero que se compruebe lo que hizo Stephen Argyle la tarde del tres. Probablemente, estuvo en el club Broadway Athletic. Quiero saber lo que hizo y cuánto bebió. Cuánto tiempo estuvo allí. Si otros miembros del club observaron alguna interrupción en su estancia. Quiero averiguar todo lo que sea posible por boca del portero. Supongo que lo habrán sobornado. No tenemos bastante dinero para competir con Stephen Argyle en un soborno, pero es posible asustar al portero, y quiero que lo asusten *de veras*.

Perry Mason respiró unos segundos antes de continuar:

—Quiero descubrir todo lo referente al coche de Argyle, que se supone fue robado la tarde del tres; cuándo su dueño dio parte a la policía y cuándo fue recuperado. Particularmente, deseo averiguar si Stephen Argyle llegó al club en un taxi entre las cinco y las seis. A esta hora, los miembros acuden a tomar el aperitivo, y quizás alguien le vio llegar en taxi. Habrá que actuar de prisa.

—De acuerdo —asintió Drake—. Manos a la obra. ¿Cuántos muchachos pongo al trabajo?

—Los que puedas. Cuando todo haya concluido le pasaremos la factura a Stephen Argyle.

—¿Es el sujeto en cuestión?

—Fue su coche —arguyó Mason—, y creo que él lo conducía. Incidentalmente, quiero descubrir todo lo referente a ese tipo. Sospecho que su mujer ha muerto recientemente o lo ha abandonado.

—¿Por qué?

—Tiene un chófer, que también actúa de mayordomo, el cual ciertamente no duraría ni cinco minutos en una casa donde hubiese una mujer. Y sin embargo, la mansión de Argyle es muy amplia y, aparentemente, su dueño vive casi todo el tiempo en un salón que apesta a whisky y tabaco.

—Está bien. Inmediatamente pondré los chicos al trabajo. A propósito, Perry, tenías razón con respecto a tu ex divorciada y coqueta cautelosa. Envié a su compañera de habitación a cobrar los cien pavos.

—Se los merece. Eh, un momento, no lo entiendo. Esa chica me ha engañado, sí. ¿Cuándo vino la otra?

—Hace cinco minutos —repuso Drake—. La envié a tu despacho y le telefoneé a Della que la atendiera.

—¿Quién es? —quiso saber Mason.

—Una chica que no está mal, llamada Carlota Boone. Se mostró muy remisa, y no quiso admitir que conocía a Lucille Barton. Dijo que sólo venía a cobrar los cien dólares de la recompensa.

—La veré —afirmó Mason—. Tú pon a tus chicos a trabajar en lo de Argyle. Quiero hacerle sudar la pasta. Deseo que ese muchacho, Finchley, tenga la oportunidad de terminar su carrera, a cambio del inconveniente de su cadera fracturada.

—No permitas que Argyle se libre del asunto con facilidad —le advirtió Drake—. Detesto a esos tipos que atropellan con impunidad y se largan, y que probablemente poseen bastantes relaciones oficiales como para zafarse de todo, si son descubiertos.

—No temas —sonrió Mason—. Y ahora, voy a pagarle a Lucille Barton sus cien dólares. Me interesa saber de qué manera Carlota Boone conseguirá que se los pague sin traicionar a Lucille. Bien, Paul, hasta la vista.

—Dentro de cinco minutos mis muchachos estarán trabajando —le aseguró Paul Drake.

Mason recorrió el pasillo hasta su oficina, silbando alegremente. Abrió la puerta de su despacho particular, entró, le sonrió a Della Street, arrojó el sombrero a una percha y dijo:

—Bien, Della, creo que Lucille ha enviado a alguien a cobrar los cien dólares.

Della Street parecía perpleja.

—Espere hasta que escuche la historia.

—¿Es muy buena?

—No he tenido tiempo de sacársela entera —repuso Della—, pero sé que le dejará a usted tarumba.

—¿Cómo se llama la amiga?

—Carlota Boone.

—¿Cómo es, Della?

—Morena, esbelta, calculadora, probablemente muy codiciosa, y reticente respecto a sí misma. Se ha negado a seguir hablando conmigo, quiere verle a usted, ya que afirma que viene a darle unos informes y a cobrar cien dólares.

Mason sonrió y calló unos instantes.

—Bien, hágala pasar, Della, escuche su historia, entréguele los cien dólares y devuélvale las llaves de Lucille Barton. Tal vez esa chica comparta el apartamento con aquélla. De todos modos, hágala pasar.

—No salte demasiado de prisa a conclusiones, jefe —le advirtió Della Street—. Lo poco que me ha dicho me hace sospechar que tal vez se trate de algo muy diferente a lo que piensa.

—Bien, que pase —rezongó Mason—, y sabremos de qué se trata.

—Gertie, haz pasar a Carlota Boone —ordenó Della por teléfono.

Luego, se dirigió a la puerta para ceder el paso a la visitante, que ya estaba en el umbral.

La joven poseía unos ojos negros, que casi siempre parecían desprovistos de toda expresión, aunque relucían y vigilaban. El cabello era también muy negro. Medía unos cinco centímetros más que una mujer normal y había en su actitud una tensión especial.

—¿Qué tal, señorita Boone? —la saludó Mason—. Tengo entendido que viene usted a cobrar cien dólares.

—Eso es.

—¿Cómo consiguió la información? —inquirió el abogado—. ¿Qué sabe y cuánto respecto a cómo fue tomada la matrícula?

Perry Mason le guiñó un ojo a Della Street.

—¿Quiere usted decir la matrícula del coche?

—Sí.

—Porque fui yo quien la anotó.

—Ya... ¿y luego dejó el número en el buró?

—Lo metí en mi bolso —explicó la joven—. Bien, ¿qué le parece si percibiese ya mis cien dólares? Claro, ya comprendo que usted no puede regalarle cien dólares a la primera muchacha que venga aquí con una historia plausible y una matrícula de automóvil.

Mason sonrió amistosamente.

—Claro. Sin embargo, creo que ha quedado ya bien establecido nuestro punto de vista en este caso.

Della Street tosió para avisarle.

Mason la miró y al momento se puso en guardia.

Carlota Boone se arrellanó en la butaca y se tomó cierto tiempo en cruzar las piernas, dejando ver una buena ración de muslos. Sus piernas, aunque algo delgadas, eran muy rectas.

—Supongo que puedo confiar en usted —murmuró.

—Tendrá que hacerlo —le indicó Mason.

La joven empezó a hurgar en su bolso, pero se detuvo y levantó la vista hacia Mason con incipiente sospecha.

—¿Cómo puedo saber que no va a estafarme?

—Al fin y al cabo, jovencita —la tranquilizó Mason—, llevo bastante tiempo ejerciendo. Y antes de entregarle ese dinero, tengo derecho a escuchar su historia.

—Oh, está bien —suspiró Carlota—, aquí tiene el número.

Sacó del bolso un pedazo de papel y se lo entregó a Mason.

El abogado estudió el número una y otra vez, frunciendo el ceño.

—Lo siento, señorita Boone, pero es mi deber advertirle por anticipado que éste no es el número de matrícula.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he obtenido ya la información, no sólo respecto a la matrícula, sino que he inspeccionado el automóvil y he conversado con el dueño. Éste no es el número.

—Lo es —afirmó Carlota con determinación—. ¿Qué es lo que intenta? ¿Estafarme los cien dólares? No crea que soy un tonta.

Mason frunció más el entrecejo.

Carlota se tornó colérica y desafiante.

—Yo estaba con mi novio. Nos citamos para tomar un aperitivo en un bar de por allí. Bailamos un poco. Y me llevaba ya a casa. De pronto, estalló un neumático. Yo bajé también y le ayudé a cambiarlo. Estábamos ya terminando, cuando se produjo un choque tremendo en el cruce. Vi al sedán negro bajando por Vermesillo Drive. Detrás iba un «Ford», bailando por la calzada. En el momento en que levanté la vista fue a aplastarse contra un poste telefónico. Dentro había una mujer y un joven. Éste pareció quedar atascado entre la portezuela y el poste. La mujer que conducía se dio un golpe en la cabeza. Me pareció que aquélla era una buena oportunidad... bueno, para ganar algún dinero. Comprendí que el sedán negro pretendía escapar, por lo que saqué mi agenda y anoté la matrícula. Sí, lo sé, no fui a la policía. Esperé a ver si ofrecían una recompensa. Y empecé a leer los anuncios.

Mason, sin dejar de fruncir el ceño, contemplaba a la joven.

—¿Por qué no? —le retó ésta—. Usted sacará mucho de este caso. Sí, sacará mucho de este caso. Usted no trabaja por nada. ¿Por qué debería yo hacer lo contrario? Necesito mucho más dinero que usted, señor Perry Mason.

El abogado se volvió hacia Della Street.

—Póngame con Paul, por favor.

Un momento más tarde, estaba establecida la conexión.

—Paul, tengo otro número de matrícula para ti: 49X176.

—¿Para qué?

—Averigua de quién es el coche, la dirección y el modelo.

Mason colgó y concentró su atención en Carlota Boone.

—Esto es nuevo para mí —le expresó—. Algo inesperado. Creí que teníamos la matrícula que necesitábamos.

—Lo entiendo —asintió ella—. Debido al anuncio, se habrán presentado un diluvio de personas con una buena historia, esperando cobrar los cien dólares. Sin embargo, soy yo quien sabe lo ocurrido. Y la cuestión es: ¿le interesa o no le interesa?

—¿Qué quiere decir?

—No puede engañarme —sonrió la muchacha—. El tipo que conducía aquel sedán se halla en un aprieto. Está mezclado en un caso de accidente y huida. Si yo quisiera, le buscaría y le sacaría diez veces más que a usted.

—¿Y por qué no lo intenta?

—Porque es peligroso. Sería una extorsión. Usted sí puede hacerlo, como abogado. Yo no.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Voy a ponerme en sus manos. Quiero que investigue este número. Cuando esté convencido de que es el de ese auto, usted me entregará los cien dólares.

—De acuerdo —se conformó Mason—. ¿Cuáles son sus señas? ¿Cómo me pondré en contacto con usted?

—No, no —rehusó la joven—. Yo me pondré en contacto con usted, y no deseo que se mencione mi nombre para nada. Mi novio está casado y sufriría un ataque si supiera que he venido a verle a usted. Pero, al fin y al cabo, una tiene que vivir.

—¿Y cuándo se pondrá usted en contacto conmigo?

—Antes de mañana al mediodía. Por entonces, ya estará usted convencido. Buenas tardes.

Con plena seguridad, Carlota Boone se levantó, fue hacia la puerta, la abrió y salió.

Mason miró a Della Street, se rascó la cabeza y masculló:

—Si desea una aclaración, Della, esto es lo que se llama una complicación.

—¿No será una treta empleada por ese tipo para desviarle del buen camino, jefe? —insinuó la secretaria.

—Probablemente —asintió Mason—, pero no lo logrará. Voy a salir a la caza de la pista falsa, pero Paul Drake continuará detrás de la buena.

En aquel momento sonó el teléfono. Era Paul Drake.

—Tu hombre es Daniel Caffee. El coche es un sedán «Packard», y la dirección es 1017 Beachnut. ¿Qué pasa con él?

—¿Trabajan ya tus chicos en el caso Argyle? —indagó Mason.

—Sí. Acaban de salir cuatro, y tengo otros dos listos.

Mason le hizo una seña a Della Street.

—Bien, coja su sombrero y un cuaderno, Della. Dejaremos que

Paul se cuide de este otro aspecto del asunto. Usted y yo iremos en busca de un falso señuelo —volvió a hablar por teléfono—. Bien, Paul, tú sigue con lo tuyo. Yo voy a echarle una ojeada al señor Daniel Caffee.

—Está bien, Perry. Yo continúo con Argyle. Pero éste ya sabrá que estábamos sobre su pista. No es posible interrogar a los miembros de su club sin que alguno se lo diga por teléfono.

—No importa —afirmó Mason—. Lo prefiero así. Es mejor que sepa que insistimos.

Mason colgó y se limitó a añadir:

—Vámonos, Della.

Capítulo 7

—¿Por qué supone que una chica utilizaría un truco tan tonto? —preguntó Della Street mientras iban ya por la calle Beachnut.

—Probablemente para conseguir cien dólares —repuso Mason—, pero cuidado, Della, hay algo en esa chica que me impresiona.

—¿Es una mujer codiciosa?

—Sí que lo es. Tomó la matrícula del coche, tratando de hacer chantaje. Luego, por algún motivo, se asustó. Leyó el anuncio del periódico ofreciendo la recompensa y no pudo resistir la tentación de ganarlos con una acción completamente legal. Esa muchacha me da la impresión de estar diciendo la verdad, y sin embargo... Bueno, Della, yo he inspeccionado el automóvil de Argyle. Tiene señales en la parte trasera; sufrió un choque, el neumático posterior de la derecha es nuevo y...

—Y, naturalmente —le atajó Della Street—, su historia del coche robado es un cuento chino.

—Una posibilidad entre cien, Della. Pero lo descubriremos. Ah, aquí está el 1017.

Mason detuvo el coche delante de un edificio de apartamentos, obviamente de la mejor categoría.

—¿Qué hacemos? —inquirió la secretaria—. ¿Entramos?

—No —denegó Mason—. Echemos antes un vistazo. En el sótano hay un garaje particular. Pero habrá algún encargado. Aparquemos el coche y daremos una ojeada.

Mason halló un espacio libre, y luego él y Della anduvieron por la rampa inclinada hacia el garaje.

El encargado estaba alineando los coches.

Mason miró a su alrededor y luego le murmuró a su secretaria:

—Busque un «Packard» negro, Della. Vaya por la izquierda y yo

iré por la derecha. Vamos.

El empleado había terminado con su urea y gritó:

—¡Eh, ustedes!

Mason volvióse y agitó una mano, en ademán tranquilizador.

—Hay un «Packard» en la izquierda —susurróle Della.

Mason consultó la matrícula.

—Es éste, Della —admitió—. Bien, averigüemos algo más.

El encargado avanzaba ya hacia ellos.

—¿Qué desean? —preguntó.

Mason se situó hacia la parte posterior del «Packard», murmurando:

—Hable usted con él, Della. Dígale que pensamos que este coche está en venta.

Al fondo del garaje la luz era escasa, pero Mason logró distinguir que habían instalado un parachoques nuevo, que la carrocería todavía mostraba señales de arañazos y que el neumático posterior de la izquierda ostentaba indicios de un escoplo.

Mason oía las explicaciones de Della, que iba diciendo que tenía entendido que aquel auto estaba en venta, y luego escuchó cómo el encargado insistía en que debían hablar con el señor Caffee.

Mason completó su apresurada inspección y le entregó diez dólares al encargado del garaje.

—El señor Caffee le ofreció el coche a un amigo mío. Y yo quise echarle un vistazo.

—Sí, señor —asintió el hombre, ya ablandado.

—Según creo —continuó Mason—, este coche sufrió un aparatoso accidente.

—Oh, no, señor, aparatoso no. El auto está en buen estado. Sólo un pequeño choque y tuvimos que colocarle un parachoques nuevo. En realidad, podía haberse enderezado el antiguo, pero el señor Caffee es muy especial con el coche. Lo trata como si fuese un reloj.

—Ya. ¿Cuándo tuvo lugar el accidente?

—Oh, no hace mucho... un par de días. El señor Caffee acaba de recuperar el auto. Lo llevó a una agencia próxima. Aunque no creo que se lo arreglaran en la agencia, pero sí fue allí donde le vendieron la pieza. De todos modos, el coche no sufrió más desperfectos. La parte posterior fue la más perjudicada. La

carrocería quedó un poco floja, pero ya está todo en orden, señor.

—Comprendo —asintió Mason—. Muchas gracias. ¿Está ahora en casa el señor Caffee?

—Oh, sí, señor. Seguro que sí. Estando el coche aquí, él está en casa. Cuando sale, siempre coge el auto.

—¿Casado?

—Sí. Su esposa posee coche propio. No le gustan los vehículos grandes. Al señor Caffee, en cambio, le gustan los autos pesados, capaces y rápidos.

—Comprendo —repitió Mason—. ¿Cuál es el número de su apartamento?

—El 22-B.

—¿Podría describírmelo? —inquirió el abogado—. Siempre me ha gustado conocer por anticipado con qué clase de individuo he de enfrentarme.

—Sí, señor. Es... bien, tendrá unos cincuenta y cinco años, alto, sosegado, viste con buen gusto, fuma cigarros, lleva trajes grises, siempre grises. Creo que jamás lo he visto ataviado de otro color.

—Bien, gracias. Iremos a verle. Y el auto me parece en muy buena forma.

—No sabía que deseaba venderlo. Hace sólo unos meses que lo tiene y parecía gustarle mucho.

—¿Hay algún ascensor desde aquí?

—Sí, señor. Apriete el botón y bajará. Naturalmente, los visitantes deben pasar por la conserjería.

—Lo sé —reconoció Mason—, pero es un formulismo inútil, en estas circunstancias. ¿En qué piso está el apartamento 22-B?

—En el quinto.

—Vamos, Della —la urgió el abogado—. Le haremos una buena oferta al señor Caffee.

El encargado oprimió el botón que hacía descender el ascensor.

Mason abrió la puerta y pulsó el botón del quinto piso.

—¿Bien? —exclamó Della.

Mason meneó la cabeza.

—Estoy dando vueltas en círculo. Todo el asunto parece una trampa.

El ascensor se detuvo en el quinto piso.

Mason apretó un botón de madreperla situado al lado de la puerta señalada como la 22-B. Al cabo de unos segundos se abrió la puerta y en el umbral apareció un individuo de más de cincuenta años. Llevaba un traje gris y fumaba un cigarro.

—¿El señor Caffee? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

Mason le enseñó una tarjeta.

—Soy Perry Mason, abogado, y quiero hablar con usted respecto a su automóvil.

—¿Por qué asunto?

Mason dio un paso adelante.

Instintivamente, Caffee retrocedió.

Mason y Della Street penetraron en el apartamento.

—¿Qué pasa con mi automóvil? —insistió Caffee.

—Quiero saber los detalles del accidente que sufrió usted el día tres.

Caffee quedóse rígido un instante. Luego, los labios empezaron a temblar y el cigarro casi le cayó de la boca. Apresuradamente, se aclaró la garganta.

—¿A qué se refiere?

—Ya lo sabe —espetóle Mason, con gran aplomo—. Su coche chocó con un «Ford» *coupé* en el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive. Supongo que llevaba usted unas copas de más, sintió miedo y prefirió huir. Una mirada por el retrovisor le demostró que todos los ojos estaban fijos en el coche accidentado junto al poste. Usted apretó el acelerador y salió de estampida.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Caffee, dejándose caer en una butaca. Su rostro parecía ser de masa de harina. Le temblaban los labios.

—¿Y bien? —insistió Mason.

—Me han cogido —asintió Caffee, patéticamente—. ¿Por qué diablos tuve que obrar así?

Della Street sentóse en una silla, abrió el cuaderno de taquigrafía, lo apoyó sobre una rodilla y empezó a tomar notas.

—¿Lo admite? —se asombró Mason.

—Sí, lo admito. Me han atrapado. Me han atrapado mortalmente... Supongo que usted reclama daños y perjuicios... Dígame, ¿hubo algún herido, señor Mason?

—Dos personas. La mujer que guiaba quedó muy trastornada. Su hijo salió con una cadera rota. Fue a chocar contra un poste, al abrirse la portezuela y salir arrojado del interior del auto. Fue un milagro que no se abriera la cabeza y falleciese allí mismo.

Daniel Caffee se llevó las manos a la cabeza y gimió.

—Bien, ¿qué puede decirnos? —persistió Mason.

—Que me han atrapado —confesó Caffee, en tono de contricción—. Supongo que tengo que pasar un mal trago. Le doy mi palabra, señor Mason, que no pensé que hubieran heridos. Pensé que sólo habría sufrido daños el coche y quise ahorrarme una demanda... Bien, fui un cobarde, porque había bebido unos tragos de más. Me encontré con un viejo amigo y entramos en un café. Ordinariamente, nunca bebo si conduzco. Mi esposa me estaba esperando y... bueno, llegaba tarde y traté de ganar tiempo. Iba muy aprisa. Llegué al cruce y le juro que no vi al otro auto hasta que lo tuve encima. Pensé que podría desviarme a tiempo. Mi auto es estupendo, pero el otro auto no pudo parar. Chocó con la trasera del mío, y supongo que le hizo perder la dirección. Al principio, quise detenerme. Pero después miré por el retrovisor, como usted ha adivinado, y vi que todos corrían hacia el otro coche. La calle estaba despejada al frente, y yo sabía que no hallaría por allí ninguna señal de tráfico. Por tanto, continué la marcha. Estaba seguro de que nadie había reparado en mi coche, y que éste había sufrido ligeros desperfectos. De no haber sido por el exceso de bebida, jamás habría cruzado por mi cerebro una idea tan estúpida.

—¿Qué hora era?

—Muy poco después de las cinco, señor Mason.

—¿Dónde?

—En el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive. Yo tiré por esta calle.

Mason contempló el atareado bolígrafo de Della Street.

—¿La fecha?

—El tres de este mes. Oh, sé que estoy en un apuro, señor Mason, pero quiero dejar una cosa bien sentada. Estoy cubierto por el seguro. Me pondré en contacto con la compañía y sé que harán una oferta generosa. Además, enviaré a sus clientes un cheque por diez mil dólares, contra mi cuenta personal. Técnicamente, supongo

que soy culpable de imprudencia temeraria y rehuir las responsabilidades, así como de inasistencia a las víctimas de un atropello, por lo que tendré que pagar mi merecido. Pero espero que podamos solucionar este asunto sin que se entere mi mujer.

—¿Está ahora su esposa en casa?

—No. La espero dentro de treinta minutos.

Mason entornó los párpados, meditando la situación.

—Redacte una breve declaración de lo que acaba de contarme —ordenó luego—. Fírmela y extienda un talón por valor de diez mil dólares, pagaderos a Robert L. Finchley. Respecto a la inasistencia de las víctimas, tendrá usted que tratarlo con la policía. Supongo que en vista de las circunstancias, quedará usted bajo probación. Mientras redacta usted la declaración, y extiende el talón, ¿podría telefonear?

—Sí, señor. El aparato está en aquella mesa.

Mason fue hacia el teléfono, pidió una línea exterior, y dio el número de Paul Drake.

Cuando tuvo al detective al otro extremo de la línea, díjole:

—Paul, lo de Argyle era una falsa alarma. Retira a tus hombres.

—¡Al diablo con la falsa alarma! —rugió Drake—. Uno de los chicos posee una declaración firmada por el portero del club, en la que afirma que vio salir a Argyle de un taxi, a las siete de la tarde. Parecía muy nervioso. Le manifestó al portero que iba a dar parte del robo de su coche, y le entregó cien pavos para que jurase que él no se había movido del club en toda la tarde. El portero se habría aferrado a este cuento si mi chico no le hubiese asustado hasta las uñas de los pies, acusándole de complicidad y no sé qué más.

Mason permaneció silencioso.

—¿Me escuchas? —preguntó el detective.

—Sí.

—La esposa de Argyle lo abandonó hace seis meses. Él especula con terrenos petrolíferos. Tiene dos socios, Dudley Gates y Ross P. Hollister. Éste vive en Santa del Barra, y tiene mucha pasta. Desde que le dejó la mujer, Argyle vive solo en su casa, con el chófer y una mujer que está sólo de día. Argyle es un miembro muy bien considerado en el club, y se supone que ha descubierto un buen filón en unos terrenos del Norte. Había bebido un poco y todavía se

hallaba algo alegre cuando le entregó los cien pavos al portero. Bien, ¿qué más quieres, Perry? Argyle es tu nombre.

—¡No es posible!

—Sospecho que no puedes hablar claro, ¿verdad?

—Exacto.

—Bien, entonces, no dejes que te gasten una jugarreta, muchacho. Argyle es tu hombre.

—Van a entregarme una confesión firmada y un talón por diez mil dólares —replicó Mason, bajando la voz. Luego, colgó el teléfono, tras oír el resoplido de extrañeza de Paul Drake.

Capítulo 8

Mason, mientras conducía el auto a gran velocidad por la calle Beachnut, le explicó a Della Street:

—Della, la dejaré en el hotel Ketterling. Coja allí un taxi. Vaya a ver a Paul Drake, cuénteles las novedades, y después aguárdeme en la oficina por si la llamo. Yo iré a hablar con Argyle, y después a la South Gondola Avenue.

—Tenga cuidado. Opino que todo es una trampa.

—Lo sé, pero alguien está forzando el juego y quiero averiguar quién es.

Continuaron rápidamente, en silencio, hasta el hotel Ketterling.

—Bien, si lo he entendido —dijo Della Street—, tengo que ver a Paul, contarle lo ocurrido y después aguardar en el despacho hasta que usted me llame.

—Exacto.

—Allí estaré —afirmó la joven, saltando del coche—. Buena suerte.

—Esto es lo malo —sonrió Mason—, que nos sobra la suerte. Tenemos a dos culpables para un solo choque.

Condujo hasta la mansión de Argyle, en el 938 del bulevar Casino. El enorme «Buick» no estaba en el caminito.

Mason tampoco obtuvo respuesta cuando llamó a la puerta.

Regresó al coche y, conduciendo más velozmente, dirigióse una vez más a South Gondola Avenue, donde adoptó la precaución de estacionar el auto a un par de bloques del edificio donde habitaba Lucille Barton. Andando luego hacia allí, dio un rodeo hasta la parte trasera, para inspeccionar los garajes.

Sin grandes dificultades halló el garaje particular que mostraba el número 208. Tenía las puertas cerradas, pero no con llave. El

interior estaba oscuro.

Mason entreabrió las puertas lo suficiente, para poder ver que no había ningún coche en el garaje.

Tras estar satisfecho sobre este punto, cruzó la calle y fue hacia la tabaquería donde había un teléfono público.

Marcó el número de su despacho y esperó hasta oír la voz de Della Street.

—Hola —murmuró—. He investigado el sitio. Ella ha salido con el auto. Intentaré localizar la agenda.

—Temía que trataría algo por el estilo. ¿Cuánto tardará?

—No mucho.

—El señor Argyle —le informó la secretaria, bajando la voz— le aguarda en la salita. Está muy impaciente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Por lo visto le remuerde la conciencia.

—¿No intentará retractarse de sus declaraciones?

—Por lo visto no.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Dijo que salió de su casa inmediatamente después de hablar con usted. Está muy angustiado por algo. Me ha explicado que no pudo hablar libremente con usted cuando se entrevistaron, y ahora ansia verle.

—¿Por qué no pudo hablar libremente?

—No lo ha dicho.

—Sólo se me ocurre un motivo. Su chófer estaba presente.

—¿Y por qué no lo despidió?

—Lo ignoro. En sus relaciones hay algo extraño.

—El chófer estaba sentado al volante del «Buick» cuando yo llegué —explicó Della—. El señor Argyle bajó poco después a decirle que ya no lo necesitaba. Entonces, yo acababa de manifestarle que ignoraba cuándo llegaría usted. Argyle afirma que está dispuesto a esperar el tiempo que sea preciso.

—De acuerdo —asintió Mason—. Ahora salgo para allá.

Mason colgó el aparato, salió rápidamente a la calle y, ya delante del edificio, utilizó la llave para abrir, subió corriendo al segundo piso, se aseguró de que el corredor estaba desierto, y volvió a correr hacia la puerta 208.

Llamó sin obtener respuesta.

Inspeccionó de nuevo el pasillo e insertó quedamente la llave en la cerradura, hizo descorrer el pestillo y, abriendo, penetró con rapidez en el apartamento.

Las luces estaban encendidas. El buró, abierto. El casillero superior de la mano derecha se hallaba vacío. Habían desaparecido la agenda y el revólver.

Mason lanzó una exclamación de enojo, avanzó dos pasos hacia el dormitorio y se detuvo en seco.

Desde donde se hallaba, divisaba la puerta entreabierta del dormitorio, y más allá la puerta del cuarto de baño.

Había una chica de pie, tras la cortina de la ducha, y evidentemente acababa de cerrar el grifo del agua.

Al lado de la bañera se divisaba un taburete de esmalte. Encima, relucía el revólver, tremendo, espantoso.

Mientras Mason contemplaba la silueta de la joven a través de la cortina, apareció un brazo desnudo, goteando agua, por un extremo del plástico.

La mojada mano se cerró sobre el revólver.

Mason retrocedió rápidamente.

—Hola —gritó—. ¿No hay nadie?

—¿Quién... quién es?

—Hola, soy Perry Mason.

—Oh... ¿está usted solo?

—Sí.

—Me estaba duchando. ¿Cómo ha entrado?

—Llamé al timbre. No contestó nadie. Empujé y se abrió la puerta.

—Oh, sí —admitió ella—, esa cerradura ajusta mal a veces. Siéntese, señor Mason, pero será mejor que cierre la puerta del dormitorio. En realidad, no estoy visible.

—Necesito hablar con usted inmediatamente.

Lucille se echó a reír.

—Inmediatamente, no.

—No hay tiempo que perder —la apremió Mason.

—Oh, qué impaciente es usted. Por favor, cierre la puerta, señor Mason, y también la del apartamento. Estaré con usted dentro de un

par de segundos, tan pronto me haya secado y me haya puesto una bata.

Mason cerró la puerta del dormitorio y después la del piso, y fue hacia el buró. A pesar de rebuscar apresuradamente por su contenido, no pudo hallar el menor signo de la agenda.

Luego, cruzó el cuarto hacia una butaca y se dispuso a esperar.

Unos cinco minutos más tarde se abrió la puerta del dormitorio. Lucille Barton, luciendo una bata algo semejante al terciopelo, que delineaba perfectamente las curvas de su cuerpo, avanzó hacia el abogado.

Mason se puso de pie.

La joven vaciló un instante y, por fin, dedicóle una amistosa sonrisa, y le tendió la mano.

Mason la atrajo hacia sí y la rodeó con el brazo.

—Vaya, señor Mason, no esperaba esto de usted.

Las manos de Mason se movieron rápidamente.

—Por el momento —aclaró Mason—, sólo busco un revólver.

—Oh... —la voz de Lucille bajó de tono.

—¿Dónde está?

—Me ha visto, ¿verdad, señor Mason? Me vio a través de la cortina.

—Vi el revólver sobre el taburete —admitió el abogado—. ¿Dónde está?

—En mi bolso, en el dormitorio.

—Permita que le eche un vistazo.

—Iré a buscarlo.

—*Iremos* a buscarlo.

—¿No se fía de mí, señor Mason?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me estoy volviendo precavido también —rezongó Mason.

—Caramba, señor Mason —rió Lucille—, esto también me lo dijo Arthur Colson. Que soy demasiado precavida.

—¿Y a qué vino este tema de conversación? —quiso saber Mason.

Una carcajada fue la única respuesta de la joven. Abrió la puerta

y entró en el dormitorio.

—Francamente, señor Mason, pienso que esto es terriblemente inconveniente.

Lucille fue hacia la cama y, de pronto, cogió el bolso.

Mason se lo arrebató.

—Señor Mason —gritó la joven, airadamente—, no me quite el revólver. No trate de...

—¿Para qué necesita un arma?

—Para protegerme.

Mason sacó el revólver del bolso, abrió el cilindro y, extrayendo los cartuchos, se los metió en el bolsillo. Después, volvió el cilindro a su lugar y devolvió el arma, vacía, al bolso.

—Señor Mason, usted no tiene derecho...

—Charlemos —propuso el abogado.

—Ya estamos charlando... pero usted no me escucha.

—¿Dónde consiguió el arma?

—Me la regalaron.

—¿Quién?

—El señor Hollister... No, no puedo decírselo. Por favor, no me haga preguntas.

—¿Cuánto hace que la tiene?

—Dos o tres semanas.

—¿Por qué pensó Hollister que usted la necesitaba?

—Bueno... esto es algo que no puedo decirle, señor Mason.

—De acuerdo, pero primero dejemos algunas cosas bien sentadas, Lucille —refunfuñó el abogado—. No me gusta que la gente me tome el pelo.

—Claro, lo supongo.

—Usted me contó que estaba prometida con ese Hollister.

—Sí, voy a casarme con él.

—¿Dónde está ahora?

—¿Quiere decir ahora mismo?

—Sí.

—Lo ignoro. Por algún lugar del norte del Estado.

—¿No sabe dónde? ¿No puede telefonarle?

—No. Aquí no tengo teléfono, señor Mason. Esto es lo malo de tener un apartamento anticuado. Él no puede llamarme. Me envía

alguna carta. Probablemente haya una en el buzón.

—¿Le ama usted?

—Señor Mason, ¿por qué husmea en mis asuntos privados?

—Porque deseo averiguar algo respecto a usted y a las cosas que suceden.

—El señor Hollister es un caballero —afirmó ella—. Y yo le quiero profundamente. Y le respeto. Es un especulador que trata con el petróleo. A veces, se marcha un par de semanas, y vuelve aquí, quedándose... bueno, uno o dos meses.

—¿Y cuándo se va, usted coquetea con Arthur Colson?

—¡Señor Mason!

—¿Y bien...?

La joven sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Arthur sólo es un socio. Pero, ¿a qué viene tanta curiosidad?

—Porque quiero descubrir algo. He de saber qué pasa.

—¿Por qué?

—Porque creo que me interesa y que puede haber algo que usted no sepa... o que usted intenta sustraer a mi atención.

—¡Diantre, señor Mason! No sé de qué está usted hablando. Desde que vino usted aquí esta mañana, se ha comportado de un modo misterioso. Me hubiera gustado mucho que hubiese accedido a negociar con mi ex marido del asunto de mi pensión, pero no le permitiré que haga ciertas insinuaciones, sólo por haberle pedido ese favor. Sí, sepa que a usted lo respeto.

—Está bien —gruñó Mason—. En tal caso, cuénteme más cosas de Arthur Colson.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo referente a él. No la parte del negocio, sino la otra.

—Es sólo un amigo. Más amigo de Anita que mío.

—¿Quién es Anita?

—Anita Jordon, una chica que conozco.

—Descríbamela.

—Baja, con ojos negros, y pelo también negro. Viste muy bien... Oh, le gustaría. Es guapísima.

—De acuerdo. Ahora, hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de Arthur Colson.

—¿Otra vez de él?

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoce?

—No mucho. Es inventor. Un tipo soñador y estudioso. Nos costó mucho lograr que se relajase y... bueno, se divirtiese un poco. Le gusta leer. Pasa las noches investigando, y las tardes leyendo en la biblioteca. Luego, se marcha a su casa y hace planes, y escribe a máquina.

—¿Qué inventa?

—Oh, muchos objetos prácticos. Ha sacado de ello algún dinero.

—¿Qué clase de inventos?

—Bueno, ahora está ocupado con algo relacionado con los rayos infrarrojos. Antes, inventó un aparato para abrir y cerrar puertas... Cosas así.

—¿Cosas... cómo?

—Trabaja con la luz invisible, que creo que llama luz negra. Un rayo cruza una habitación y tan pronto como un objeto cruza por delante del rayo, cierra un circuito y hace cosas... por ejemplo, contactos eléctricos, para que así que usted entre en casa se encienda el fogón, o la radio funcione... No sé, señor Mason, creo que se trata de un aparato. Hay tantas cosas científicas pero impracticables, cuando se piensa bien...

—¿Y cuál es su interés por él?

—Lo que le he dicho. Un interés financiero.

—¿Y por qué ha puesto usted dinero en su invento?

—Porque creo que será un buen negocio.

—¿Y Colson se queda aquí con usted hasta pasada la medianoche?

—A veces, cuando Hollister no está y yo... Oh, Arthur está tan solo... Su regla es hacer fiesta un solo día a la semana. Yo traté de que descansara todas las tardes... Pero, decididamente, no es el tipo a quien le gusta tontear. Es un soñador, un abstracto, y a veces resulta pesado.

—¿Y le gusta Anita Jordon?

—Sí.

—¿Y él le gusta a ella?

—Creo que sí. Anita... bien, es un poco egoísta. Quiere seguridad. Le gustaría mucho que alguien se casara con ella. Yo he

intentado hacerle comprender que el matrimonio no significa una seguridad, pero no hay forma de discutir con una testaruda como ella.

—No, entiendo —asintió Mason—. Y ahora supongamos que deja usted de mentirme, Lucille, y me confiesa quién compró este revólver para usted.

—Creo que le concede una importancia exagerada a esa arma, señor Mason.

—Cuando una mujer se ducha y tiene un revólver sobre el taburete al lado de la bañera, creo que es ella la que concede una importancia exagerada al arma.

—Alguien juró que me mataría. Arthur está asustado... y yo también.

—¿Quién es su enemigo?

—Usted no lo conoce.

—¿Cómo lo sabe? —replicó Mason—. Conozco a mucha gente. ¿Cómo se llama?

—Se llama Pitkin... Hartwell L. Pitkin. Es un tipo duro, cruel. Cometí una equivocación y me casé con él cuando era una chiquilla. Sólo tenía dieciocho años. No conocía a los hombres. Él me cortejó y me pareció que iba a darme lo mejor de este mundo. Pero con él viví una existencia aislada en un pueblo y...

—¿Cuánto vivieron juntos?

—De dos a tres años.

—¿Y luego?

—Huí.

—¿Huyó?

—Eso mismo.

—¿Se divorció?

—Más tarde, pero por el momento, huí.

—¿Con alguien?

—Oh, es usted excesivamente directo, señor Mason.

—¿Con alguien? —repitió el abogado.

—Sí —confesó ella, bajando los ojos.

—¿Y qué ocurrió?

—Hartwell juró que nos seguiría, que nos buscaría y que nos mataría a los dos. Pero no logró encontrarme. Nunca. Cambié de

nombre, conseguí el divorcio en Reno y...

—¿Y qué fue del sujeto con quien huyó?

—Murió en la guerra. Le... le amaba.

—¿Y después?

—Me dejó un seguro... y al final, me casé con Willard Barton.

—Está bien, hábleme ahora de ese Hartwell Pitkin.

—Está... sé que está aquí, en la ciudad. Y que está enterado de mi presencia aquí, pero aún ignora mi dirección.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Qué hace?

—Trabaja para un tal Stephen Argyle. Vive en el 938 del bulevar Casino. Ignora que yo sé dónde trabaja, pero lo descubrí... y lo peor de todo, señor Mason, es que ese individuo, ese Argyle, y Ross Hollister, pertenecen al mismo club, que juegan juntos a cartas y beben juntos, a veces. ¿Comprende ahora mi espanto? Aunque me casara con Ross, no solucionaría nada definitivamente. Imagínesse lo que pensaría Ross si se enterase de que se ha casado con la antigua esposa del chófer de su amigo. Le resultaría humillante y sus amigos se burlarían de él... y Hartwell Pitkin es cruelmente celoso. ¡Oh, señor Mason, estoy de verdad en un tremendo conflicto!

—Empiezo a comprender.

—¿Qué quiere decir?

Mason empujó a la joven, firmemente pero con dulzura, hacia la puerta del dormitorio.

—Vístase, Lucille. Iremos a varios sitios.

—Señor Mason... ¿por qué se muestra tan... tan rudo?

—Porque usted trata de ocultarme algo.

—¡No!

—¿Esos muebles son restos de su último matrimonio?

—No sea tonto. Se trata de un apartamento amueblado.

—Comprendo. Amueblado con alfombras orientales, un escritorio antiguo y ...

—Está bien. Si quiere saberlo, se lo contaré todo. Ya me di cuenta de que examinaba usted los muebles cuando vino esta mañana. A Ross Hollister le gustan las cosas buenas. Y después de casarnos, desea conservar su casa de Santa del Barra, pero también

quiere este apartamento. Es un experto en muebles y decoración interior y, gradualmente, trae aquí lo que piensa que le sobra en Santa del Barra. La alfombra, por ejemplo, la trajeron el domingo. Y su ama de llaves me telegrafió ayer por la mañana, preguntándome si Ross me había regalado una alfombra oriental. ¡Como si le importase un comino a esa vieja comadre! Sólo se cuida de la casa hasta las cuatro de la tarde, Ross come fuera, pero le paga tanto como si trabajase allí constantemente. Le diré una cosa: cuando nos casemos, pondré a esa chismosa de patitas en la calle.

—¿Por qué la telegrafió a usted? ¿Por qué no se lo preguntó a Hollister?

—Porque se marchó de Santa del Barra el lunes a las seis, para estudiar unos terrenos de los que posee un informe confidencial de un geólogo. Siempre busca gangas de esta clase y...

—Está bien —la interrumpió Mason—, ya me contará más cosas después. Ahora, vístase, que es tarde.

Capítulo 9

Mason sostuvo la puerta abierta para cederle el paso y bajaron juntos.

—Me gustaría saber adónde... —empezó a decir Lucille. De pronto, calló en seco.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mason.

—¡Aquél es mi coche! —gritó ella.

—¿Cuál?

—Aquel sedán.

—¿Está segura?

—Claro que no. Parece mi coche.

—¿Cuál es, exactamente?

—El que está al otro lado de la calle, junto al callejón. El sedán claro con las ruedas coloradas y las portezuelas blancas.

—Está bien —propuso el abogado—, le daremos una ojeada y comprobaremos si es el suyo.

Atravesaron la calzada. Lucille dio la vuelta al auto y abrió la portezuela.

—¡Claro que sí! Es mi coche y *aquí están las llaves*.

—¿No suele dejar las llaves dentro del coche?

—En el garaje, sí. Cierro la puerta y dejo las llaves dentro del auto, pero cuando lo estaciono en la calle, siempre me las llevo.

—¿No ha utilizado hoy el coche?

—No.

—¿Cómo llegó a mi despacho?

—En el auto de Arthur.

—Ya. Bien, ¿qué quiere hacer con su coche, llevarse las llaves o...?

—Prefiero encerrarlo en el garaje.

La joven se instaló ante el volante, puso el contacto con gesto iracundo y arrancó.

El arranque gruñó, el motor rugió unos momentos, pareció toser, jadeó... y se calló.

—Puede ser cosa del carburador —apuntó el abogado.

—Al carburador no le pasa nada —afirmó Lucille.

—Iré al garaje y abriré las puertas —se ofreció Mason—. Ciertamente, el motor no está en forma.

—Bueno, no suena muy bien. No sé si alguien quiere gastarme una broma o qué, pero... Arthur es buen mecánico. Creo que le puso un cable nuevo al motor... o no sé qué. Siempre ha ido muy bien, pero aquel cable estaba un poco desgastado.

—Probablemente esté mal conectado —insinuó Mason—. Bueno, atraviése el callejón y siga hasta el garaje. Yo abriré las puertas. Supongo que el coche aguantará hasta allí. Entonces, indagaremos en el motor y veremos qué ocurre.

Perry Mason echó a andar.

Detrás suyo, oyó cómo el coche jadeaba, al ponerse en marcha. Poco después, los faros iluminaron las puertas del garaje. Mason abrió la puerta de la derecha, y se asomó dentro a fin de descorrer el pasador que sujetaba la otra hoja, y de repente quedóse rígido.

Los faros del coche de Lucille iluminaban las piernas de una figura tendida en el suelo del garaje. La sombra de la puerta ocultaba el resto del cuerpo.

Bruscamente, el motor petardeó, rugió y calló.

Lucille Barton saltó ligeramente del auto. Al instante corrió hacia el abogado.

—¿Qué ocurre? —inquirió—. ¿Hay alguien ahí dentro?

—Parece un hombre dormido —repuso Mason—, o está borracho... o tal vez muerto. Echemos una ojeada.

Soltó el pasador y abrió la otra hoja de la puerta, y volvió a quedarse rígido cuando la luz de los faros incidió en el siniestro charco rojo que iba manando del agujero de bala en la frente del cadáver.

—Vaya, está muerto —suspiró Mason.

La joven dio un paso adelante, y de repente retrocedió. Mason escuchó su respiración sibilante.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Mason.

—¿Qué clase de broma es ésta? —exclamó Lucille—. ¿Qué pretende usted? ¿A qué clase de trampa me ha traído?

—Creo, Lucille —respondió el abogado, moviéndose a fin de poder distinguir las facciones del muerto—, que es mejor hacer la pregunta de otra forma. ¿A qué clase de trampa ha querido usted atraerme?

—Ahora empiezo a comprenderlo... —gimoteó la joven—, todo el asunto... su charla sobre el revólver, y lo del coche y el garaje... Ah, sí, ya entiendo por qué quería usted entrar en el garaje.

Mason frunció el ceño y no contestó, y continuó contemplando el cadáver de Hartwell Pitkin, que según declaración de la propia Lucille, había sido su primer marido. Evidentemente, estaba completamente muerto.

De repente, ella le reconoció.

—¡Oh, Dios mío! —balbució, y se vio obligada a apoyarse en los hombros de Perry Mason para no caer.

Capítulo 10

—Lucille, tiene que avisar a la policía —le manifestó Perry Mason a la joven.

Ésta le miraba con ojos careados de sospecha.

—Y cuando hable con la policía —continuó él—, procure hacerlo mejor que conmigo.

—¿Qué quiere decir?

—Estudiémoslo desde el punto de vista de la policía —dijo Mason—. El hombre que está tendido en el suelo de este garaje se interponía entre usted y todo lo que anhela de la vida. Usted tenía la oportunidad de casarse con Ross Hollister. Pero no podía hacerlo mientras Pitkin viviese. Necesitaba que muriese para poder casarse. ¿A qué seguir?

—¿Trata de insinuar que yo... yo soy la responsable de su muerte?

—Yo no —objetó Mason—, pero la policía lo dará por sentado.

—¡Oh, señor Mason! —gimoteó ella, asiéndose al brazo del abogado—. ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí?

—Todavía no le ha pasado —la consoló Mason—. Por ahora, sólo le ha sucedido a Pitkin. Bien, dejemos el coche aquí. Usted irá a telefonar a la policía. Será mejor que apague los faros del coche. Aparte de esto, déjelo todo tal como está. Vamos a llamar a la policía.

La cogió del brazo, la apañó suavemente de la vecindad del cadáver y la condujo hacia el callejón y luego al edificio de apartamentos.

—¿Tiene la llave? —preguntóle.

—Sí.

La joven abrió la puerta y entró en el zaguán.

—Allí hay un teléfono —le indicó Mason—. ¿Tiene monedas?

—No, creo que no...

—Aquí tiene. Llame a la comisaría. Dígales que acaba de hallar un cadáver en su garaje.

—¿Se queda usted conmigo?

—No, no puedo.

—Tendré que contarle a la policía que estaba usted conmigo cuando... cuando lo encontramos.

—Exacto... cuando lo encontramos. Ahora, vaya a telefonear.

La joven dio unos pasos hacia el aparato, vaciló, dio media vuelta, vio que Mason la miraba fijamente y, a desgana, continuó su camino hacia el teléfono.

Mason la contempló hasta que ella dejó caer la moneda en la ranura y se precipitó hacia la calle, al lugar donde tenía su coche.

Condujo hasta una cafetería, aparcó el auto y entró para llamar al número de su oficina que no figuraba en el listín.

—Diga... —era la voz de Della.

—¿Está ahí todavía Argyle? —interrogó el abogado.

—Salió a telefonear y aún no ha vuelto.

—¿Cuánto hace?

—Unos cinco minutos.

—Y cuando usted llegó, vio su coche y el chófer dentro, esperando.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Hacia las cinco, hará una hora.

—¿Cómo supo que era el auto de Argyle?

Della Street soltó una carcajada.

—Vi el número de matrícula. Este caso me obliga a fijarme casi inconscientemente en todas las matrículas de todos los coches del Estado de California.

—¿Y Argyle estuvo en el despacho hasta hace cinco minutos?

—Eso mismo. Cuando yo llegué, bajó a despedir al chófer. Luego, volvió a subir al momento.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Un par de minutos, no más. ¿Por qué?

—No puedo contárselo por teléfono, Della. Cuando vuelva

Argyle desembarácese de él. Dígale que ya no iré por el despacho esta tarde.

—¡Pero desea verle a usted!

—Yo también a él, pero ahora no puedo. Y usted aguárdeme.

—Está bien, ¿algo más?

—No, nada más. Hasta la vista.

Capítulo 11

—¿Pero a qué tantas prisas, jefe? —preguntó Della—. ¿Qué es lo que...?

—¿Dónde está Argyle? ¿Lo despidió usted?

—No. Salió a telefonar y no ha vuelto. ¿A qué viene tanta excitación, jefe?

—El nombre del chófer es Hartwell Pitkin, y resulta que fue el primer marido de Lucille Barton. Se casaron hace siete u ocho años. Ella le abandonó y más tarde consiguió el divorcio. Aparentemente, tan pronto como Argyle despidió a Pitkin, y mientras yo estaba en casa de aquél, el chófer fue a la casa de Lucille Barton. Ahora, su cadáver está en el garaje particular de Lucille. Le dispararon un tiro en la frente. A juzgar por las pruebas, la muerte se produjo en el mismo garaje.

—¿Y usted... representará a Lucille Barton?

Mason sonrió:

—No en mis días, Della.

—Estupendo —aprobó ella, aliviada.

—Por una vez en mi vida, Della, cuando hable con la policía, pondré todas mis cartas sobre la mesa. Lucille Barton no es mi cliente en ningún sentido. Le aconsejé que dijese toda la verdad a la policía. Y yo también la diré.

—¿Respecto a las llaves? ¿Respecto a su registro del buró y...?

—Respecto a todo —la atajó Perry Mason—. Saque las cartas que recibimos en respuesta al anuncio del periódico. Aquí tiene las llaves, Della. Póngalas junto con las cartas. Le contaremos a la Policía la visita de esta tarde, lo del número de matrícula en la agenda, y todo lo demás. Sí, Della, estoy atrapado en este asunto y quiero salir del paso.

—¿Cuánto tardará en llegar la policía?

—Depende.

—¿De qué?

—De las preguntas que le dirijan a Lucille Barton. Una vez haya dejado las cartas aquí encima, Della, saldremos a cenar. Después, volveremos y esperaremos a los polizontes. Mientras tanto, quiero que Paul Drake se mueva un poco.

—¿Por qué?

—Ya lo verá.

Mason levantó el receptor, marcó el número de la oficina de Drake y, cuando éste se puso al habla, le dijo:

—Paul, tengo un trabajito para ti. Quiero que averigües todo lo referente a un revólver «Smith y Wesson», número S-65088. Cuándo fue vendido, quién lo compró, y todo lo que puedas. También quiero datos sobre el chófer de Argyle. Un tal Hartwell Pitkin.

—¿Por qué ese revólver? —gruñó Drake.

Mason sonrió para sí.

—Porque parece como si alguien hubiese querido meter a Perry Mason en un atolladero.

—¿Y no quieres verte enredado?

—No sólo no quiero verme enredado —repuso Mason—, sino que no quiero que lo intenten. Me gusta escoger mis casos y no que me metan en ellos. Consigue esta información y transmítemela tan pronto como te sea posible. Della y yo salimos a cenar. Cuando volvamos, seguramente tendremos una cita con la policía.

—¿No quieres decirme de qué se trata?

—No, es mejor para ti que quedes completamente al margen.

El abogado colgó y se volvió hacia Della Street.

—Vamos, Della, vamos a cenar. Al menos, si nos coge la policía, que no sea con el estómago vacío.

—Y por una vez —añadió Della, con alivio—, nos enfrentaremos con ellos con la conciencia tranquila.

—Oh, eso no está bien —protestó Mason—. Nuestra conciencia siempre está tranquila. A veces, nuestros motivos son un poco oscuros, y a veces me veo obligado a retener algunos informes.

—Sí, muchas veces —observó Della—. ¿Dónde cenamos?

—En algún sitio cerca. Donde la policía no pueda sorprendernos

en medio de la comida y nos deje terminar el filet-mignon.

Salieron al corredor, pasaron por delante de la oficina de Drake, bajaron en ascensor hasta la calle y Mason detuvo un taxi.

—Dejaremos mi coche en el aparcamiento —explicó—. De este modo la policía comprenderá que hemos de regresar. Esto les ahorrará tiempo y energías.

Entraron en un restaurante tranquilo a una docena de bloques de la oficina, un lugar donde había reservados con cortinas, un ambiente recluso y buena comida.

Una hora más tarde, Mason apuraba su taza de café.

—Bien, ¿está ya dispuesta a enfrentarse con la policía? —preguntó a Della.

—Estoy dispuesta a enfrentarme con todo.

—Bien, vámonos.

Hallaron un taxi, volvieron a la oficina y Mason, como al azar, le preguntó al ascensorista:

—¿Alguna novedad para mí, Sam?

—No, no ha venido ni un alma preguntando por usted.

Mason cambió una rápida mirada con Della Street.

—Será mejor que pasemos por el despacho de Paul.

Hallaron al detective sentado en el cubículo que le servía de despacho privado, con la mesa atestada de teléfonos.

—¿Qué tal, Paul? —le saludó Mason.

—Muy bien —repuso el detective—. He averiguado todo lo relativo al revólver. Fue vendido a un mayorista de la ciudad y éste lo vendió a una compañía de las montañas, a unos doscientos kilómetros de aquí. La compañía mercantil del río Rushing.

—¿Y a quién se lo vendió esa compañía? —quiso saber Perry Mason.

—No lo sé. Se trata de una empresa muy pequeña y no he podido saber nada por teléfono.

—Continúa —le ordenó el abogado—. Necesito esta información. ¿El río Rushing? Se trata de una especie de lugar de veraneo, con un poblado forestal.

—Exacto. Hay unos cuantos pescadores de truchas. También es el paso hacia algunos campamentos de verano.

—Bien —exclamó Mason—, sigue la pista. Procura descubrir

algo. ¿No has sabido nada de Argyle... o de su chófer?

—La casa de Argyle está a oscuras —le manifestó Drake—. Tengo un par de chicos ocupados en esta pista. Y también trabajo para averiguar los antecedentes del chófer.

—Pues continúa con lo mismo, Paul —indicóle Mason—. Y tan pronto como sepas algo nuevo, avísame.

Junto con Della, recorrió el pasillo hasta su oficina.

—Caramba, Della, la policía debe estar sometiéndola a un tercer grado.

—¿Les habrá hablado de usted?

—Fueron mis órdenes.

—¿Cree que lo hizo?

—Tenía que obedecerme. Yo estaba con ella cuando descubrió el cadáver.

Mason abrió la puerta de la oficina, encendió las luces, sentóse ante su mesa y empezó a tabalear con los dedos.

—Mire, Della, usted espere aquí. Defienda el fortín. Yo iré a dar una vuelta por el hospital para saber cómo sigue Bob Finchley. Si viene la policía, dígales que me aguarde y que he salido para un caso de lesiones personales. Y puede estrechar nuestras relaciones con la ley, enseñándoles a los polizontes el anuncio que pusimos en *La Hoja*, contándoles lo del atropello, mostrándoles las cartas y dándoles las llaves.

—¿Les hablo de Argyle?

—Seguro, no oculte nada.

—Está bien —asintió ella—. Esperaré aquí y me mostraré cordial con la policía. ¿Vendrán de Homicidios?

—Naturalmente, los de Homicidios... probablemente, el teniente Tragg.

—Me gusta ese hombre.

—No cometa errores con él —le advirtió Mason—. Es muy listo.

—¿Y eso qué importa, puesto que vamos a decirle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? Al menos, la verdad que conocemos.

—Supongo que no importa —sonrió Mason—. Pero no estoy acostumbrado a ser un franco con los custodios de la ley y el orden. Y ellos se sentirán tan extrañados como yo. Creerán que retengo

información y enloquecerán hasta descubrir de qué se trata. De acuerdo, Della, hasta pronto.

Capítulo 12

Mason anduvo por el piso de linóleo del pasillo del hospital.

Las enfermeras empezaban a dejar solos ya a los pacientes durante la noche. La luz estaba amortiguada y el silencio del establecimiento sólo se veía roto por el ocasional crujido de los uniformes almidonados de las enfermeras, al caminar sobre sus zapatos de suela de goma, con rapidez y eficiencia en su labor.

Mason, sintiéndose ligeramente cohibido, acabó de recorrer torpemente el pasillo, casi de puntillas.

La enfermera jefe frunció el ceño al verle.

—Oh, no se admiten visitas después de... —pero al reconocerle cambió de tono—. Creo que su cliente se encuentra mucho mejor esta noche, señor Mason.

—¿Cómo es eso?

—Esta tarde estaba muy preocupado respecto a la cuenta del hospital, con respecto a tantos gastos y...

—Le dije que yo me cuidaría de todo esto —gruñó Mason.

—Lo sé, pero no estaba conforme con ello, señor Mason. Usted se ha portado muy bien con el muchacho, pero éste no estaba tranquilo porque ignoraba quién era el culpable del accidente. Realmente, esos individuos que cometen un atropello y luego huyen, son terribles.

—¿Y qué ha pasado para que esta noche se encuentre mejor? —inquirió Mason.

La enfermera sonrió.

—Ha venido el hombre que le atropelló, reconociendo su falta y dispuesto a ayudarle en todo.

—¿Era un tal Caffee? —quiso saber el abogado, arrugando la frente.

—No sé su nombre.

—Un tipo delgado, de pelo gris, con un traje también gris, de unos cincuenta y cinco años...

—El mismo.

—Hum... —rezongó Mason—. Supongo que no se habrá aprovechado del muchacho. Le dije que no hiciese ningún... Oh, bueno, será mejor que yo le vea.

El abogado se olvidó de toda prudencia y sus zapatos atrofiaron el corredor al dirigirse decididamente a la puerta de la salita 309, tras la cual se hallaba Bob Finchley en cama, con un elaborado sistema de poleas sosteniéndole la pierna y la cadera en posición elevada. Cuando vio a Mason, el joven le obsequió con una sonrisa.

—Hola, abogado.

—Hola, Bob, ¿cómo estás?

—Muy bien, señor Mason. ¡Vaya, todo va bien! ¿Sabe lo ocurrido?

—¿Qué?

—Ha venido el individuo que me atropelló. Un buen hombre. Ha venido con otro fulano de una compañía de seguros. Un sujeto casi de mi edad, muy atento.

—Debiste avisarme.

—Lo intenté, señor Mason, pero no había nadie en su despacho.

Mason frunció el entrecejo.

—Está bien, ¿qué ocurrió?

—Ese caballero me dijo que no había necesidad de que yo acudiera a los tribunales. Me preguntó cuánto me costaría aproximadamente la factura del médico y el hospital y el de la compañía de seguros dijo que ellos lo sentían mucho y... ¿sabe qué hicieron, señor Mason?

Mason sentóse en una silla.

—Oye, chico, ¿te hicieron firmar algo?

—Seguro. Tuve que hacerlo para solucionar el asunto.

El rostro de Mason se ensombreció.

—Conque me dejaste de lado, ¿eh? Firmaste sin mi consejo.

—¡No, no, señor Mason! Lo arreglé todo bien para usted. Están muy bien dispuestos.

—Bien, ¿qué sucedió?

—El agente de seguros afirmó que me pagarían cinco mil dólares, que abonarían las cuentas del hospital y de todos los médicos, y que también accedían a pagarle una suma razonable a mi abogado.

—Una suma razonable... —repitió Mason.

—Sí, convinieron en esto.

—Claro —masculló Mason—. Pero mi idea de una «suma razonable» puede ser muy distinta de la suya, en estas circunstancias.

—Además —continuó Bob—, aquel caballero me entregó un cheque personal de mil dólares, aparte de lo ofrecido por la casa aseguradora.

—¿Se llamaba Caffee dicho caballero?

Bob puso una expresión sorprendida.

—No, Caffee... no. Stephen Argyle.

—¿Qué? —exclamó Mason, en el colmo del estupor.

—Sí, así es.

—Empecemos por el principio —suplicó Mason, desconcertado—. Cuéntame toda la historia, y de prisa, Bob. Tan de prisa como puedas. ¿Te entregaron una copia del documento que firmaste?

—Sí, señor.

—Enséñamela.

Mason recorrió con la vista el documento y una sonrisa se extendió por sus facciones.

—De acuerdo, Bob. Ahora, cuéntame lo ocurrido.

—Hace cosa de hora y media que llegaron al hospital, señor Mason. Por lo visto, el señor Argyle se hallaba muy alterado. Dijo que no quería hablar del accidente, porque la compañía aseguradora no se lo permitía, pero que lo sentía mucho. Oh, es un tipo estupendo.

—Continúa.

—El señor Argyle deseaba solucionarlo todo. Me contó que había estado aguardándole en su despacho porque deseaba que usted le acompañara a verme. Pero añadió que sólo encontró allí a su secretaria, la cual le dijo que tal vez usted no volvería ya en todo el día. Lo cierto es que trató de llamarle a usted un par de veces desde aquí, pero no obtuvo respuesta.

—No contestamos al teléfono después de cerrar la oficina —explicó Mason, enojado—. Tengo un número particular, pero no tenía idea de lo que deseaba Argyle, ya que estaba ocupado en otro caso.

—Bueno, señor Mason, espero no haber cometido ningún error.

Mason meneó la cabeza y sonrió.

—Al contrario, Bob. Lo hiciste muy bien.

—¡Oh, cuánto me alegro! Según lo que usted me dijo antes, temía que...

Mason se guardó la copia del documento firmado en el bolsillo, antes de contestar:

—Usualmente, en estos casos, solemos advertirle al cliente que no firme nada por su cuenta, porque el abogado siempre puede obtener una indemnización superior a lo que la víctima espera. Pero esta vez, como no sabíamos quién te atropelló, y parecía que no había muchas probabilidades de encontrarlo, me olvidé de hacerte las advertencias de costumbre. ¿Cómo va la cabeza? ¿Te duele mucho?

—No, no, me encuentro bien... Oh, señor Mason, espero no haber... no haber...

—En absoluto —tranquilizóle el abogado, sonriendo—. Este recibo que has firmado absuelve a Stephen Argyle de toda reclamación posterior que pudieras hacer contra él, por sus acciones y, o, por las de sus agentes, desde el principio del mundo hasta la fecha actual.

—¿No está en forma este recibo?

—Seguro que sí, pero recuerda, Bob, que no has de firmar nada más. Venga quien venga a ofrecerte algo, no firmes nada, ¿entendido?

—Sí, señor.

—De modo que la compañía de seguros te entregó un cheque por una crecida cantidad y Argyle te entregó un talón por mil dólares.

—Sí, señor.

—¿Y tu madre...?

—Fueron a visitarla. Tuve que llamarla por teléfono. Me preguntaron si mil dólares cubriría lo referente a su shock

nervioso... Sé, señor Mason, que mamá se habría puesto a bailar con este acuerdo, pero me mostré meditabundo y el señor Argyle, exclamó: «Bien, yo le entregaré otros quinientos por mi cuenta». Por tanto, sospecho que habrán llegado a un acuerdo con mamá.

—Bien, Bob —suspiró Mason—. Ahora quiero que me endoses esos cheques y me los des. Haré que queden depositados a tu nombre mañana por la mañana. ¿Tienes cuenta corriente?

—Muy pequeña. Unos cuantos dólares que he estado ahorrando para mi próximo curso universitario, en la Nacional de Granjeros Mecánicos.

—Está bien —asintió Mason—. Pon al dorso de estos cheques: «Endosado», para poder depositarlos en mi cuenta, luego, fírmalos con tu nombre, entrégamelos y mi secretaria los ingresará mañana por la mañana en tu cuenta.

—Estupendo, señor Mason. Y con toda sinceridad, dígame, ¿cometí un error al firmar?

—En estas circunstancias, lo hiciste muy bien, pero no vuelvas a firmar nada. Si viene alguien con otra oferta, sea cual sea, no firmes nada. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Mason sacó su pluma estilográfica.

—Bien, endosa los cheques. Pero hazlo sólo para que con ellos no pueda hacerse nada más que ingresarlos en tu cuenta.

—¿Y su minuta, señor Mason? ¿Le pagarán ellos...?

—No te preocupes —repuso Mason, entregándole la pluma—. Usualmente, creen que quedan bien si dicen al cliente de un atropello que piensan pagarle una «suma razonable» al abogado. Y le ofrecen a éste una cantidad increíblemente absurda, indicándole que si desea cobrar más tendrá que presentar una demanda. Luego, la cosa se va alargando y...

—Oh, señor Mason —exclamó Bob, asustado—, supongo que no se portarán así con usted...

—No —sonrió Mason—, no se portarán así conmigo, Bob. Las casas de seguros temen tanto admitir ninguna responsabilidad, que cuando llegan a un acuerdo como éste le hacen firmar a su asegurado que niegue haber infligido los daños, pero siempre llegan a un acuerdo para evitar un pleito.

—¿Y no está bien eso?

—Claro que sí —volvió a sonreír el abogado—, sobre todo porque el asegurado, en este caso, no infligió en realidad ningún daño. Mañana firmaremos otro acuerdo con el tipo que verdaderamente te atropelló. Y mientras tanto, depositaremos estos cheques en el banco.

—Y esto, señor Mason, le enseñará a esta compañía de seguros a no hacer tratos a espaldas de un abogado.

—Ahora, procura dormir, Bob. Buenas noches.

Y Mason cerró suavemente la puerta de la sala de su cliente.

Capítulo 13

Silbando una canción, con el sombrero ladeado ligeramente, Mason abrió la puerta de su despacho y encontró a Della Street escribiendo a máquina.

—Por amor de Dios —exclamó—, ya trabaja bastante en las horas de oficina. Cuando la dejo, como hoy, aquí por la noche, para que espere algo o a alguien, no arruine su sistema nervioso volviendo a teclear esta condenada máquina.

—Había algo importante que hacer y...

—Su salud también es importante —la amonestó Mason—. Este oficio no ayuda mucho a equilibrar el sistema nervioso. ¿Qué ha pasado con la policía, Della?

—No lo sé. No ha venido nadie.

Mason frunció el ceño.

—Aquí hay algo que no, entiendo. Hace varias horas que deberían haberse presentado.

—¿No ha sabido nada nuevo?

—No, he estado en el hospital.

—¿Cómo está Bob Finchley?

Mason sonrió y se encaramó en la esquina de su mesa.

—Della, hemos llegado al punto más brillante de toda mi carrera.

—Cuénteme.

—Las mejores compañías de seguros siempre desean entrar en tratos con un abogado, pero existe un tipo de agente que disfruta fastidiándoles.

Della Street asintió.

—Naturalmente —prosiguió Perry Mason—, se imaginan que pueden llegar a una solución con un cliente, de modo mucho mas

barato que con un abogado, y si logran convencer a la víctima de que a su abogado le pagarán también una «suma razonable», aquél piensa que no hay más que decir. No se da cuenta de que la compañía de seguros le ofrece al abogado sólo una cantidad irrisoria, añadiendo que si desea más dinero tendrá que acudir a los tribunales.

Mason hizo una pausa.

—Esto pone al abogado en posición de tener que recurrir a la ley si quiere obtener lo que considera justo por sus servicios, y aún así, el jurado suele considerar el asunto desde un punto de vista lego, de modo que el abogado no tiene más remedio que aceptar lo ofrecido y rechinar los dientes. Y un abogado tiene muchísimos gastos. Ha de pagar todos los gastos de su bufete, y cuando tropieza con un caso de lesiones personales ha de conseguir una buena minuta del demandado, a fin de compensar la pérdida de tiempo, energías y dinero consumidos en relación con los casos que pierde.

—¿Trata de explicarme cómo van los asuntos de un abogado? —sonrió Della Street—. Si supiese los dolores de cabeza que paso a veces para atender tan sólo al sueldo de las cinco personas que componemos su personal...

Mason sonrió.

—No, Della, es que me siento tan contento que he de arañarme.

—Entonces —rió Della—, continúe arañándose, por favor —echó atrás su silla y, tras levantarse, se instaló al lado de Mason—. Bien, ¿qué ocurrió?

—El largo brazo de la coincidencia entró en juego, Della.

—Bonita frase. ¿De qué forma?

—Evidentemente, el chófer de Argyle debió conducir el coche el día tres por la tarde y atropellar a alguien. Luego, iría a ver a Argyle, y sin contarle los detalles, debió confesarle que estaba en un apuro. Entonces, Argyle decidió pasarse de listo, cogió el auto, lo dejó delante de la llave de riego, regresó al club y manifestó que se lo habían robado. Y para que alguien apoyase su cuento, sobornó al portero para que afirmara que él no había salido en toda la tarde.

Della arrugó el entrecejo.

—Entonces, el chófer de Argyle fue el que conducía el coche que atropelló...

Mason sonrió.

—No sea ingenua. Fue Daniel Caffee el culpable de nuestro accidente, pero Argyle creyó que era su chófer.

—¿Y qué ocurrió?

—Por la chispita de sus ojos —prosiguió Mason maliciosamente—, ya veo que usted sabe lo que ocurrió pero no quiere robarme el placer de contárselo. Y créame que es un verdadero placer.

—Adelante —le animó ella, alegremente—, no quiero perderme los detalles sórdidos.

—Argyle se puso en contacto con su agente de seguros. Éste debía estar lleno de vigor y vitalidad, ansioso de hacer algo para destacarse ante sus jefes. Y así, puso una idea en la cabeza de Argyle. Consultaron los archivos de los accidentes de tráfico, hallaron el nombre y dirección de la víctima, se enteraron del hospital en que estaba, y entonces fueron a verle.

—¿Cuándo hicieron todo esto?

—Por lo visto —repuso Mason—, casi inmediatamente después de haber hablado yo con Argyle, éste cogió su coche y vino a mi oficina. Me estaba aguardando aquí cuando usted llegó. Luego, bajó, y despidió a su chófer. Poco después, asesinaron a éste y...

—Sí —le urgió Della Street, al observar que Mason fruncía el ceño y callaba.

—¡Maldición! —exclamó Mason—. Estaba tan obsesionado por lo de la compañía de seguros que casi me había olvidado del crimen.

—Vamos, jefe —le consoló Della, poniendo una mano sobre su brazo, con afectuosa presión—, ese asesinato no significa nada para nosotros, y lo otro sí.

Mason empujó su silla hacia atrás.

—Empieza a inquietarme. ¿Por qué supone que la policía aún no se ha puesto en contacto conmigo?

—No sé.

—Bueno —prosiguió Mason, levantándose con decisión—. Vamos a averiguarlo. Pasaremos como por casualidad por South Gondola Avenue y veremos la excitación que reina allí, y cuántos coches policiales hay. Si todavía están allí, sabremos que están asando a Lucille Barton en su apartamento. Si los coches ya se han

marchado, habrá algunos curiosos delante del garaje, y podremos enterarnos de lo ocurrido.

—De acuerdo, vamos —asintió Della Street.

Mason la ayudó a ponerse el abrigo y luego la joven se encasquetó el sombrero delante del espejo, mientras Mason se enfundaba asimismo en su gabán. Finalmente, apagaron las luces.

Mason se asomó al despacho de Paul Drake, camino del ascensor.

—Paul, nos marchamos. ¿Tienes alguna novedad?

—Sí, Perry.

—¿Cuál?

—Creo que tu amiguito, el chófer, ese Hartwell L. Pitkin, es un chantajista.

—¡Al diablo!

—Todavía no estoy muy seguro —añadió Drake—, pero uno de mis muchachos ha descubierto a un socio de Pitkin, un amigo que es algo más que un conocido, y ese tipo dio a entender que Pitkin debía sacar dinero de alguna fuente desconocida, ya que siempre parecía nadar en la abundancia, sin necesitar su empleo de chófer, a menos que lo tuviese como una pantalla para alejar toda sospecha.

Mason lanzó un silbido.

—Entonces —prosiguió el detective—, mi empleado apretó los tornillos al amigo de Pitkin y se enteró de todo lo que éste sabía, que no era mucho, pero lo bastante para sospechar que Pitkin está estrujando a alguien.

Mason cambió una mirada de inteligencia con Della.

—¿Una mujer? —preguntó.

—No lo sé —admitió Drake—. Si es una mujer, debe poseer una bonita suma de dinero, porque Pitkin parece estar bien engrasado. No se trata de montañas de oro, pero por lo visto, Pitkin siempre está en disposición de enseñar un mazo de billetes, digamos dos o trescientos dólares.

—Bien, sigue trabajando, Paul —le animó Mason—, pero no pierdas el sueño por ello. Que tus muchachos continúen como hasta ahora.

—Ahora iba a irme a casa —explicó Drake—. Trabajar para ti siempre es abrumador, Perry. ¿Y qué hay de Argyle? ¿Quieres que

siga ocupándome de él?

—No —rechazó Mason—, he cambiado de idea respecto a él. Puedes retirar a tus hombres y dejar que Argyle haga lo que guste. Yo iré a visitarle dentro de dos o tres días, y cuando se recobre del efecto de mi visita, padecerá un ataque de nervios.

—Ciertamente, parece estar sentado en una nube —se maravilló Drake.

—Estoy sentado en una nube situada en la cumbre del mundo —le aseguró Mason, sonriendo—. Bien, podrías averiguar algo respecto a Pitkin... todo lo que puedas. Tiene que haber algo, Paul... Bien, no importa. ¿Quieres saber qué sucedió?

—No me lo cuentes —le atajó Drake apresuradamente—. No quiero saberlo.

—Bueno —se conformó el abogado—, retira a tus hombres del caso Argyle. Ya no es importante. Me gustaría averiguar algo más sobre Pitkin, y mañana por la mañana tú podrías descubrir algo respecto al revólver. Ojalá lo hubiéramos sabido esta noche.

—Creo que podré darte alguna información —replicó el detective—. Un tipo que trabaja para mí vive en Santa del Barra. Se halla a unos ciento veinte kilómetros de Río Rushing, y le llamaré para que vaya allí y hable con el propietario de aquella compañía mercantil. Probablemente, pueda comunicarme algo.

—De acuerdo —aprobó Mason—. Ya me dirás lo que averigües. Vámonos, Della, la acompañaré a casa. Y tú, vete a dormir, Paul. Todo esto ya no es importante.

—Bien. Estaré en contacto con la oficina por teléfono y si hay alguna novedad te la comunicaré.

—No me llames ya dentro de una hora —le avisó Mason—. Deseo dormir tranquilo. Buenas noches, Paul.

—Buenas noches.

Mason escoltó a Della fuera de la oficina, y luego hasta su coche.

—Bien, pasaremos por allí y veremos qué ha ocurrido.

—¿Conduzco yo, jefe?

—No, gracias.

Mason se instaló frente al volante, saludó al encargado del aparcamiento, y arrancó. Llevó el auto con destreza por entre el denso tráfico hacia la South Gondola Avenue.

—Della, mantenga bien abiertos los ojos —le recomendó a su secretaria—. Conduciré lentamente. Fíjese en cuántos coches policiales haya por el barrio.

—¿Dónde está situado el edificio?

—En el 719. En el centro del próximo bloque, a la izquierda, y...

—Oh, sí, ya lo creo.

—Creo divisar algunos coches por allí.

Mason dejó rodar lentamente el auto hasta el cruce.

—Parecen coches particulares —admiróse Della Street—. No veo ninguno policial. ¿No tendrían la luz roja en lo alto?

—Sí, y antenas de la radio. Exacto, Della, no hay ninguno.

—Probablemente, se habrán llevado a Lucille a la Jefatura para interrogarla.

—Pero no es posible que el vecindario esté tan tranquilo —objetó Mason—. Continuaré aún más lentamente. Al pasar por delante del pasadizo que conduce al garaje, echaremos una mirada a éste.

Mason comenzó a conducir el coche casi en punto muerto.

Cuando pasaron por delante del pasadizo observaron que todos los garajes estaban a oscuras y en silencio, iluminados únicamente por la luz procedente de los faroles de la calle.

—Eh, un momento —exclamó Mason—. Algo no funciona.

—¿Qué? —preguntó Della.

Mason frenó bruscamente el coche.

—Quédese al volante, Della —le ordenó—. Y déme la linterna del compartimiento de los guantes. No, espere un instante. Conduciré hasta allí. Creo que no será difícil dar media vuelta después.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Qué cree...?

—No lo sé. Pero hay algo podrido en todo este asunto.

—¿No sería mejor que usted permaneciera fuera de todo esto?

Miró hacia atrás para asegurarse de que la calle estaba despejada, retrocedió unos metros y maniobró el coche a fin de que quedara apuntado hacia los garajes. Luego, lo internó lentamente por el pasadizo.

Situó el auto delante del garaje 208.

—Bien, Della, no se mueva. Déme la linterna.

Mason saltó del coche, se aproximó al garaje y observó que las puertas estaban ajustadas pero no cerradas. Mason empujó unos centímetros la hoja de la derecha y paseó el rayo de luz de la linterna por el interior.

Bruscamente, retrocedió hacia el auto, arrojó la linterna sobre el asiento posterior, y situándose ante el volante, puso en marcha el coche, obligándole a dar media vuelta al llegar a la calle.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Della Street.

—¡Lo peor del mundo! —masculló Mason, furioso—. ¡Estamos atrapados!

Capítulo 14

Della Street no volvió a pronunciar una sola palabra hasta que Perry Mason hubo completado su maniobra, acelerando velozmente.

—¿De qué se trata? —susurró entonces.

—¡La muy lagartona! —maldijo Mason—. ¡La muy... zorra!

—¿O sea que no informó a la policía?

—No informó a la policía —repitió Mason—. El cadáver sigue en el mismo sitio en que lo encontré, sólo que ahora hay un precioso revólver a su lado.

—¿De modo que parece un suicidio?

—De modo que parece un suicidio.

—¿Y bien? —preguntó Della.

—Buscaré un sitio donde aparcarse —explicó el abogado—, y reflexionaré un poco, Della.

—¿No puede olvidarse de todo este asunto?

—Es lo que quiero pensar. Ah, aquí hay un espacio vacío. Detengámonos un minuto.

Mason encajó el coche en el espacio vacante y apagó el motor y los faros.

Callaron durante un rato.

—Al fin y al cabo —exclamó Della, repentinamente—, sólo Lucille Barton sabe que estaba usted allí, y ella no hablará.

—Alguien ha estado usando su cerebro —meditó Mason—. Alguien la ha estado aconsejando, pasándose de listo.

—Bueno, usted ya le dijo lo que tenía que hacer.

—Le dije lo que tenía que hacer —replicó el abogado—. Pero recuerde que yo también soy responsable. Yo vi el cadáver, y cuando lo vi no había ningún revólver a su lado.

Volvieron a callar unos minutos, hasta que Mason pidió:

—Empiece a hacerme preguntas, Della.

—¿Sobre qué?

—Sobre este maldito caso. Intentemos poner las cosas en claro.

—Supongamos —empezó Della Street— que usted no notifica nada a la policía. ¿Qué ocurrirá?

—Que la policía hallará el cuerpo... o que alguien lo encontrará y avisará a la policía.

—¿Quién?

—Probablemente, Lucille Barton.

—No lo entiendo.

—Se presentará en su casa con algún testigo, probablemente su amiga Anita Jordon.

—¿Por qué no su novio?

—Porque si su nombre tiene que aparecer en los periódicos, deseará que él crea que ha pasado la noche con su amiga.

—Ya. ¿Y qué más?

—Luego —continuó Mason—, Lucille le pedirá a Anita que abra el garaje.

Anita descorrerá las puertas y los faros del coche iluminarán el itinerario. Anita chillará, Lucille chillará más fuerte, tendrán sendos ataques de histerismo, llamarán a la policía y harán una comedia en beneficio de los espectadores y los agentes.

—¿Se la tragarán?

—Lo ignoro. Depende de la actuación de las actrices.

—¿Se refiere a Anita y Lucille?

—No, a Lucille y, sobre todo, a la persona que ha actuado como director de escena, quizás Arthur Colson.

—¿Quiere que le interroge respecto a él?

—Respecto a todo. Vamos, dispere.

—¿No le preguntará la policía a Lucille si conoce al muerto?

Mason reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Sí. Y ella tendrá que admitir que estuvo casada con él. Entonces, la policía querrá saber por qué Pitkin escogió su garaje para suicidarse, e inmediatamente entrarán en sospecha respecto a si se trata efectivamente de un suicidio... Naturalmente, después dispararán una bala con el revólver, para comprobarla, si la

encuentran, con la bala mortal. Y se enterarán de que el arma del garaje no es la del crimen. Hum... esto sigue oliéndome a podrido.

—Bueno —le interrumpió Della Street—, abordémoslo por el otro lado. Supongamos que es usted quien avisa a la policía.

—Entonces, estoy en un aprieto.

—¿Por qué?

—Porque le ordené a Lucille que les avisara, pero no me aseguré de que siguiera mis instrucciones.

—¿Es usted responsable de ella?

—No, pero soy abogado —replicó Mason—. Soy un funcionario legal, un miembro del foro. Y sé que he de avisar a la policía siempre que descubro un cadáver. Bien, descubrí éste y me limité a ordenarle a Lucille que diese parte.

—¿Y qué dirá Lucille?

—¡Maldito si lo sé! —gritó Mason, iracundo—. Lucille insistirá en que no encontramos ningún cadáver, y que yo trato de proteger a un cliente, acusándola a ella.

—¿La creará la policía?

—Si la creen, me veré atornillado. Si no la creen, pondrán el grito en el cielo por no haberme asegurado de que Lucille cumplía mis instrucciones y por no haberme puesto también en contacto con ellos.

—¿Era su deber?

—Sí —masculló Mason—, por culpa de este maldito asunto del seguro. Estuve tan alegre por haber enganchado a Argyle que no presté suficiente atención al hecho de no haberse presentado la policía en el despacho. Oh, Della, de haber estado más atento, habría comprendido lo ocurrido. Bien, lo único lógico, lo único que puedo hacer como ciudadano respetuoso con la ley y como abogado, es informar a la policía.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque la policía desea atraparme alguna vez —replicó Mason—. Sólo esperan una ocasión como ésta, y tengo el presentimiento de que le haré el juego a alguien si doy parte del hallazgo del cadáver.

—No tengo ya más preguntas en el bolso, jefe —concluyó Della Street.

—Ni yo más respuestas, Della.

Callaron de nuevo. Mason puso en marcha el auto.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Della.

—Estoy atrapado —admitió Mason—. Ya tengo la respuesta.

—¿Cuál es?

—Que la persona que dirige esta comedia es lista. Sólo existe un medio para salvarme.

—¿Cuál?

—Tener un cliente.

—¿Quién?

—Lucille Barton.

—No lo entiendo.

—Como abogado suyo —explicóle Mason—, todo lo que ella me diga o haya dicho es confidencial. La policía no puede interrogarla al respecto, ni tampoco a mí.

—¿Y sobre lo que usted vio?

—Si Lucille se lo cuenta a la policía, será por mi consejo. De lo contrario, nadie podrá demostrar que yo estuve presente al descubrirse el cadáver.

—Esto no me gusta.

—¡Ni a mí! —exclamó Perry Mason—. No me gusta, pero no tengo más remedio que aceptar un cliente, Della. Registre en los libros que represento a Lucille Barton en un caso de pensión por alimentos contra su anterior marido, un tal Willard Barton.

—De acuerdo, pero antes permítame conducir el coche hasta su casa.

Capítulo 15

Paul Drake estaba aguardando en el despacho de Perry Mason cuando éste llegó a la mañana siguiente.

Della Street lanzó al abogado una mirada de advertencia, y le cogió el abrigo y el sombrero.

Paul Drake evitó cautelosamente la mirada de Mason, antes de hablar.

—He intentado llamarte, Perry. Della pensaba que esta mañana vendrías pronto, por lo que decidí esperar. Se trata de ese Hartwell L. Pitkin, de quien me encargaste investigar.

—Oh, sí —replicó Mason—. He leído el diario esta mañana. Por lo visto, se suicidó en el garaje de Lucille Barton.

—Eso es lo que dice el periódico, Perry.

—Sí, extraña coincidencia, Paul.

—Ciertamente. Ella estuvo casada con ese tipo hace unos años.

—¿Con el chófer de Argyle? ¡Dios mío, Paul! ¿Quieres decir...?

—Exacto —afirmó Paul Drake, negándose aún a encontrar los ojos de Mason.

—¿Qué otros detalles sabes, Paul?

—Perry —empezó a decir el detective—, a veces eres tan condenadamente listo que nos tienes a todos dando vueltas en círculos y mordiéndonos la cola.

—No lo entiendo —rezongó Mason.

—Hay muchas lagunas en este caso. La policía recibió una comunicación de Lucille Barton. Estaba histérica perdida. Dice que abrió la puerta del garaje para guardar el coche durante la noche, y halló el cadáver. Estaba con una amiga que iba a pasar la noche con ella. No tocaron nada, pero dejaron el auto allí, con el motor en marcha, y corrieron hacia el teléfono del vestíbulo de su casa.

Entonces, llamaron a la policía.

—Ya.

—A Hartwell L. Pitkin lo liquidaron con un revólver del calibre 38 —prosiguió Drake, metódicamente—. Hallaron el arma en su mano derecha.

—Lo he leído en el diario, Paul. ¿No hay duda de que fue suicidio?

—La policía lo está investigando.

—¿Y qué piensan?

—No me han hecho confidencias.

—Lo supongo.

—Pero —añadió Drake—, tengo otras informaciones para ti.

—¿Cuáles?

—Respecto al revólver por el que te interesaste, el «Smith y Wesson», 38, número S-65088.

—Oh, sí. ¿Y bien, Paul?

—Bueno, fue vendido, como te dije, a un mayorista que, a su vez, lo vendió a la compañía mercantil Río Rushing. Un tal Roscoe D. Hansom es el propietario de esta compañía. El revólver fue vendido hace varios meses a un tipo que firmó el registro con el nombre de Ross P. Hollister.

—Muy interesante —comentó Mason.

—Y aún no sabes la mitad —se burló Drake.

—¿No?

Mason dejóse caer en su sillón giratorio. Luego preguntó:

—¿Qué más hay, Paul?

—Anoche obtuve la información. Recuerda que tenías mucha prisa y que yo tenía a un fulano en Río Rushing. Éste consiguió sacar a Hansom de la cama y le convenció para que bajara a la tienda y le enseñase los registros. Naturalmente, a ti te precisaba conseguir la información y... bien, cuando quieres algo de prisa, tiene que ser al momento.

—Exacto —sonrió Mason—. No me gustan las dilaciones. De modo que conseguiste la información. Muchas gracias, Paul. Buen trabajo.

—Y —continuó Drake—, el hecho de que tuvieras prisa impresionó mucho al señor Hansom.

—Naturalmente —concedió Mason—. Sin embargo, no comprendo qué relación tiene esto con el asunto. Si desea vivir en el campo y andar entre vacas y gallinas, debería comprender que no podíamos obtener estos informes por nuestros medios acostumbrados.

—Seguro, seguro —musitó Drake—, pero pensé que debías enterarte.

—¿Por qué, Paul? —interrogó Mason.

—Porque cuando se encontró el cadáver de Hartwell L. Pitkin, el revólver con que se mató, o fue asesinado, se hallaba junto a su mano derecha. Alguien que poseía una buena lima, limó todos los números del arma, el de la culata, en el del interior del mecanismo del cilindro, es decir, todos los números.

—Bien, bien —exclamó Mason, con voz de evidente alivio—. Entonces, no hay forma de seguir el rastro del arma, ¿eh, Paul?

Drake continuaba con la mirada desviada.

—Pero el tipo que limó los números no entendía mucho de revólveres. En ese modelo de «Smith y Wesson», el número también se halla grabado dentro del adorno de madera de la culata. Claro que habría hecho falta destornillar dicho adorno para verlo.

—Continúa —le premió Mason.

—Y la policía lo hizo. Y hallaron el número. El S-65088. Naturalmente, la policía se alborotó y empezó a rastrear el arma. Y cuando sacaron a Roscoe Hansom de la cama por segunda vez para saber a quién le había vendido el revólver, Hansom preguntó si era un hábito hacerle saltar del lecho a medianoche y...

—¡Diablo! —gruñó Mason, enderezándose bruscamente y frunciendo el ceño.

—Exactamente: el diablo —asintió Drake—. Naturalmente, Hansom ignoraba el nombre de mi empleado de Santa del Barra, pero dio su descripción y, sumando dos y dos, la policía puede llegar al resultado de cuatro en cualquier momento. Y cuando sepan sumar, tendrás que darles una buena explicación. Bien —prosiguió el detective aún sin mirar directamente al abogado—, aún debes enterarte de otras dos o tres cositas.

—Está bien, Paul —murmuró Mason, con acento agudo por la ansiedad—, adelante. Y dispara de prisa, porque tendré que

empezar a moverme.

—Claro está, la policía se preguntó por qué nadie había oído el ruido del disparo. Evidentemente, dispararon la bala en el garaje. La naturaleza y extensión de la hemorragia demuestra que el tipo cayó casi inmediatamente después de penetrar el proyectil en su cerebro.

—Sigue, Paul.

—Hicieron indagaciones por los alrededores y descubrieron que un coche había petardeado mucho aquella misma tarde. Eso molestó mucho a uno de los inquilinos de la casa que se alza al otro lado del callejón, el cual se asomó a la ventana. Empezaba ya a oscurecer, pero aún logró divisar a un hombre y una mujer que se hallaban delante del garaje 208. El hombre era alto, de aspecto distinguido, y llevaba un abrigo ligero. La mujer vestía un abrigo a cuadros, y un sombrero oscuro. Y estaban abriendo la puerta del garaje. Sostuvieron una pequeña conversación, luego apagaron el motor, se marcharon y dejaron el coche allí. Éste siguió petardeando y la policía opina que el disparo debió producirse por entonces. Si esto es verdad, se trataría de un asesinato. Es muy difícil que un hombre se suicide en presencia de dos testigos, y si así fuese, y ninguno de los testigos informara a la policía... Bueno, ya te darás cuenta de su razonamiento.

—Prosigue. ¿Qué más? —le animó Mason.

—Bueno, cuando la policía contestó a la llamada de Lucille Barton, vieron que la joven llevaba un abrigo a cuadros y un sombrero negro. Debido a estas prendas, el testigo identificó a Lucille como la mujer que había visto. Ella niega haberse acercado en ningún momento al garaje.

—¿A qué hora?

—Hacia las seis de la tarde. El testigo no está seguro de este detalle.

—¿Y del hombre? —quiso saber Mason.

—En realidad —repuso Drake—, sólo hay una descripción general del hombre, pero cuando la policía buscó las huellas dactilares en el arma, hallaron una en el interior, seguramente del individuo que trató de limar los números, o bien de alguien que sacó los cartuchos. Piensan que es la huella del índice derecho. Una

buena huella.

—Ya —repitió Mason, reflexionando.

—Gracias a mis conexiones periodísticas conseguí una copia fotográfica de la huella —manifestó el detective.

Metió la mano en su bolsillo, sacó una cartera y extrajo una fotografía que entregó a Perry Mason.

—Está ampliada tres veces, Perry —explicó.

—¿Más huellas?

—No. La parte exterior del arma estaba limpia de toda huella, pero por lo visto, la persona que la limpió se olvidó de la huella del interior.

—¿Algo más?

—Algo más —afirmó Drake—, pero no sé qué significa. La policía sospecha del escenario. Particularmente, sospechan de Lucille Barton. Ésta había salido con una amiga, Anita Jordon. Anita conoce a Lucille y conocía a Hartwell L. Pitkin. Esta joven le concede una coartada a Lucille, pero por un motivo que se ignora, no parece muy satisfecha. La policía cree que no tardará en retractarse de su declaración.

—Vaya —meditó Mason—, mucho alboroto por el mero hallazgo de un cadáver en unas condiciones que señalan suicidio.

—Lo malo es —objetó Drake— que al registrar los bolsillos del muerto encontraron unos cinco mil dólares en billetes. Estaban repartidos en paquetes sujetos por una goma, de cien dólares cada uno, como los de los bancos, y con las iniciales de un cajero. La policía ha seguido el rastro del dinero, descubriendo que fue retirado hace unos días por un tal Dudley Gates. Éste es un socio de Stephen Argyle, que empleaba a Pitkin como chófer. También es amigo de Ross P. Hollister, quien parece ser el comprador del revólver, y que se marchó en un viaje de negocios, sin decirles a sus amigos adónde iba. Aparentemente, Dudley Gates acompañó a Hollister.

Mason aplastó su cigarrillo y tabaleó nerviosamente sobre la mesa.

—Esto puede ser cierto, Paul. Yo sé algo de Ross P. Hollister. Es un tipo acaudalado que trabaja en inversiones y concesiones petrolíferas. Ha salido en viaje de negocios y se comunicará por

correo con sus amigos. Su novia no tiene teléfono, por lo que usualmente le escribe una carta tan pronto como llega a algún sitio determinado, o le envía un telegrama.

—Bueno —suspiró Drake—, también averigüé algo respecto a Hollister. Vive en Santa del Barra, divorciado, pero todavía faltan un par de meses para obtener el decreto final. Posee una estupenda mansión, con un ama de llaves o asistenta que sólo va de día. Llega temprano para el desayuno y se marcha a su casa a las cuatro y media. Hollister estaba allí el lunes a esa hora, cuando la mujer se marchó. Hollister dijo que se iría de viaje aquella misma tarde, a las seis. Desde entonces, la asistenta no le ha vuelto a ver. Estos viajes de negocio suelen durar diez días. Y mientras él está fuera, la vieja no tiene noticias suyas. Por lo visto, los negocios del petróleo son muy secretos.

—¿Y Dudley Gates está con Hollister?

—Exacto. Argyle, Gates y Hollister son una especie de socios. Hollister es un sujeto muy rico. Los otros dos también están bien provistos.

—Todo está relacionado con ese maldito apartamento de Lucille Barton —comentó Mason.

—Bien —añadió Drake—, ésta es la situación general. Tanto dinero en el cadáver tenía que llamar la atención, y la policía, como es natural, se pregunta a qué se debió esta transacción monetaria entre Dudley Gates y Hartwell Pitkin.

—¿Ha interrogado la policía a Argyle?

—Sí, le sacaron de la cama esta mañana, temprano, y empezaron a freírlo a preguntas. Argyle afirma que la última vez que vio a su chófer fue delante de tu oficina. Que Pitkin lo condujo hasta aquí, dejándolo fuera, en el coche. Que al ver que tú no estabas, y que aún tardarías un poco, bajó y le ordenó a su chófer que llevase el coche a casa, lo dejase en el garaje y, acto seguido, disfrutase de su noche libre.

—¿Y bien...? —le urgió Mason.

—Aparentemente, esto es lo que hizo Pitkin. Debió llevar el coche hasta la casa de Argyle, dejándolo en el garaje. Estaba allí esta mañana, cuando su dueño fue a mirar, una vez lo hubo despertado la policía. Y según el horario de ésta, esto sitúa a Pitkin

en el garaje de Lucille aproximadamente a la hora en que el testigo oyó el petardeo de aquel coche. Alguien debió hacerlo entrar en el garaje... y allí lo liquidó.

Drake se puso de pie.

—Si quieres, guárdate la fotografía de esa huella, Perry. Ya te comunicaré todo lo que vaya ocurriendo.

—Gracias, Paul.

—Hasta luego, Della.

—Hasta luego, Paul.

El detective salió del despacho. Mason contempló a Della Street y luego pidió:

—Déme el equipo de las huellas dactilares, por favor.

La joven lo dejó sobre la mesa sin proferir una palabra. Mason presionó su dedo índice sobre el almohadillado entintado, y después sobre una hoja de papel blanco.

Della Street se acercó a mirar por encima del hombro del abogado, comparando la huella con la de la fotografía, hallada en el revólver responsable, al parecer, de la muerte de Hartwell Pitkin.

—¡Dios mío, jefe! —jadeó Della, hundiendo sus dedos en el brazo del abogado.

—Calma, Della —le aconsejó Mason. Echó hacia atrás su sillón, fue hacia el lavabo, se lavó cuidadosamente las manos, y eliminó todo rastro de tinta—. ¡Y yo que pensé que el cerebro director de esta puesta en escena era un tipo tosco!

Della Street cogió el papel con la impresión de Mason, rascó una cerilla, lo quemó y depositó las cenizas en el cenicero.

—¿Qué significa esto para usted, jefe? —preguntó luego.

—Muy cerca de la silla eléctrica —repuso Mason. Después, añadió sonriendo—: Claro que todavía no me he sentado en ella.

Capítulo 16

Apenas había terminado Mason de secarse las manos, cuando Gertie, la recepcionista, anunció que Daniel Caffee y el representante de su compañía de seguros, Frank P. Ingle, deseaban verle.

Mason vaciló y al final volvióse hacia su secretaria.

—Dígale a Gertie que los haga pasar.

Frank P. Ingle, un individuo de ojos grises y astutos, le estrechó la mano a Perry Mason y volvióse hacia Caffee.

—Si no le importa, señor Caffee, llevaré yo la voz cantante.

—En absoluto —declaró el aludido.

—Bueno, siempre que usted también lo desee así, señor Mason —añadió Ingle, cortésmente, sentándose.

—Ciertamente. Puede empezar.

—Quizá sería mejor que empezase usted, señor Mason.

—El dinero habla, caballeros —observó el abogado.

—Lo sé, lo sé... —contestó Ingle, apresuradamente—. Pero lo cierto es, señor Mason, que no sé cómo vamos a enfocar el asunto, ya que...

—El chico quedó gravemente herido —le interrumpió Mason—. Exijo tres mil dólares para gastos de doctores y medicamentos. Cinco mil más como daños y perjuicios; dos mil para gastos de abogado, lo cual suman diez mil dólares en el caso del muchacho. Pido dos mil dólares para la madre, mil quinientos para un coche nuevo, y otros mil dólares como gastos de abogado, lo que totaliza catorce mil dólares. Yo tengo ya un cheque del señor Caffee por valor de diez mil dólares. Por tanto, la compañía de seguros puede darme un talón por el resto.

Ingle se permitió una sonrisa.

—Claro, señor Mason, entendemos que usted exija todo esto, pero nosotros tenemos que cumplir un deber hacia nuestros asegurados. Es una lástima que ocurriera el accidente, pero debemos considerar el aspecto práctico del asunto. ¿Qué hay de la capacidad de ganancias del chico? Si hubiera sido usted la víctima del accidente, mientras las lesiones no hubieran sido otras, nuestra responsabilidad sería mayor puesto que usted gana mucho dinero con su profesión. Como hombre práctico, como abogado, señor Mason, reconocerá que el límite financiero de nuestra responsabilidad es la pérdida de la capacidad de ganar dinero, aparte de una suma *razonable*, como daños y perjuicios. Pero yo afirmaré que un joven vigoroso, quedaría bien indemnizado con mil quinientos dólares. Las estadísticas demuestran que dentro de noventa días volverá a trabajar, sin ninguna facultad mermada. Aunque considerásemos que ganase trescientos dólares al mes, de esta cantidad tendría que pagar la habitación y las comidas, que ahora obtiene gratis en el hospital, y...

—Bueno, ya he oído todo esto mucho antes —le atajó Mason.

—Indudablemente.

—Y no quiero volver a escucharlo.

—Pero usted, señor Mason, no se mostrará arbitrario.

—Al fin y al cabo, señor Ingle —intervino Caffee, después de toser—, en este caso existen circunstancias que...

—Pongámonos de acuerdo —le interrumpió Ingle—. Sea cual sea su responsabilidad por no haberse detenido a prestar ayuda a las víctimas, ahora sólo estamos discutiendo las lesiones.

—Cierto —afirmó Mason—. No tratamos de ningún delito ni de una conspiración para ocultar un crimen.

Se produjo un silencio incómodo.

—Sin embargo —continuó Mason—, en el caso de tener que emprender alguna acción contra el señor Caffee, éste indudablemente deberá solicitar el acto de probación del tribunal, y éste se verá grandemente influido en su decisión por el arreglo monetario efectuado con antelación.

—Sí, claro, pero... —objetó Ingle.

—¿Por qué ha dicho usted «en el caso» de tener que emprender alguna acción criminal? —quiso saber Caffee, algo asustado.

Mason se estiró y bostezó.

—Claro que alguien tendría que firmar una demanda para iniciar una acción judicial. Y no sé que nadie desee hacerlo. Por otra parte, tampoco sé que nadie no quisiera firmarla... si llegara el caso.

Caffee miró a Ingle, y éste miró a aquél.

—Sí, claro —carraspeó el agente de seguros—, en lo que atañe a la compañía, no podemos considerar estos asuntos extraordinarios. Nosotros...

—Ustedes pueden considerar las circunstancias de un caso, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—¿La fuerza que tendrían ante un jurado?

Caffee tosió nerviosamente antes de intervenir:

—Desearía conversar en privado con el Señor Ingle, señor Mason.

—Claro —asintió el abogado—. Della, acompañe a estos caballeros a la biblioteca.

Ingle y Caffee salieron del despacho en silencio.

Perry Mason le guiñó un ojo a Della Street. La joven cerró la puerta y retrocedió al interior de la estancia.

—¿Qué sucederá cuando descubran que ha habido dos arreglos, jefe?

—Maldito si lo sé —exclamó Mason—. Al fin y al cabo, no existe ningún precedente sobre esta materia. Lo usual es que es difícil obtener ya un arreglo, cuanto más dos. Della, lo importante es conseguir este arreglo mientras nos dejan trabajar libres.

—¿Quiere decir... mientras estamos libres?

—Exacto —admitió Mason—. Ingle piensa que soy un poco exagerado, pero si pudiera ver en mi cerebro y ver lo que pasa ahí dentro, probablemente se desmayaría.

—¡Seguro, jefe!

—Estamos practicando la ley —comentó Mason— con un cronómetro en la mano y una bomba de relojería en la otra... una granada de mano con la espoleta fuera.

Mason empezó a medir el suelo con sus pasos.

Los ojos de Della Street, simpáticos, leales y comprensivos, le

iban siguiendo.

De repente se abrió la puerta de la biblioteca. Los dos hombres entraron en el despacho. Esta vez, Caffee iba delante, y fue él quien habló primero:

—Llegaremos a un acuerdo, señor Mason. A la compañía de seguros no le importa establecer un precedente en este asunto. Están enojados conmigo por haber entregado el cheque y la declaración la noche pasada. Bien, seré yo quien le entregue lo que falta para saldar el asunto, y ya me las entenderé yo con la compañía.

—No tengo nada que oponer, mientras mis clientes reciban el dinero —afirmó Mason.

Caffee exhibió un talonario.

—Permítame examinar sus finiquitos, señor Ingle —pidió el abogado.

Mientras Caffee firmaba los talones, Mason procedió a estudiar los documentos.

—Creo que todo está en orden —asintió. Luego firmó y aceptó los cheques.

—Supongo que ha habido comprensión por ambas partes, señor Mason —murmuró Caffee.

—Creo que sí.

—Usted... Bueno, el señor Ingle me ha dicho que sería mejor que no existiera un entendimiento *definitivo*.

—Ciertamente —concedió Mason, estrechando las manos que se tendían hacia él.

—No sé cómo expresarle lo ocurrido —tartamudeó Caffee—. Para mí, ha sido una gran lección.

—Lo sé —manifestó Mason—. Probablemente, no durmió usted la noche pasada.

—Francamente, señor Mason, ha acertado usted.

—Vivir para aprender —concluyó Mason, levantándose y acompañándoles a la puerta—. También yo paso muchas noches sin dormir.

—Trabaja usted muy de prisa, señor Mason —se admiró Ingle, a punto de salir.

—Bueno, no me gusta demorar los asuntos.

—No, no —asintió Ingle, siendo casi empujado al corredor—, ciertamente que no. Buenos días, señor Mason.

—Buenos días.

Y Perry Mason cerró definitivamente la puerta.

Capítulo 17

—¿Quiere que vaya ahora mismo a depositar estos cheques? —preguntó Della Street.

—No —rechazó Mason la sugerencia—, lo haré yo mismo. Esto me dará una excusa legítima para ausentarme un rato de la oficina.

—¿Y después?

—Y después —sonrió el abogado—, tendré que pensar otra. Si no encuentro una legítima, buscaré otra ilegítima, que pueda pasar por tal.

—¿Tan mal está la cosa?

—Tal vez.

Sonó el teléfono particular. Della cogió el receptor y escuchó.

—Jefe, es Paul Drake. Quiere hablar con usted.

Mason aceptó el aparato.

—Bien, Paul, sepamos qué hay.

—Ya recordarás que te hablé de ese Hansom, el propietario de la compañía Río...

—Lo recuerdo —interrumpió Mason.

—Bien, la policía decidió hablar con él. Por lo visto, barruntaba algo raro, por lo que investigaron en sus registros de venta, y no les gustó nada lo que encontraron.

—¿Qué fue ello, Paul?

—En primer lugar, si bien la firma ostenta el nombre de Ross Hollister, así como la dirección y los demás datos, el nombre en el registro del revólver lo escribió otra persona, al parecer. Los expertos no están de acuerdo en que dicha persona fuese el propio Hollister.

—¿Qué más?

—Y entre otras cosas, la policía halló que Lucille Barton iba

tonteando con un tal Arthur Colson. Estas relaciones no están claras, pero de todos modos, cuando confrontaron a Hansom con Colson el primero lo identificó inmediatamente. Afirma que es el individuo que le compró el arma.

Drake calló, y Mason no despegó los labios.

—¿Sigues ahí? —se extrañó el detective.

—Sí —gruñó el abogado—. Estoy reflexionando. ¿Alguna otra cosa, Paul?

—Por ahora, no.

—¿Qué dice Arthur Colson? —preguntó Mason, al cabo de un instante.

—Que la identificación es falsa. Chilló mucho. Declaró que si la policía deseaba hacer una identificación, debía establecer una alineación, y dejar que Hansom procediese a señalar al que le compró el revólver. Naturalmente, la policía sabe que en esto Colson los tiene cogidos, pero estaban simplemente investigando casi a ciegas cuando se tropezaron con esto. Sin embargo, no les gusta el aspecto del asunto y ahora están indagando a fondo.

—¿Puede ser falsa la identificación, Paul?

—En absoluto. Según comprendí, ese Hansom es un viejo astuto. Conoce a la mayoría de clientes de su tienda, bueno, a los regulares. Durante la estación de pesca hay muchas personas que acuden allí con sus licencias y demás, pero esta venta se efectuó fuera de temporada. Recuerda perfectamente la transacción y está muy seguro de su identificación. Impresionó a la policía. ¿Por qué tenía Colson que firmar con el nombre de Hollister? —continuó Drake—. ¿Tienes alguna idea?

—Tenía que firmar con un nombre —le aclaró Mason—, y como Lucille va a casarse con Hollister, o eso piensa, no debió querer que el nombre de su prometido figurase en el registro por venta de un revólver. Y desde el punto de vista de Colson, Hollister era el mejor nombre falso que podía usar.

—Mirándolo así, suena bien —reconoció Drake.

—¿Qué más, Paul?

—Efectuaron una prueba de parafina con las manos de Pitkin. Naturalmente, esto no es concluyente, pero significa algo si se obtiene una reacción negativa tan poco después de haber sido

disparada una pistola.

—¿No hubo reacción?

—Ninguna. La policía hizo un buen trabajo. Realizaron la prueba antes de mover el cadáver. Algo les hizo sospechar.

—¿Sabes qué, Paul?

—Creo que sí, Perry.

—¿Qué?

—No te gustará.

—Diablo, nada de este asunto me gusta nada... —refunfuñó Mason.

—Había un charco de sangre en el suelo del garaje, directamente *debajo* del revólver. Naturalmente, pudo ocurrir así, pero la policía se inclina a opinar que no. El tipo pudo suicidarse, permanecer de pie un par de segundos y caer soltando el arma. Pero ya sabes cómo es el teniente Tragg, un hombre eficiente y escrupuloso.

—Sí —reconoció Mason—. Sé cómo es. No estás dándome las noticias sobre la teoría del crimen a pequeñas dosis, ¿verdad, Paul?

—Esto es cuanto hay, por el momento.

—Pues ya es bastante —decidió Mason, colgando el teléfono.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Della Street.

—El que preparó el escenario anoche —explícle Mason— no fue tan listo como pensaba. Pero ahora ya es tarde para preocuparse por ello, Della. Si Carlota Boone, que nos dio la indicación respecto al número de matrícula del coche de Caffee, aparece por aquí, entréguele un cheque por cien dólares. Pero dele un cheque y no billetes. Y explíquele que necesitamos el cheque cancelado para nuestra cuenta.

—De este modo —reflexionó la secretaria—, sabremos dónde lo cobra y tal vez podamos seguir su rastro si es preciso, ¿verdad?

—Exacto, Della. Bien, no tardaré en volver.

Capítulo 18

Eran las once cuando Mason regresó al despacho.

Uno de los muchachos de Drake que había estado merodeando por la tienda de tabaco del vestíbulo entró por casualidad en el mismo ascensor que Perry Mason.

—Buenos días, señor Mason —le saludó—. ¿Una buena mañana? Mason le miró perspicazmente.

—Excelente. Usted trabaja para Drake, ¿verdad?

—Exacto. Voy a entregarle un reportaje.

Mason sintió que la mano del otro rozaba la suya, dejando una tarjeta entre sus dedos.

Mason se embolsó la tarjeta.

—Caramba —exclamó luego—, tenía que llamar por teléfono. ¿Dónde tengo el número?

Rebuscó en sus bolsillos y, por fin, extrajo la tarjeta que el empleado de Drake acababa de entregarle.

—Ah, aquí está —y la sostuvo en su mano para deletrear el mensaje.

La escritura era de Della Street.

Ha venido C. B. Le entregué cien dólares. Muchos visitantes... oficiales... esperando.

—Oh, bien —exclamó el abogado—, creo que aún no es tarde. Llamaré cuando llegue al despacho.

El ascensor se detuvo en el piso. El detective de Paul Drake penetró en su agencia sin despedirse. Y Mason recorrió el pasillo, insertando luego la llave en la cerradura de la puerta de su despacho particular.

—Bueno, Della —empezó a decir—, creo que... ¡Hola! —exclamó abruptamente, al ver que la estancia estaba atestada.

El teniente Tragg quitóse el cigarro de la boca antes de corresponder con un:

—Hola, Mason.

—¡Vaya, bien venido, teniente! ¿Qué tal? Caramba, si tenemos una reunión.

—Sí —asintió Tragg—. Creo que ya conoce a Lucille Barton y a Arthur Colson. Le presento a uno de mis detectives de paisano. Siéntese, Mason. Deseamos hablar con usted.

—De acuerdo. ¿Qué tal de salud, Tragg?

—Siéntese —el teniente ignoró la pregunta—, y póngase cómodo. La sesión puede ser larga. Le prevengo, Mason, que esto no le gustará.

Mason le sonrió a Lucille Barton, que parecía como si no hubiese dormido en toda la noche.

—Hola, Lucille. Ya leí en los periódicos matutinos que se llevó usted un buen susto.

—Sí —asintió Lucille Barton, esquivando los ojos del abogado.

—¿Qué tal se encuentra usted hoy? —preguntóle Mason a Colson.

—Muy bien —fue la respuesta, sin levantar los ojos de la alfombra.

—Bien, ¿dónde estaba usted ayer tarde, a las seis, Mason? —interrogó el teniente Tragg.

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—No me acuerdo, teniente.

—Pues empiece a pensar.

—Está bien.

Una pausa.

—Siga pensando.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Mason.

—Hasta que encuentre una respuesta.

Perry Mason frunció el entrecejo, se instaló detrás de su mesa y observó los aprensivos ojos de Della.

—¿Y bien? —indagó Tragg al cabo de dos minutos.

—Todavía no tengo la respuesta —sonrió Mason.

La expresión de Tragg se tomó feroz.

—Oiga, Mason, usted me gusta. Quiero darle una oportunidad,

pero antes le diré algo. Se trata de un asesinato y usted se halla en una situación bastante diferente de la usual.

—Ya —comentó Mason—. Supongo que puedo fumar un cigarrillo. Veo que usted también fuma, Tragg. ¿Quiere alguien un cigarrillo?

Dos cabezas negaron al unísono.

—¿Y usted, amigo? —preguntóle el abogado al agente de paisano.

—No, gracias.

Mason encendió y se retrepó en su asiento.

—Está bien —exclamó el teniente—. Si tarda tanto en reflexionar, lo registraremos —sacó un reloj de bolsillo—. Mason, se lo pregunto por segunda vez. ¿Dónde estaba usted ayer por la tarde, a las seis?

Mason observó los ojos de Tragg como pegados a la esfera del reloj, y, al final, murmuró:

—No puedo decírselo, Tragg.

—Siga pensando.

—Sé dónde estaba —concedió Mason—, pero no puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Sería violar una confidencia profesional.

—¿De qué cliente?

Mason, sonriendo, meneó la cabeza.

—Al fin y al cabo, teniente, hay cosas que no podemos discutir, y usted lo sabe. Un abogado se debe a su cliente.

Tragg, con gesto de exasperación, guardóse el reloj.

—Anoche usted se mostraba interesado por un revólver. Un «Smith y Wesson», con el número S-65088.

—¿De veras? —admiróse Mason.

—No se haga el tonto. Hizo que un detective de Santa del Barra se pusiera en contacto con Roscoe Hansom, el dueño de una tienda de armas, y le interrogara sobre la venta de ese revólver.

—Bien —aceptó Mason—, si desea efectuar declaraciones como ésta, no pienso contradecirle.

—Poco después, yo también me interesé por ese revólver —admitió el teniente Tragg—. Saqué de la cama a la telefonista de

Rushing, para que me pusiera en comunicación con Roscoe Hansom. Su detective hacía media hora que había ido en busca de la información.

—Ya.

—¿Por qué estaba usted interesado en ese revólver?

—Quería saber quién lo había comprado.

—¿Por qué?

—Por varios motivos.

—Ese revólver se halla complicado en un crimen —explicó Tragg—. El asesinato se cometió alrededor de las seis, pero el cuerpo no se descubrió hasta las diez y media. Bien, Mason, ¿cómo sabía usted que ese revólver iba a figurar en un caso de asesinato a las nueve?

—No lo sabía —declaró Mason, mostrando una expresión de perfecta sorpresa.

—Su detective debió salir de Santa del Barra antes de las nueve.

—Probablemente mucho antes —concedió el abogado—. De haber estado interesado en ese revólver, y por ahora no estoy dispuesto a admitir que lo estaba, teniente, sería por su importancia en un asunto civil. Y, naturalmente, yo no podía pensar que se produciría un asesinato, en el que estaría involucrado este revólver.

—Oh, ciertamente, no —asintió Tragg, sarcásticamente—. Pero, ¿por qué estaba interesado en el revólver?

—Lo siento, teniente, pero no puedo decírselo.

Tragg compuso una expresión de desconcierto.

—Esto es más serio de lo que usted cree, Mason. Tengo un puñado de cartas que todavía no están sobre la mesa. Será mejor que empiece a sincerarse.

—De acuerdo, contestaré a las preguntas que pueda —se conformó Mason.

—¿Cuándo conoció usted a Lucille Barton?

—Ayer —admitió el abogado.

—¿Se puso ella en contacto con usted, o usted con ella?

—Me alegra que me pregunte algo que puedo contestar —manifestó Mason—. Della, ¿dónde está el ejemplar de *La Hoja*? La del anuncio.

Della Street se puso de pie, fue a los archivos, abrió un cajón y

sacó una carpeta, entregándole a Mason un ejemplar del diario solicitado.

—Déselo al teniente Tragg —ordenóle Perry Mason.

Tragg examinó el anuncio y frunció el ceño.

—¿Qué significa esto? —gruñó.

—Traiga la carta de la caja, Della —volvió a ordenar Perry Mason—. La que enviaron a la Agencia de Detectives Drake, la que contenía la llave.

—¡Una llave! —gritó Tragg.

—¡Una llave! —exclamó Lucille.

—Una llave —repitió Mason, sonriendo—. Una llave... una llave que abre su puerta, como usted sabe.

Della Street sacó la carta de la caja fuerte.

—Désela al teniente, Della.

Tragg cogió la carta, la leyó y arrugó el entrecejo.

—También puede leerla la señorita Barton —observó Mason—. Ella la escribió, teniente.

—¡Maldito si lo hizo! —rezongó Tragg, masticando su cigarro puro.

Della Street le entregó la carta a Lucille Barton, la cual la leyó y se la pasó a Arthur Colson.

—¿Y qué hizo usted respecto a la carta? —inquirió el teniente—. ¿Aguardó hasta la hora mencionada, en que ella debía estar fuera de su apartamento, para entrar y...?

—No sea tonto, teniente —interrumpióle Mason—, no creará que empleé la llave del apartamento de una persona para entrar sin permiso, ¿verdad? Fui al apartamento de la señorita Barton inmediatamente. Llamé a la puerta, toqué el timbre, y descubrí que la había sorprendido en un momento bastante... inoportuno. Sin embargo, me hizo pasar, mientras ella se retiraba a su dormitorio y terminaba de vestirse. Luego sostuvimos una deliciosa charla —concluyó Mason, mirando significativamente a Lucille Barton—, y de esta manera empezaron nuestras relaciones como abogado y como cliente.

—¡Oh! —murmuró ahogadamente Lucille Barton.

—De modo que usted representa a la señora Barton.

—Sí, claro —expresó Mason—, pero creo que a ella le gusta más

que la llamen «señorita» Barton, teniente.

—Ya, así que usted la representa —insistió Tragg.

—Pues sí.

—¿Y qué hace usted por ella?

Mason sonrió y sacudió negativamente la cabeza.

—Sus actos de ayer, Mason —ponderó Tragg—, fueron un poco raros.

—Yo no lo creo así, teniente.

—Tuvo un día muy ajetreado, Perry.

—Escasamente. Usualmente, mis días siempre son ajetreados.

—Fue usted al número 938 del bulevar Casino. Habló con Stephen Argyle y le acusó de haber causado un atropello, sin prestar asistencia, ¿no es cierto?

—Creo que le sugerí que su coche podía estar mezclado en un accidente, efectivamente.

—Y allí conoció usted a Hartwell L. Pitkin.

—Se refiere al chófer de Argyle, ¿eh?

—Sí.

—Sí, estaba allí —admitió Mason.

—Bien —prosiguió Tragg—, ¿cuándo vio por primera vez el revólver, el «Smith y Wesson» S-65088, y por qué se interesó por seguir su rastro?

—Lo siento, teniente, íbamos muy bien, pero ahora me pregunta algo que no puedo contestar.

—¿Por qué?

—La comunicación privilegiada.

—Bueno —añadió el teniente Tragg—, los números de ese revólver cayeron bajo los atentos cuidados de una lima. Pero pasaron un número por alto, y hubo que buscar un destornillador para encontrarlo. El limado del metal parece un trabajito reciente.

—¿De veras? —sonrió Mason.

—Cuando usted se interesó por esta arma, ¿cómo se enteró del número?

Mason meneó la cabeza negativamente.

—¿Fue antes de que limasen los números, o después?

—Lo siento —sonrió Mason, cortésmente.

—Debió ser antes, Mason, porque el tomillo no lo habían

aflojado desde que el arma salió de fábrica. Y me pregunto... si no fue usted el que limó los números.

Mason se limitó a sonreír, ahogando un bostezo con la mano.

—Está bien, haga entrar al testigo —le ordenó Tragg al agente de paisano.

Éste se dirigió a la salita de recepción.

—Le hablaré con claridad, Mason —manifestó el teniente—. Creo que ayer tarde, a las seis, se hallaba usted delante del garaje 208, propiedad de la señora Barton, en el 719 de South Gondola. Creo que en aquel garaje se produjo un disparo de revólver, y creo que usted tuvo algo que ver con todo ello. Y creo que tengo un testigo que puede identificarle.

Mason expulsó la ceniza de su cigarrillo hacia el cenicero.

—Estoy casi seguro de que no posee usted tal testigo, teniente.

—El testigo identificó positivamente a Lucille Barton.

Antes de que Perry Mason pudiera replicar, se abrió la puerta. El agente se hizo a un lado y entró en el despacho un individuo alto, con una frente prominente, pómulos altos, labios delgados y un cuello muy largo, que mostraba una expresión de disculpa por aquella intrusión.

—¿Es éste el hombre? —preguntó Tragg, señalando a Perry Mason.

—No... no puedo decirlo... hasta... hasta que se ponga de pie —tartamudeó el recién llegado—. En realidad, no le vi el rostro claramente y...

—Soy Perry Mason —presentóse el abogado, sonriendo—. ¿Cómo se llama usted?

—Goshen... GOSHEN —deletreó el interrogado—. Cari Evert Goshen. Vivo en la casa de al lado del sitio donde se cometió el...

—No importa —le atajó Tragg—. Sólo queremos saber si éste es el interesado.

—No puedo decirlo hasta que no se levante y ande un poco.

—Levántese —ordenó el teniente a Mason.

Mason sonrió, sin moverse.

—Vaya forma de efectuar una identificación, teniente. Será mejor que forme una alineación, si desea que la identificación tenga algún valor legal.

—No puedo ponerle a usted en una alineación sin arrestarlo —masculló Tragg—. Y no puedo hacerlo hasta saber el terreno que piso. Si este testigo lo identifica, entonces lo sabré.

—Esto no es sólo uncir los bueyes al revés, sino poner el arado boca arriba —rió Mason, de buen humor.

—Cállese —le increpó Tragg—. Yo llevo aquí la voz cantante.

—Desafinando bastante.

—¡Levántese! —repitió el teniente—. Si es usted inocente, no tiene nada que temer.

Mason inclinó su sillón un poco hacia atrás, sin dejar de sonreír.

—¿Cómo iba vestido? —preguntó Tragg a Goshen.

—Ya se lo dije. Llevaba un abrigo ligero, de color azafranado, y un sombrero gris.

—Allí hay un armario —indicó Tragg, dirigiéndose al agente de paisano—. Saque el abrigo y el sombrero y acérquelos.

—¡Un instante, Tragg! —intervino Mason—. Sabe que no tiene derecho a hacer esto, que...

—¡Al diablo! —gruñó el teniente. Luego se volvió hacia Goshen—. Cuando el testigo se levante para impedir que mi agente abra el armario, fíjese en su modo de andar, en el modo de moverse...

—Teniente —proclamó Mason—, repito que ésta es una invasión contra mis derechos de ciudadano.

El agente abrió el armario, se detuvo, vaciló un momento y volvióse de cara a Tragg.

—Vamos —le animó éste, impaciente—, saque el abrigo y el sombrero. Se los pondremos a la fuerza, si es preciso. Tendrá que levantarse y...

—Lo siento, teniente, pero...

—¡Saque el abrigo! —chilló el teniente.

El agente obedeció. El abrigo era grueso y de color negro, un abrigo que Mason no había visto jamás.

—Saque el azafranado —ordenó Tragg.

—No hay ninguno más, teniente.

Mason miró furtivamente a Della Street, angelical en su expresión inocente.

—Éste no es el abrigo —declaró Goshen positivamente.

Tragg contempló suspicazmente a Perry Mason.

—¿De dónde sacó este abrigo?

—Yo no lo saqué. Fue usted.

—Bien, entonces, ¿de dónde obtuvo la pista que le condujo a Stephen Argyle? ¿Cómo sabía que *su* coche estaba mezclado en aquel accidente?

Mason limitóse a sonreír y a sacudir la cabeza.

—Teniente, sigue usted formulando preguntas fundadas en premisas falsas. Lo siento, pero el coche de Argyle *no* estuvo mezclado en aquel accidente.

—Pensaba que usted...

—Sí, yo creía que había sido aquel coche —admitió Mason, sonriente—, pero ya sabe usted lo que pasa, teniente. Usted también muchas veces cree tener pruebas para una acusación, y de repente descubre, ante su hondo pesar, que los hechos fueron completamente diferentes y...

—¡Esto no viene al caso! —gruñó el teniente—. Ahora quiero saber dónde obtuvo usted esta información. Por qué fue a decirle a Argyle que su coche era el culpable del accidente, y cómo lo supo o creyó.

—En realidad, teniente —empezó a declarar Perry Mason—, la persona culpable del accidente es un caballero llamado Caffee... Daniel Caffee, que vive en el 1017 de la calle Beachnut, apartamento 22-B. Lo localicé ayer noche, y estoy satisfecho de que lo ocurrido fuese puramente un error por parte del señor Caffee. Cuando éste se enteró de que mi cliente estaba herido de gravedad, no discutió mis condiciones para zanjar el asunto.

—¿Sus... condiciones?

—El pago de los gastos y...

—¿Cuándo fue eso?

—Esta mañana, aunque ayer me hizo el señor Caffee un pago parcial.

—Maldita sea... —rezongó el teniente.

—Naturalmente —añadió Perry Mason—, no me importa divulgar esta información, particularmente si gracias a ello puedo ayudarle en el caso que le interesa, teniente. Pero tenía entendido que ese Pitkin se había suicidado en el garaje de la señorita Barton.

—Fue asesinado en el garaje de la señorita Barton.

Mason chasqueó la lengua varias veces.

—Usted no estuvo en este despacho ayer por la tarde, entre las cinco y las seis —acusó Tragg—. Della Street llegó en taxi. Stephen Argyle estaba aguardándole a usted. El chófer esperaba al otro lado de la calle. Poco después de las cinco, Argyle bajó y despidió al chófer. Luego, regresó aquí y aguardó hasta casi las seis. Telefonó a su compañía de seguros y quedó citado con un agente, delante del edificio. El señor Argyle puede dar cuenta de cada minuto de su tiempo, y asimismo sabe que usted no estaba en este despacho.

—Casi nunca estoy aquí después de las cinco —reconoció Mason—. Cierro y me largo. Ocasionalmente, sin embargo, trabajo hasta más tarde, pero no me gusta recibir clientes después de las cinco^[2]. Establecería un mal precedente y...

—Y la razón de no hallarse usted aquí —prosiguió el teniente Tragg—, es que estaba con Lucille Barton. Cuando Pitkin entró en el garaje, usted estaba allí. O llegó muy poco después. Bien, deseo ser justo en una cosa, Mason. La evidencia indica que Pitkin no entró allí con buenos propósitos. Pudo atacarle a usted, o a la señorita Barton. Uno de ustedes llevaba un revólver y apretó el gatillo. Esto dejó en suspenso la carrera de Hartwell L. Pitkin, y estoy dispuesto a conceder que no era la carrera de un ciudadano irreprochable, sino la de un chantajista, un oportunista y un apache. Si aguardaba en el garaje, estoy seguro que era por alguna mala acción, pero la oportunidad de franquearse conmigo, Mason, sólo puedo concedérsela en privado. Después, tendré que hacer públicos los hechos. Y le aseguro con franqueza, que, si se trató de defensa propia, estoy dispuesto a hacer concesiones, pero necesito solucionar rápidamente este caso.

—Sí, lo comprendo —asintió Mason—. Y también sé que usted desea mostrarse justo.

—Bien —expresó el teniente—, Lucille Barton afirma que estaba con usted.

—¿De veras?

—Sí. Al principio, nos dijo que estaba con Anita Jordon, y ésta parecía dispuesta a darle una coartada para toda la tarde, pero cuando empezamos a apretarle un poco los tornillos la coartada se esfumó.

—Yo no dije que estuviera con el señor Mason a las seis de la tarde —se apresuró a rectificar Lucille—. Primero dije que estuve con él hasta que encontré a Anita y...

—Por favor, estaba hablando yo —la interrumpió el teniente con brusquedad.

—El teniente Tragg no quiere que hable usted —le explicó Mason, significativamente, a Lucille Barton—. Por tanto, en *calidad de abogado suyo*, le aconsejo que calle.

—Nada de eso —protestó el teniente—. Estoy hablando con usted.

—Y yo hablo con mi cliente, teniente.

—¿Cuándo estuvo usted con la señorita Barton, en el día de ayer, Mason?

—Ya le dije que nos vimos ayer por la mañana.

—¿Y más tarde?

—No puedo decirle ninguna hora, teniente.

—¿Pero la vio más tarde?

—Oh, sí.

—Está bien —el teniente Tragg se aclaró la garganta—, dejemos de andarnos por las ramas. Deseo tomarle las huellas dactilares, Mason.

—Ciertamente, puede hacerlo —accedió el abogado—. Deseo colaborar en cuanto pueda, Tragg, pero comprenderá que no puedo traicionar la confianza de mis clientes.

Tragg le hizo una seña al agente, el cual exhibió un equipo minúsculo de impresiones y se acercó a la mesa.

—Póngase de pie —ordenó Tragg.

—Oh, lo haré sentado —sonrió Mason, extendiendo su mano al agente.

—Creo que no es este hombre —exclamó súbitamente Goshen—. El que yo vi no era tan grueso ni...

—Por favor, vayamos fuera un momento —sugirió Tragg—. Deseo que contemple a este caballero con el abrigo puesto, de pie y andando. Usted no puede realizar ninguna identificación estando él sentado detrás de una mesa.

—En su lugar, teniente —añadió Mason—, yo le diría que no puede realizar ninguna identificación, a menos que la haga en una

alineación de varios sujetos.

Goshen se puso de pie, vaciló y salió del despacho.

—Muéstrese tan duro como guste, Mason, a este respecto —le espetó el teniente—, pero todo puede hacerse por un camino fácil y por otro abrupto. Si no puedo tomar por el primero, tomaré por el segundo.

—Lo cual es muy lógico —concedió Mason—. Bien, ¿dónde he de imprimir mis huellas... en este papel? Oh, sí, creo que ya conozco el procedimiento.

Lucille Barton contemplaba intensamente al abogado. Arthur Colson lo miró, pero al instante desvió la vista.

En silencio el agente tomó las huellas de Mason.

—Ahora, puede levantarse y lavarse las manos —sugirió Tragg.

—No, gracias —sonrió Mason—. Entonces se asomaría su testigo. Della, creo que en su mesa hay algunas servilletas de papel. Tráigame unas y me limpiaré las manos. De este modo, el lavabo no quedará sucio de tinta.

—Quédese ahí sentado, si gusta —se burló Tragg—, pero no podrá continuar así eternamente. Un momento u otro tendrá que salir de la oficina. Y yo tengo al testigo en el vestíbulo. Haré que le vigile donde sea, y si la prueba de las huellas da el resultado que espero, podré hacerle vigilar en una celda.

Della Street le entregó a Mason unas cuantas servilletas de papel y una crema para limpiarse.

—Aplique esta pasta en sus dedos, jefe —le indicó—, frótese y desaparecerá la tinta.

—Gracias.

El agente le entregó a Tragg el papel con las huellas dactilares. El teniente extrajo una fotografía de un bolsillo, comparó las huellas una a una y, de pronto, lanzó una exclamación satisfecha. Sacóse una lupa de otro bolsillo y examinó las huellas con más atención, comparando una de ellas con otra de la foto.

—¡Mason —proclamó de repente—, en el arma del crimen está una huella suya!

—¿De veras? —preguntó Perry Mason.

—¿Qué tiene que decir?

—Nada.

—Mason, declaro oficialmente que el revólver de referencia se empleó para asesinar a Hartwell L. Pitkin. Ahora, puedo establecer definitivamente que en dicha arma hay una huella suya. Y ante esta evidencia, ¿qué dice usted?

—Nada —repitió Mason—. Estoy protegiendo las confidencias de un cliente.

—Usted no puede proteger las confidencias de un cliente hasta el extremo de negarse a explicar por qué se halla una huella dactilar suya en un arma asesina.

—En esto, al parecer, hay diversidad de opiniones —sonrió Mason—. A propósito, Della. El teniente Tragg no ha preguntado por la segunda carta. La señorita Lucille tampoco le ha contado nada de esto, porque ignora su existencia. Ella me escribió la primera carta, pero la segunda debió escribirla otra persona sin su conocimiento.

—¿A qué carta se refiere? —se intrigó Tragg.

—Traiga la segunda carta, Della. La que vino con la llave del escritorio de la señorita Lucille Barton.

Della Street volvió a los archivadores, sacó la segunda carta, y se la entregó al teniente Tragg.

—Esta carta la trajo un mensajero especial —explicó Perry Mason.

Tragg leyó la misiva, y luego preguntó:

—¿Había una llave en el sobre?

—Oh, sí —aclaró Mason—, la llave de un buró.

—¿Dónde está?

—Las tengo aquí, teniente. Ambas llaves. ¿Desea verlas?

El teniente cogió las dos llaves que le tendía Mason a través de la mesa, y las estudió con honda concentración.

—Como ve —manifestó Mason—, pensé que la señorita Barton deseaba que yo obtuviera la prueba, pero sin aceptar la responsabilidad de ser ella quien me la procuraba. Por tanto, cuando ayer por la tarde vinieron aquí ella y el señor Arthur Colson, me aproveché de que estaban aquí para marcharme subrepticamente y subir a su apartamento, donde procedí a abrir el buró. Seguro, la llave pertenecía al mueble y en el casillero superior de la derecha había una agenda y un revólver. Teniente, si puede

encontrar a quien escribió esta segunda nota, creo que habrá andado un trecho muy largo en el asesinato de Pitkin, en el caso de que sus sospechas sean acertadas y fuese asesinado.

—Diablo —masculló Tragg—, si usted penetró en aquel apartamento y registró los muebles...

—Vamos, teniente —interrumpióle Mason agudamente—, una vez más está unciendo los bueyes detrás del arado. No entré en el apartamento sin permiso. Lucille Barton escribió la primera carta y me envió la llave de su apartamento. Ciertamente, esto me concedía el permiso de entrar allí, utilizando la llave que tan convenientemente había ella puesto en mi disposición. Pero la segunda carta debía ser una trampa, teniente, y esto...

—Bien —le atajó Tragg—, usted abrió el buró. ¿Estaba allí el revólver?

—Por lo que yo sé, teniente... allí había *un* revólver. Ya comprende lo que esto significa. El buró estaba cerrado. Alguien tenía una llave del mueble, una llave duplicada. Y alguien me la envió. Obviamente, teniente, puesto que la señorita Barton estaba entonces en este despacho, y el revólver se hallaba en su escritorio, la señorita Barton *no podía llevar dicho revólver encima*. Y si usted no ha podido hallar sus huellas dactilares en el arma, nunca podrá demostrar que ella llegara a tocarlo ni una sola vez. Pero ya no puedo decirle nada más, teniente. Le he dado algunas pistas. En realidad, creo que incluso me he excedido en mis atribuciones.

El teniente Tragg se volvió súbitamente hacia el agente de policía.

—Llévese de aquí al señor Colson y a la señorita Barton. Usted, Mason, no habla conmigo. Está diciéndoles, en realidad, a esos dos lo que desea que declaren.

—¡Vamos! —les ordenó el agente a los dos nombrados.

—Le aconsejo, señorita Barton —intervino Mason—, en estas circunstancias, *que no diga absolutamente nada*. En vista de la actitud hostil de la policía, le sugiero que se niegue a contestar ninguna pregunta, por consejo del abogado.

—¡Por consejo del abogado! —repitió Tragg—. Un momento. ¿Va a representarla usted en este caso de asesinato?

—¿Está acaso acusada de asesinato?

—Tal vez.

—Como ya indiqué —repuso Mason—, cuando ayer estuve visitándola en su apartamento, ella contrató mis servicios como abogado.

—¿Para qué?

—No puedo decírselo.

Tragg se volvió hacia Lucille Barton.

—Esto no me lo había contado.

—Tampoco usted me lo preguntó de manera específica —evadió Lucille una respuesta directa.

—Bien, ¿para qué necesitaba usted los servicios de Perry Mason?

—Chist, chist, Lucille —intervino el abogado, llevándose un dedo a los labios—. Ni una palabra, recuerde, ni una sola palabra.

La joven se volvió hacia el teniente, con un gran alivio reflejado en su expresión.

—Ya ha oído lo que acaba de ordenarme mi abogado.

—¡Sáquenlos de aquí! —tronó el teniente, dirigiéndose al policía. Luego, masticó con cólera el cigarro, mientras el agente se llevaba a la pareja a la sala de recepción.

Tragg rascó una cerilla en la suela de su zapato, encendió de nuevo el cigarro y miró a Mason.

—Mason, no quiero arrastrarle a este asunto, a menos que me vea obligado a ello.

—Gracias.

—Pero, por culpa de su actuación, creo que me veré empujado a ello.

—Sí, lo comprendo.

—Y ya sabe lo que dirán los periódicos: «La impresión dactilar de un abogado encontrada en el arma de un crimen».

—Ya me parecía que usted daría esta información a la prensa. Sí, será un buen titular —convino Mason.

—Y habrá otro: «Un abogado se niega a declarar».

—Sí, y los periódicos se venderán como el agua.

—Bueno, Mason —gruñó Tragg—, usted y yo estamos a ambos lados de la valla, pero no quiero crucificarle a usted. No estoy seguro de que fuese usted quien estaba con Lucille Barton cuando ese Goshen miró hacia el garaje. Si estaba usted con ella, supongo

que fue porque esa joven lo arrastró a usted allí para enseñarle algo, sin que usted tuviera la menor noción de qué era. Si puede explicarme esto, dígalo, por favor, y acabemos de una vez.

—Seguiré su idea un poco más lejos, teniente —propuso Mason—. Supongamos que sucedió esto. ¿Me absolvería de toda responsabilidad?

—No estoy preparado para darle una respuesta definitiva.

—Bueno, deme una respuesta temporal e incierta.

—La hora de la muerte es muy importante —reflexionó el teniente en voz alta—. Y podemos fijarla con bastante aproximación, pero si nos hubiesen avisado, digamos a las seis, la habríamos podido fijar casi al minuto. Usted tenía el deber de llamar a la policía.

—Sí, lo comprendo.

—Por tanto —prosiguió Tragg—, tiene que purgar su culpa. Bien, ¿estaba el cadáver en el garaje cuando estuvo usted allí a las seis?

—Teniente, ya le he manifestado que no puedo decir dónde estaba a esa hora.

—Y si ese tipo, ese Caffee, fue el individuo causante del accidente de los Finchley, ¿cómo buscó un arreglo monetario con Stephen Argyle?

—No lo busqué.

—Argyle llegó a un acuerdo monetario con Finchley anoche.

—Cierto.

—Tengo que examinar esto atentamente —observó el teniente—, porque, como es natural, estoy muy interesado en conocer los pasos de usted ayer por la noche.

—¿Podrá conseguirlo?

—Seguro. Usted fue a visitar a Argyle y lo acusó de haber causado un accidente y de haber huido sin prestar asistencia. Naturalmente, él no quiso verse acusado de este delito.

—Supongo que no.

—Pero poco después de marcharse usted —continuó el teniente—, Argyle reflexionó y decidió salir. Corrió a este despacho. El chófer quedóse aguardando abajo. Luego, cuando le pareció que usted aún tardaría bastante en llegar, bajó y despidió al chófer,

recordando que era la noche libre de Pitkin. Le ordenó, sin embargo, que antes dejase el coche en su casa.

—Sí.

—Argyle le esperó a usted hasta las seis, aproximadamente, y entonces telefoneó a la compañía de seguros, diciendo dónde estaba y lo que hacía. El representante de la casa de seguros se inquietó y le rogó que dejase de aguardarle a usted y que, bajo ninguna circunstancia, hablase con usted. Luego, añadió que le recogería a él en el vestíbulo. El dueño de la tabaquería de abajo lo recuerda perfectamente. Argyle esperó unos cinco o diez minutos, hasta que llegó el representante y se marcharon ambos.

Tragg estudió pensativamente a Perry Mason, antes de continuar:

—Claro está, si el auto de Argyle no chocó con el de ese muchacho, como es lógico, tanto Argyle como el representante de su compañía de seguros querrán que se les devuelva el dinero que han pagado.

—Estoy completamente seguro de esto —admitió Mason.

El teniente lo miró astutamente.

—¿O sea que no asegura que usted vaya a devolvérselo?

—Exactamente. No dije nada de eso. Y no lo devolveré.

—¿Qué?

—Lo retendré.

—Oiga —se amoscó Tragg—, ¿por qué no habla claro de una vez, Mason, sin pelos en la lengua?

—Los pelos en la lengua nunca me han gustado, teniente.

—Otra cosa, Mason —prosiguió Tragg, impaciente—. Esa chica, cuando llegó aquí no sabía que usted fuese su abogado.

—¿Cómo que no? —exclamó Mason, fingiendo sorpresa.

—Si se franquease conmigo, vería que hago lo que puede para mantenerle a usted alejado, no sólo de la prensa, sino de la Fiscalía.

—¿De la Fiscalía? —repitió Mason.

—Y del fiscal del distrito —recordóle Tragg, pero su voz carecía ya de convicción.

—Sabe usted muy bien, Tragg —sonrió Mason—, que si pudiera usted acusarme de algo, el fiscal le recibiría a usted con los brazos abiertos. El caso de Lucille Barton no tendría al lado de esto la

menor importancia.

—¿Qué cree que tiene ahora contra usted? Ya está harto de pelearse con usted, Perry.

—¿De veras? Pues que no vuelva a intentarlo, porque volverá a perder.

—No, con esta huella dactilar en el revólver —replicó el teniente—. Fue el arma con que mataron a Pitkin. Tengo el informe de uno de nuestros expertos en balística.

—¿De veras?

El teniente se puso de pie.

—Le he dado una oportunidad, Mason.

—Seguro. Y perdóneme si no me levanto, Tragg. Ese Goshen podría asomarse y señalarme con el dedo. No me gusta que me identifiquen de este modo. Siempre prefiero que sea en una alineación. Al menos, hay que concederle una posibilidad al testigo.

—No sea tonto, Mason —refunfuñó Tragg—. No puede pasar dos semanas aquí, sentado. Llegaremos a indentificarle y, en tal caso, se abrirá el infierno para usted...

Tragg cruzó la puerta hacia la recepción.

Mason cambió una mirada con Della Street.

—¡Dios mío, Della, ese revólver fue el arma del crimen!

Ella asintió en silencio.

—Estaba seguro de que cuando examinasen la bala fatal, hallarían que había sido disparada con otro revólver... Della, ¿de dónde diablos sacó ese abrigo?

—Es de Paul Drake —explicó Della—. Gertie escuchó lo que hablaban mientras aguardaban en la recepción. Y yo me deslicé hacia la oficina de Paul y le cogí su abrigo, dejándole el de usted.

—¿Le explicó a Paul para qué hacía usted el cambio?

—No me preguntó nada.

—Della —declaró Perry Mason—, este mes aumentese el sueldo en cien dólares, y acérquese a mi mesa. No puedo levantarme porque tan pronto como lo haga el teniente Tragg introducirá aquí a su famoso testigo.

Capítulo 19

Mason desplegó el periódico sobre la mesa.

—Vaya, buen trabajito, ¿eh?

Della Street asintió.

—Bonitos titulares —comentó Mason, leyendo en voz alta—: «Huella dactilar de un abogado en el arma de un crimen. El abogado se niega a ser identificado. Una bella divorciada arrestada por un asesinato misterioso. El abogado poseía la llave del apartamento de la acusada» —levantó la mirada—. ¡Vaya lío, Della!

—«Lío» no es exactamente la palabra adecuada. Y a propósito, me he preguntado varias veces por qué le habló usted de las cartas al teniente Tragg y le entregó las llaves.

—Era la única forma de poder mantener informada a Lucille Barton, tal como yo quería.

—No lo entiendo.

—Supongamos que otra persona hubiese escrito las dos cartas.

—¿Y qué?

—Más pronto o más tarde —continuó Mason—, se sabría que a Paul Drake le enviaron una llave del apartamento. Y que Paul me la traspasó a mí. Pues bien, si otra persona, que no fuese Lucille, había enviado la llave y yo entré con ella en el apartamento, podría acusárseme de allanador de moradas. Pero si la propia Lucille me envió la llave, yo entré en el apartamento con su permiso.

—Ya —asintió Della—. ¿Y se la envió ella?

—No lo sé —confesó el abogado—. Una vez en el apartamento con su permiso, la situación cambia por completo. Por tanto, si yo dije delante de Lucille que ella me había enviado las dos llaves, pero dejando entrever que tal vez no la segunda, la del buró, y que descubrí que en el mueble había un revólver, el teniente Tragg ya

tiene material con que estar ocupado.

—¿Cree que la joven comprendió su intención?

—Lo ignoro —suspiró el abogado—, pero no hablaba para ella, en realidad, sino plantando un cebo para el teniente, así como para Colson.

Y tal vez éste...

La llamada de Paul Drake a la puerta interrumpió la frase de Perry Mason.

—Abra, Della.

La secretaria obedeció.

Paul Drake, con un periódico de la tarde bajo el brazo, penetró en el despacho.

—¿Has visto lo que dicen en...? Oh, ya veo que sí.

—Siéntate, Paul —le invitó Mason—. Buen alboroto, ¿eh?

—Algo más, creo.

—Este testigo —explicó Mason—, Goshen, me identificará, si le doy ocasión. Y no quiero dársela.

—No puedes impedirlo —le previno Drake—. ¿Por qué no permitiste que hiciese la identificación antes? Ahora será mucho peor.

—Hablas igual que Tragg —sonrió Mason—. ¿Cómo es Hollister? Tienes ya su descripción, ¿verdad?

—Cuenta unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, alto, delgado, moreno, cejas pobladas, la descripción es bastante buena, y ahora intento localizar una foto.

Mason pareció sorprendido.

—Bien, bien, otro tipo alto en escena. Quizá le viera Goshen. Y ese Dudley Gates, que sacó dinero del banco para entregárselo a Pitkin, ¿cómo es?

—Más joven, de unos treinta y tres años, estatura media, corpulento, rubio, ojos azules...

—Bueno —le interrumpió Mason—, probablemente podemos dejarle fuera del cuadro, pero Goshen pudo ver a Hollister...

Las pupilas de Paul Drake relucieron de pronto.

—Tal vez haya algo aquí, Perry. ¿Fue Hollister?

Mason no contestó.

La esperanza que iluminaba el rostro del detective se

desvaneció.

—Retiro la pregunta —gruñó.

—Está bien. ¿Qué me dices de Dudley Gates? —inquirió el abogado—. ¿Le han encontrado? ¿Qué dijo respecto al dinero?

—Dudley Gates está con Hollister —replicó Drake—. Son socios y ambos se marcharon el lunes por la noche, para examinar unos terrenos petrolíferos.

—¿Dónde están esos terrenos?

—Hacia el Norte. Naturalmente, el lugar exacto es un secreto.

—Y estamos a jueves, seis —reflexionó Mason—. Se marcharon el lunes... Han tenido tres días... ¿A qué hora del lunes, Paul?

—Probablemente, a las seis. El ama de llaves de Hollister se marchó de la casa a las cuatro y media, Hollister esperaba a un visitante, luego se reunió con él Dudley Gates, y ambos debieron irse a las seis. El ama de llaves oyó cómo hablaba con Gates por teléfono, diciéndole que tenía que irse a las seis, y Hollister era sumamente puntual. Gates debió tardar algo más de una hora en llegar allí.

—Paul, he de salir de aquí sin que nadie me vea —dijo Perry Mason.

—No puedes —objetó Paul Drake—, Tragg tiene a su testigo, Goshen, plantado en un coche policíaco, esperando a que salgas. Los periodistas y los fotógrafos se hallan diseminados por todas partes.

—Paul, tú tienes abierta tu oficina las veinticuatro horas del día, ¿verdad?

El interpelado asintió.

—¿Es la única oficina de la casa, abierta toda la noche?

El detective volvió a asentir.

—Iré a vivir contigo, Paul. Cerraremos mi despacho. Della explorará por los corredores, asegurándose de que no haya nadie, desde aquí a tu oficina.

»Entonces, pasaré a tu oficina. Y Della marchará a su casa. Naturalmente, los periodistas se le echarán encima. Ella les sonreirá dulcemente, diciendo que el señor Mason se marchó hace media hora, y que se aseguró de que nadie podría interrumpir ni observar su salida.

—No se tragarán este cuento —opinó Drake.

—Claro que no —sonrió Mason—. Subirán aquí y hallarán cerrado.

—Y pensarán que tú estás dentro.

—Seguro, pero tendrán una brillante idea e interrogarán al conserje, y cuando lleguen las mujeres de la limpieza, los chicos de la prensa husmearán por todas partes... ilegalmente, pero a ellos les da lo mismo. Harán preguntas y muchas fotos.

Drake pareció dubitativo.

—Entonces, sabrán que estás en mi oficina. Y se dedicarán a vigilarla.

—Lograremos que piensen que he conseguido evadirme por el sótano —replicó Mason.

—¿Cómo?

—Ahí entras tú de nuevo. Enviarás desde aquí un gran cajón por medio de una camioneta. Se supone que dentro del cajón irán unas pruebas. Te mostrarás muy particular respecto al mismo, y harás que lo lleven al garaje de donde yo vivo. Será muy pesado cuando lo envíes. Y en la tapa debe haber unos agujeros. Un empleado tuyo lo recibirá en mi garaje, y prometerá desembalarlo. Cuando los periodistas se enteren de ello, el cajón ya estará vacío.

—¿Por qué supones que lo descubrirán?

—Tan pronto como crean que me he marchado de aquí, asaltarán al portero para averiguar si es posible que me haya escurrido por detrás. También te interrogarán a ti y a tu secretaria, para saber si estoy en tu oficina. Entonces, como quien no quiere la cosa, háblales del cajón.

—No seas tonto —rezongó Drake—. Tienen un periodista, un fotógrafo y un policía de paisano en la salida posterior.

—De acuerdo —aproboó Mason—. Pero todos recordarán haber visto salir el cajón.

—Supongamos que entran en sospechas y miran dentro del cajón.

—En ese caso, intentaremos otra jugarreta. De lo contrario, creerán que me he marchado por ese medio.

—Todo esto no te servirá de nada —contraatacó Drake—. Te estás crucificando a ti mismo. Imagínate qué dirán los periódicos

cuando... Oh, Perry, estás metiendo el cuello en un nudo corredizo. El que huye se declara culpable.

—Cierto.

—Pues tú parece que desees ir a entregarte en manos de Tragg. No puedes vivir indefinidamente en mi oficina, Perry.

—Claro que no. Para esto utilizaremos la psicología. Nadie vigila un establo vacío para robar un caballo. Vamos, Della, salga a explorar el corredor. Y díganos si hay alguien.

La secretaria asintió, abrió la puerta, salió al pasillo y cuando volvió, anunció:

—Todo está despejado, jefe.

—Vamos, Paul —rió Mason—, vas a tener un huésped.

—¡Vaya, ya estamos otra vez en un berenjenal! gimió el detective.

Capítulo 20

Mason, cómodamente instalado en la oficina de Paul Drake, con los pies sobre la mesa del detective, el respaldo de su silla contra el muro, sostenía una taza de café en la mano derecha, y un bocadillo en la izquierda.

Paul Drake, sentado a su mesa con tres teléfonos delante, mordisqueaba otro bocadillo entre llamadas. Uno de los aparatos sonó. Drake tragóse apresuradamente el bocado y contestó a la llamada.

Cuando hubo terminado, dejó el receptor en su soporte.

—Bueno, que ya está, Perry.

—¿Qué ha ocurrido?

—La pista del cajón ha puesto a los periodistas como sabuesos tras la caza.

Y en el garaje han encontrado la caja, vacía, con la tapa agujereada. Todos los chicos de la prensa se hallan enojadísimos y Tragg parece tener dolor de muelas.

—¿Y Goshen?

—Según el último informe, Goshen todavía estaba ahí delante —manifestó Drake—, pero...

Llamó un teléfono. Paul Drake cogió el auricular, se lo llevó al oído y dijo:

—Sí, Paul Drake al habla... Ya... Bien... Hay que estar absolutamente seguro de esto. Podría ser una trampa. Tenemos la dirección de Goshen. Vuelve hacia allá. Mira si Goshen entra en su casa... Sí, vuelve a llamarme.

Drake soltó el receptor.

—Goshen se ha ido.

—Lo suponía, Paul.

—Puede ser una trampa —indicó el detective—. Lo comprobaremos si se marcha a su casa. Ha estado esperando varias horas y debe estar agotado.

Repiqueoteó otro aparato. Drake lo levantó.

—Sí, Drake al habla... Sí... ¿Qué diablos...? ¿Seguro...? Esto puede ser importante. Un momento, no te muevas, ni dejes que desconecten la línea.

Drake aplicó la mano sobre el micrófono del receptor.

—Han encontrado el coche de Hollister —le comunicó a Mason—. Cayó por un declive y está destrozado.

—¿Algún rastro de Hollister?

—Nada. Sólo el coche vacío.

—¿Dónde? —quiso saber Mason.

—A diecisiete Kilómetros más allá de Santa del Barra, en la carretera del Cañón. Aparentemente, fue arrojado con plena deliberación.

—¿Por qué dices esto?

—Por el informe de mi muchacho. Ha estado en contacto con la patrulla de caminos. Descubrieron el coche hace una hora. El vehículo estaba puesto en marcha lenta, con el encendido funcionando.

—¿Cómo lo encontraron?

—Un patrullero observó unas huellas muy débiles. Fue una suerte porque estaban casi borradas. Se hallaban en un trecho ancho de la carretera, donde hay muchas rocas, formando un barranco de más de cien metros hasta un cañón.

—¿Dónde está ahora tu empleado? —preguntó Mason.

—Me ha informado desde Santa del Barra.

—Dile que examine el coche, si se lo permite la policía. Quiero saber exactamente qué ocurrió y qué no ocurrió.

Drake transmitió estas instrucciones por teléfono, y volvió a repetir:

—Un momento, no te muevas.

De nuevo, aplicó la mano al aparato.

—La policía va a izar el coche con una cabria —le comunicó nuevamente a Mason—. Han telefoneado a Tragg, y éste ha ordenado que suban el auto a la carretera. Será una tarea difícil.

Hay que subir el vehículo como un peso muerto.

—Está bien. Ordénale a tu hombre que se quede con la policía, Paul.

—Quédate con la policía —gritó Drake por teléfono—. Examina el coche. Llama tan pronto como sepas algo.

Drake dejó el receptor en su lugar.

—Hollister no fue muy lejos antes de despeñar su coche.

—Recorrió diecisiete kilómetros —reflexionó Mason—, cinco de ellos cuesta arriba. ¿No se trata de la carretera de Rushing?

—¡Dios mío, sí! —exclamó Paul Drake—. ¿Significa algo esto?

—No lo sé.

Mason empezó a medir el suelo.

—Maldición, Paul, ojalá tuvieras un despacho más grande —se quejó.

—No puedo —replicó el detective—. Además, este despacho no es más que mi cuartel general. No tengo que impresionar a los clientes, como tú.

—Lo malo es que no tienes sitio donde caminar —se lamentó de nuevo Mason—. Tan pronto has dado dos pasos tropiezas con la pared. ¿Cómo demontres reflexionas?

—Cuando reflexiono me siento en una butaca —alegó Drake.

—Naturalmente, a la fuerza.

—Bien —quiso saber el detective—, ¿en qué piensas?

—En Goshen.

—Debiste dejar que te señalase y luego quejarte, proclamando que todo era una farsa —le aconsejó Drake—. Te señalará más pronto o más tarde, y entonces todos creerán que huiste.

Mason seguía paseándose.

—No puedes zafarte de esta situación —remachó Drake—. Ese tipo te identificará.

—No logró ver bien el rostro del hombre —masculló el abogado.

—Pero ahora ha visto bien el tuyo. Ya lo procuró Tragg.

—Con la recuperación de ese coche en Santa del Barra —manifestó Mason—, Tragg tendrá que ir allá para hacer averiguaciones. Actualmente, el teniente Tragg es el cerebro de la Brigada de Homicidios. Los demás chicos no son muy listos. Por otra parte, Tragg es justo, y los demás se sienten inclinados a

aprovecharse de... Y al sargento Holcomb le gustaría mucho clavarle a Tragg un cuchillo por la espalda. Mira, Paul. ¿Tienes algún empleado de mi talla y corpulencia? ¿Alguien de quien puedas fiarte?

Drake contempló a Mason, pensativamente.

—¿Se verá en algún aprieto?

—No, si actúa exactamente como yo diga.

—Tengo a Jerry Lando. Es un chico listo. Es como tú, y de tu edad aproximadamente.

—¿Confías en él?

—Como en mí mismo.

—Recuerdo que una vez me contaste —observó Mason— que a menudo una cámara y un «flash» permiten que un detective entre en lugares que de otro modo le estarían vedados.

—Exacto. Cuando ven que una persona lleva una cámara y un «flash», la policía lo toma por un reportero y casi nunca se molesta en hacerle algunas preguntas.

—Y supongo que tendrás una cámara a mano.

—Sí.

—Bien, dámela.

—¿A ti?

—Sí. Y quiero también que reúnas algunos buenos fotógrafos. ¿Puedes hacerlo?

—¿Cuántos?

—Cinco o seis.

—Conozco una academia nocturna de periodistas y fotógrafos. Con toda seguridad, allí podré hallar lo que desees.

—De acuerdo. Llama a Jerry Lando. ¿Tiene coche?

—Sí.

—Estupendo —aprobó Mason—. Utilizaremos su coche. Dile que traiga una maleta, y yo quiero el abrigo azafranado que Della te dejó aquí. Dile que corra. Tenemos que apresurarnos si hemos de poner en obra lo que pienso.

—¿Y qué es lo que piensas? —quiso saber Paul Drake.

—¿De veras quieres saberlo? —sonrió el abogado.

—No, diablo —suspiró Drake. Acto seguido, empezó a marcar un número por teléfono, mirando suspicazmente al sonriente Perry

Mason.

Capítulo 21

Jerry Lando, alto, atlético, de buen carácter, pero con un destello irónico en sus ojos negros, dejó la maleta en un rincón, antes de decir:

—Bien, señor Drake, tengo el coche abajo. He llenado el depósito de gasolina y estoy listo.

—¿Conoces al señor Mason? —inquirió el detective—. Perry Mason, el abogado.

—Encantado, señor Mason —saludóle Lando, estrechándole la mano—. He oído muchas cosas de usted —y sonriendo, añadió—: Y he leído muchas cosas.

—Pues aún leerá muchas sobre mí —dijo Mason, bonachonamente—, porque ahora vamos a poner los cimientos para que los periódicos tengan un buen artículo para mañana.

—¿Qué hay que hacer? —interesóse Lando.

—Iremos a un motel —dijo Perry Mason—. Elegiremos un pabellón cuya situación sea como lo necesito. Después, usted se pondrá este abrigo color azafrán. Veamos qué tal le sienta.

Lando se puso el abrigo, ayudado por el abogado.

—Tan bien como el mío propio —afirmó el joven.

—Paul, busca a esos fotógrafos —ordenóle Mason—. Que lleven cámaras, «flashes» y todo el material necesario. ¿Cuándo puede estar todo a punto?

—Oh, concédeme una hora.

—Te doy treinta minutos —replicó Mason—. Te llamaré para darte instrucciones. Vámonos, Lando.

El aludido cogió la maleta.

Mason se pasó la correa de la cámara de fotografiar por el brazo, colgándosela al hombro.

—Por favor, Perry —suplicó Paul—. No puedo conseguir nada en media hora...

—Treinta minutos como máximo —sentenció el abogado—. Vamos, Lando.

Ambos se dirigieron a la puerta.

—Recuerda —añadió Drake, apresuradamente—, que ahora no trabajas para mí, Jerry. No permitas que ese sujeto te meta en un lío.

—En lo que a mí atañe —repuso Lando—, cuando estoy con el señor Mason, actúo por consejo de mi abogado.

En el ascensor, el empleado nocturno miró a Mason con la boca abierta por la sorpresa.

—Pero yo pensaba... ¿No se marchó usted dentro de...?

—Tonterías —le hizo callar Mason—. He trabajado hasta tarde.

—Pero usted... no estaba en su despacho.

—Claro que no. Me hallaba de conferencia con el señor Paul Drake.

—Vaya... —comentó el botones—. Debía haber visto todo el alboroto que se armó con el cajón que yo ayudé a cargar. Voy a contarles a los chicos...

—Por ahora no les digas nada —le ordenó Mason—. Que sean ellos quienes descubran sus equivocaciones. Al fin y al cabo, tú no eres responsable de lo que publican los periódicos.

Y abriendo su cartera, Mason escogió un billete de diez dólares, completamente nuevo y crujiente, y lo puso en la mano del sonriente botones.

—¿Está fuera su coche? —preguntó luego a Lando.

—Aquí delante.

—Bien. Iremos corriendo hacia allí, por si acaso hubiera alguien de vigilancia, aunque no lo creo.

—Cuando yo llegué no había nadie rondando por aquí —afirmó Lando—. Todos se habían ya largado.

—Magnífico.

Cruzaron el vestíbulo sin incidentes, y poco después se metían en el auto de Lando.

—¿Adónde vamos?

—Por la carretera hacia el Norte —indicó Mason—. Vaya

observando los paradores. Quiero uno que armonice con mi plan.

Al cabo de unos cuantos kilómetros, Mason volvió a hablar de nuevo:

—Este lugar me parece adecuado. Además, hay un cartel que anuncia pabellones desocupados, lo cual aún es mucho mejor.

—¿Qué pedimos?

—Un pabellón doble, si es posible —repuso Mason—. De lo contrario, uno individual. Pero tiene que estar situado al fondo del estacionamiento. Regístrese como Lando y compañía, simplemente. Déles el número de matrícula del coche. Es lo único que necesitan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Lando detuvo el coche delante de un pabellón donde estaba instalada la oficina, dejó el motor en marcha y entró allí.

Al cabo de un par de minutos reapareció, acompañado por una mujer gorda que llevaba una llave.

Lando hizo una seña, y Perry Mason, instalándose ante el volante, condujo el auto lentamente, hasta que la mujer metió la llave en la puerta del pabellón más retirado.

La mujer entró, seguida por Lando, se encendieron las luces y, al cabo de un instante, Lando apareció en el umbral y asintió con un gesto.

Cuando la encargada hubo regresado a la oficina, Mason saltó del coche y examinó el pabellón.

—¿Está bien? —preguntó Lando.

—Muy bien —aprobó Mason—. Ahora, llamaremos a Paul Drake.

—Tienen un aparato en la oficina.

—No interesa. En la carretera hay una estación de servicio, con cabina telefónica. Usaremos aquél.

—De acuerdo —se conformó Lando—. ¿Conduzco yo?

—Bueno. Mientras rodemos ya le diré qué hay que hacer.

Lando dejó las luces encendidas, cerró la puerta del pabellón y trepó al coche, colocándose frente al volante.

—Cuando hable con Paul Drake —le instruyó el abogado—, déle nuestra dirección y que envíe aquí los chicos con las cámaras.

—Bien.

—Después, aguarde diez minutos. Entonces, llame al cuartel general de la policía. Pregunte por el sargento Holcomb, de Homicidios. Dígale a Holcomb que usted es una representante del diario *La Hoja*. Que sabe algo que le proporcionará un buen ascenso, y que está dispuesto a comunicárselo siempre que él le proteja a usted, procurando que los demás periódicos no publiquen la noticia.

—¿Cree que picará?

Mason sonrió.

—El sargento Holcomb haría cuanto fuese para sobresalir de entre sus compañeros.

—De acuerdo. ¿Qué le digo?

—Que sus periodistas han localizado a Perry Mason en este albergue. Déle el número del pabellón, la dirección del parador, y añada que Mason no se ha inscrito personalmente, sino con el nombre de un empleado de la Agencia de Detectives Drake, llamado Lando, con todos los demás datos referentes al automóvil. Que puede traer a Goshen para que haga una identificación. Dígale que su periódico desea una primacía en la identificación, a cambio de darle esta noticia en exclusiva.

—Bueno, ¿qué más?

—Después —continuó Mason—, llamaremos a *La Hoja*. Dígale al gerente que va a darle una noticia en exclusiva. Que le llamará más tarde. Que la Brigada de Homicidios envía aquí a Goshen para realizar una identificación por sorpresa.

Lando estudió el rostro inocente de Mason con astutos ojos.

—Ese Holcomb le conoce, ¿verdad?

—Seguro que sí.

—¿Y esto no lo estropeará todo?

—Holcomb está loco por la publicidad —explicó Perry Mason—. Siempre procura destacar que ha hecho algo que Tragg no ha sido capaz de lograr.

—Sigo sin comprender.

—Holcomb cree en los resultados, sin importarle un ardite cómo los consigue. Obligará a Goshen a efectuar una identificación. Tragg no llegaría tan lejos.

—¿Pero qué dirá Holcomb cuando lo vea a usted?

—Cuando Holcomb llegue al motel —sonrió Mason—, no podrá ver a nadie.

—¿Cómo?

—¿Ha tratado usted de ver algo en la oscuridad, después de que media docena de focos o «flashs» se han encendido ante sus ojos, súbitamente?

—Madita sea, yo... —exclamó Lando con admiración.

Poco después llegaban a la gasolinera, y Lando llamó por teléfono.

Capítulo 22

Mason, llevando el abrigo negro de Paul Drake, salió al encuentro del coche donde iban los fotógrafos del detective, les dio instrucciones cuidadosas y les asignó sus puestos respectivos, como si se tratase de un equipo de fútbol antes de empezar un torneo.

Desde la carretera llegó el rechinar de unos neumáticos, cuando un auto doblaba la curva que conducía al motel. La larga antena y el faro rojo daban a entender que se trataba de un coche de la policía.

—Bien, muchachos, llegó el momento —indicó Mason.

El coche se detuvo y los fotógrafos de Drake se agruparon delante.

Todos los «flashes» estallaron, deslumbrando al conductor y su acompañante.

—Eh —gruñó el sargento Holcomb—, ¿qué pasa?

—Sólo una foto para la prensa, teniente Tragg —contestó uno de los fotógrafos.

—No soy el teniente Tragg, sino el sargento Holcomb. Escriban bien el nombre, ¿eh? H-O-L-C-O-M-B.

—De acuerdo —exclamó otro—. ¿Otra foto?

Los «flashes» volvieron a brillar.

Perry Mason, aprovechándose del deslumbramiento del sargento, avanzó hasta apoyarse en el estribo del coche, sosteniendo la cámara «Speed Graphic» en la mano. El sargento Holcomb cerró el contacto.

—¿Está por aquí Mason? —preguntó.

—Allí mismo —señaló un fotógrafo—. Hemos comprobado el registro del parador. Está con uno de los muchachos de Drake.

Volvieron a estallar nuevos «flashes».

—¡Eh, un momento! —protestó Holcomb—. Esto parece la fiesta del Cuatro de Julio.^[3]

—¡Aquí viene! —gritó uno—. Habrá visto los resplandores y trata de escabullirse. Ya saben que lo hemos localizado.

—Allí está —le indicó Holcomb a Goshen.

Una figura que salió corriendo por la puerta del pabellón más retirado, con un abrigo azafranado y un sombrero gris, muy echado hacia la cara, avanzó rápidamente en dirección al coche policíaco.

Los fotógrafos se desplegaron en semicírculo. Volvieron a resplandecer las bombillas de los «flashes».

La figura vaciló, se detuvo, dio media vuelta, se colocó bien el sombrero y, con la dignidad del que se rinde, retrocedió al pabellón.

Los fotógrafos iban corriendo a su lado, sacando más fotografías. Mason permaneció al lado del coche de la policía.

—Bien —exclamó el sargento Holcomb, dirigiéndose a su acompañante—, ya le ha visto. ¿Es él?

Hubo un silencio.

—¿Qué dice? —insistió Holcomb.

—Es él —respondió Goshen.

El sargento sonrió, abrió el contacto e hizo retroceder el automóvil.

—¡Espero que las fotos hayan salido bien! —le gritó al grupo de fotógrafos—. ¡Adiós, chicos!

Cuando el coche se hubo alejado, Mason exclamó:

—Bien, muchachos, id de prisa a revelar esas fotos. Y quiero que cada uno se guarde una copia de las que haya hecho, para que puedan ser identificadas.

Mason les vio marcharse, y después fue hacia el pabellón, donde le sonrió a Lando.

—¿Qué tal? —ponderó éste.

—¡Formidable! —ponderó Mason.

—Ha habido mucha acción en unos segundos. Esos «flashes» eran capaces de cegarle a uno.

—Ahora cambiaremos de abrigo —propuso Mason—. Este negro no es muy bueno. Opino que el claro es mucho mejor. El auto de *La Hoja* ya debiera estar aquí. Tal vez sea aquél.

Un coche se acercaba al pabellón, con los faros iluminando la

senda.

Lando salió a la puerta.

—¡Somos de *La Hoja*! —gritó una voz de hombre—. Queremos entrevistar a Perry Mason.

—¿De qué hablan? —preguntó Lando.

—Oh, déjeles entrar —exclamó Mason, con acento de hastío—. Si me han localizado tienen derecho a una entrevista. No podemos esquivarles.

Poco después, penetraron en el pabellón un periodista con su fotógrafo.

—Hola, señor Mason —saludóle el primero.

—Hola —sonrió el abogado.

—Ha tenido a la policía detrás de usted como galgos, ¿eh?

—Gracias por llamarme liebre —rió Mason.

El fotógrafo blandió su cámara y empezó a trabajar.

—Estoy ocupado en un caso —declaró Mason—. No me interesa que todo el mundo sepa dónde estoy, pero no huyo de la policía. ¿Quiere otra fotografía...? Muy agradecido. Vino el sargento Holcomb... con Goshen.

Hubo más fotos, pidiéndole a Mason que posara en la puerta.

—Y también fuera —añadió el fotógrafo.

El hombre salió al patio y Mason abrió de nuevo la puerta, tras haberla entornado instantáneamente, y surgió del pabellón, llevando el sombrero ligeramente ladeado.

—¡Muy bien! —exclamó el fotógrafo—. Parece como si usted hubiese querido esquivar la foto y yo la hubiese sacado de lado. Ha quedado perfecta.

—Señor —empezó a decir el periodista—, nos gustaría saber algo más de este caso y...

—Lo siento, pero no puedo comentar el caso con nadie.

El periodista consultó su reloj.

—Sí, tiene razón. Vamos, Jack, hay que revelar las fotos. ¿Dice usted que Holcomb ha estado aquí?

—Exacto. Él les dará por teléfono todos los detalles que deseen —repuso Mason.

Capítulo 23

Al día siguiente a mediodía, Perry Mason, que trabajaba distraídamente en su despacho, escuchó la comunicación de Gertie, según la cual el teniente Tragg, se hallaba en la antesala.

—Perdone por no esperarme fuera —se disculpó el teniente—, pero tiene usted tanta costumbre de escurrir el bulto por la parte trasera y de esconderse en cajones...

—¡Maldito sea, Tragg! —exclamó Mason, irritadamente, contemplando un montón de periódicos de la mesa—. No sé de dónde ha salido este rumor.

—Pues *La Hoja* no se anda por las ramas a este respecto, Mason.

—No haga chistes malos, teniente —repuso el abogado con sequedad.

—Además, supongo que usted salió de aquí, ¿verdad?

—Hum... sí.

—¿Sabe que Goshen le identificó?

—¿De veras?

—Absolutamente. Le vio caminar y correr.

Tragg se retrepó más en su asiento.

—Mason —prosiguió tras una breve pausa—, se está usted jugando la carrera. No permita que esa chica tan astuta le coloque en una posición que pueda arruinarle a usted.

—Es lo que intento.

—Entonces, hable con claridad.

—Ya se lo dije, Tragg. Usted es una buena persona, pero hay otras como el fiscal y quienes le rodean, que desean mi perdición. Harían cualquier cosa por echarme la zarpa encima.

—Bueno, ahora parece que lo han conseguido.

—Que lo demuestren.

—A lo mejor le sorprenden a usted.

—También puedo sorprenderles yo a ellos. ¿Cómo descubrió el sargento Holcomb dónde estaba yo anoche?

—No lo sé —admitió Tragg—. Sinceramente, esto quería preguntarle a usted. Holcomb afirma que fue el resultado de una gran labor detectivesca. En cambio, yo opino... oh, sólo es una opinión mía, opino que alguien pudo darle el soplo.

—*La Hoja* publica la noticia. ¿No pensará usted que...?

—No. Holcomb no es persona grata para *La Hoja*.

—¿Por qué? —quiso saber Mason.

—No publican sus fotos. Y menos en esta ocasión. Sólo hay las de usted en una entrevista sostenida en el pabellón, después de haberse ido el sargento, con una en que usted parece querer esconder la cara.

—Ya, comprendo los sentimientos del sargento —rió Mason—. Pero a mí no me importa que hayan aparecido mis fotos en la prensa.

—Pues a Holcomb, sí —sonrió Tragg.

—¿De veras?

—Ya lo sabe usted. Y está proclamando que ha triunfado en donde yo fracasé.

—Oh, es muy listo el sargento...

Tragg estudió unos instantes el rostro del abogado.

—Hay algo en el relato de Holcomb —reflexionó en voz alta— que no encaja.

—¿Tan raro es eso?

—No me refiero a su labor detectivesca. Sino a lo que dice de los fotógrafos.

—¿Sí?

—Según Holcomb, había fotógrafos por todo el parador.

Mason procedió a encender un cigarrillo.

—Bueno, el sargento Holcomb —replicó— es un observador sagaz.

—Pero no había periodistas. Sólo fotógrafos. Y esto, a mi entender, es muy peculiar.

Mason echó una bocanada de humo al techo.

—Además —prosiguió Tragg—, con aquella multitud de

fotógrafos, todos los diarios de la ciudad deberían publicar varias fotos, y en realidad, sólo las publica *La Hoja*. Los demás se limitan a narrar su huida del despacho en un cajón.

—Lo malo que tiene el sargento Holcomb —observó Mason, siguiendo con la vista la espiral de humo que ascendía de su cigarrillo— es que se autohipnotiza, porque quiere que los hechos sean como él los ve. No sé si se ha fijado usted, teniente, pero cuando el sargento Holcomb tiene una idea, trata de que los hechos encajen en ella.

Tragg examinó a Mason con ojos calculadores. Sacó un cigarro del bolsillo, mordió el extremo y luego manifestó:

—Mason, lamento no poder prometerle inmunidad contra la oficina del fiscal del distrito.

—Lo sé.

—Tal como está el asunto —añadió Tragg—, han acusado ya a Lucille Barton de asesinato. Apresurarán la vista preliminar, dejando a la espera todo lo demás.

—Uh... Uh...

—Dispuestos a arrojarse sobre los otros —continuó el teniente Tragg—, cuando la situación se despeje un poco, como ocurrirá en la vista preliminar. Probablemente, ya sabe que usted será el primero de la lista.

—Creía que vendrían a por mí esta mañana —replicó Mason—. En realidad, pensé que éste era el motivo de su visita. Y estaba trabajando un poco para liquidar unos asuntos pendientes y...

—Se han presentado circunstancias que complican el caso —explicó Tragg.

—¿Cuáles?

—El coche de Hollister, por ejemplo.

—¿No hay rastro de Hollister?

—No, por ahora. Y sólo fue por chiripa que se encontró el auto. Pudo haber estado allí más de dos meses.

—¿No hay tampoco rastro de Dudley Gates?

—Dudley Gates se enteró de que le buscábamos y nos telefoneó. Está en Honolulu. Voló hacia allá súbitamente, por cuestión de negocios. Cuenta una historia muy normal pero que aumenta el misterio que rodea a Hollister. Gates proyectaba salir con aquél el

lunes por la tarde, pero se vio obligado a cambiar de planes a última hora. Bueno, tenían que marcharse los dos a las seis del lunes por la tarde, pero se presentó un asunto urgente y de pronto decidió volar hacia San Francisco, y allí coger el avión para Honolulu. Añadió que avisó a Hollister, y que éste habló con él, en San Francisco, por teléfono, a las cuatro y cuarto. Hemos comprobado las llamadas efectuadas desde el teléfono de Hollister, y todo es cierto. Hollister llamó al aeropuerto de San Francisco para hablar con Gates, a quien avisó un botones. Hollister le comunicó a Gates que pensaba salir de Santa del Barra al cabo de una hora.

—Muy interesante —reflexionó Mason.

—Lo cual cambia todo el asunto. Ya puede figurarse el punto de vista del fiscal.

—¿Se sabe algo de los movimientos de Hollister aquella tarde?

—El lunes, a las cuatro y media, su ama de llaves se marchó a su casa, y Hollister estaba a punto de irse de viaje. Tenía el coche en el jardín. Le manifestó a la mujer que saldría, lo más tarde, a las seis. Pero no hemos podido localizarle todavía.

—¿Qué tal es el ama de llaves?

—Normal. De cuarenta años. Afirma que Hollister flirteaba con Lucille, y que ésta le sacaba los muebles que podía. Una alfombra oriental, un mueble antiguo y otras cosas.

—Por lo visto, no le tiene simpatía a la joven.

—Definitivamente, no.

Mason asintió con el gesto.

—Lo contrario sería más raro aún —comentó—. ¿En qué dirección iba el coche, teniente, cuando se despeñó? ¿Hacia arriba o hacia abajo de la carretera?

—Es difícil decirlo, a juzgar por las huellas. Hay un ensanchamiento del camino y luego el abismo. Las huellas son muy débiles, y casi en ángulo recto con la carretera. Pero el auto debía ascender desde Santa del Barra. Alguien puso el coche en primera, llevándolo hasta el borde de la carretera, y lo dejó despeñarse, después de saltar él mismo al suelo.

—Por tanto, ustedes han de buscar en todas las curvas y barrancos situados más arriba del declive...

—¿Más arriba?

—Naturalmente. Si alguien quiso disponer de algo, en el coche, y luego de éste mismo, debió primeramente ver el sitio por donde debía despeñarse el vehículo y, como es natural, dispondría del *objeto* después de haber localizado el lugar.

—Entonces, sería más abajo del declive. El coche vino de Santa del Barra.

—Exacto. Y el conductor debió, antes, buscar el lugar para disponer del coche.

Tragg reflexionó unos segundos.

—Pero el objeto pensado del que había que disponer, todavía estaría en el coche —objetó. De pronto se puso en pie de un salto—. Será mejor que me vaya.

—Bien, déjese caer por aquí de cuando en cuando.

—Lo haré, y gracias —pronunció el teniente Tragg, estrechándole la mano a Perry Mason.

Cuando hubo salido del despacho, Mason le guiñó un ojo a Della Street, por en medio del círculo de humo de su cigarrillo.

—Virtualmente, le ha prometido usted, jefe —sonrió la secretaria—, que el sargento Holcomb se arrepentiría de haber procedido a la identificación.

—¿Ha sacado esa impresión, Della?

—En cierto modo, sí.

—Entonces, Tragg debe haber pensado lo mismo.

Della frunció el ceño, estudiando la expresión de Mason.

—A usted le es simpático Tragg, ¿verdad? Personalmente, claro, no como policía.

—Es muy posible —concedió Perry Mason.

Capítulo 24

El sábado, nueve, a mediodía, Paul Drake llamó a Perry Mason, al teléfono privado del apartamento del abogado.

—Tengo noticias, Perry.

—Suéltalas —le ordenó Mason, desperezándose en el sillón extensible y pegando el auricular al oído.

—Han descubierto el cuerpo de Hollister.

—¿Dónde?

—A unos dos kilómetros más arriba del declive donde encontraron el coche.

—Bien, bien... —comentó Mason—, muy interesante.

—También le dispararon una bala en la frente, con una pistola automática, calibre 45.

—¿Muerte instantánea?

—Prácticamente, sí.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—Lo arrojaron por un barranco, y alguien bajó, empujó el cuerpo contra la pared del promontorio y trató de cubrirlo con tierra. Un entierro poco eficaz.

—Bien. Paul, esto es importante —exclamó Mason—. ¿Había algo raro en el cadáver... en su posición?

—Sí, estaba envuelto en una lona, con las rodillas junto al pecho, la cabeza inclinada hacia delante, y los hombros atados a las rodillas.

—¿Y la hora?

—El reloj del auto marcaba las seis con veintiún minutos. La policía opina que a Hollister debió matarlo alguien a quien recogió haciendo *auto stop*, el cual llevó el coche a una vereda lateral, le registró los bolsillos, lo ató y lo arrojó por el precipicio. Luego,

veintiséis minutos más tarde, se deshizo del auto. Hollister solía llevar un buen puñado de billetes. Y en sus bolsillos no había ni un centavo. Pero, claro, la policía no está completamente segura del asunto. Debido a su relación con Lucille Barton, se mueven con gran prudencia.

—O sea, que están confundidos...

—Creo que empiezan a aclarar la situación. Han acusado a Lucille de asesinato, y la vista preliminar se celebrará lo antes posible.

—Excelente —alabó Mason—. ¿Cómo hallaron el cuerpo, Paul?

—Por lo visto, el teniente Tragg tuvo una inspiración. Pensó que quien había despeñado el coche de Hollister habría liquidado a éste, que el auto había subido por la carretera desde Santa del Barra, y que luego había dado media vuelta. Estaba seguro de que el cadáver debía estar más arriba del lugar donde habían girado el coche, así que encontró un lugar de la carretera donde era posible efectuar tal maniobra, y comenzó a buscar por los barrancos. Incidentalmente, ha recibido muchas felicitaciones por una labor tan inteligente.

—Uno las mías a las de los demás —sonrió el abogado—. Se las merece. ¿No dijo cómo le vino la inspiración, Paul?

—No, fue deducción detectivesca por su parte.

—Ya. ¿Qué más hallaron en el cuerpo?

—Nada. ¿No es bastante?

—No.

—¿A qué te refieres?

—Si Hollister pensaba irse de viaje, debía llevar...

—Oh... ¿equipaje?

—Sí.

Drake calló unos instantes.

—Bravo, Perry —exclamó luego—. Creo que no había nada.

—Gracias por llamarme, chico. No creo que arresten a nadie hasta después de la vista preliminar de Lucille Barton. Te prometo unos fuegos artificiales allí, Paul.

—Me encantará verlos, Perry —repuso Drake de buen humor. Después, colgó.

Capítulo 25

Perry Mason avizoró la sala atestada y conferenció en susurros con Paul Drake y Della Street.

—Hamilton Burger, el fiscal del distrito, lleva la vista preliminar personalmente —les manifestó Mason—. Esto significa que desea atraparme y...

Se abrió la puerta situada a un lado del tribunal, y el juez Osborn penetró en la sala, tomando asiento detrás de la mesa.

—El Pueblo contra Lucille Barton —anunció—. Es la hora fijada para la vista preliminar. ¿Dispuestos, caballeros?

Hamilton Burger, grueso, solemne, digno, corpulento como un oso gris, se puso de pie al aparecer el juez, haciendo gala de su voz suave y untuosa que tanto efecto solía producir sobre el jurado.

—Estoy dispuesto, su señoría —repuso—. Primero, deseo establecer ante el Tribunal que la muerte de Hartwell L. Pitkin se halla, hasta cierto punto, envuelta en el misterio, pero en esta vista preliminar sólo es necesario demostrar que se ha cometido un crimen y que es razonable creer que la acusada fue la autora del mismo.

Se aclaró la garganta y prosiguió:

—Quiero que su señoría comprenda que espero que las pruebas de este caso aclararán algunos elementos del misterio, y añadiré que antes de terminar, probablemente solicitaremos orden de detención contra otra persona.

Y Hamilton Burger se volvió significativamente hacia Perry Mason.

—Estamos dispuestos, su señoría —declaró el abogado defensor—. Sólo pedimos la oportunidad de poder conocer las pruebas y contrainterrogar a los testigos del pueblo.

—Debo manifestar —se apresuró a decir Hamilton Burger— que nuestra labor en este caso se ha visto obstaculizada por el hecho de que el defensor de la acusada se ha interferido mucho desde el principio, incluso *antes* del asesinato de Hartwell L. Pitkin.

—Adelante con las pruebas —objetó Mason—, y no trate de influir con el Tribunal.

—No trato de influir en el Tribunal —protestó Burger, demostrando con su voz y su gesto la cólera que hervía en su interior—. Sólo intento explicarle al Tribunal que nos hemos visto obstaculizados en este caso desde sus comienzos. Nuestros testigos no han podido efectuar las identificaciones con toda libertad debido a las tácticas usadas por el defensor de la acusada.

—¿Qué tácticas? —inquirió Mason, asombrado.

—Negarse a ponerse de pie para que un testigo lo identificase, por un lado —enumeró Hamilton Burger, subiendo de tono, de forma que su voz resonó por todo el ámbito de la sala—. Y además, su señoría, el defensor salió de su despacho dentro de un cajón a fin de impedir los intentos de...

—¡Esto no es cierto! —tronó Mason.

—Caballeros, caballeros —intervino el juez Osborn—. Éste no es el momento ni el lugar de tales discusiones. Si tiene pruebas, señor fiscal, preséntelas...

—¡No las tiene ni puede tenerlas! —vociferó Mason.

—¡No diga que no las tengo ni puedo tenerlas! —se enfureció el fiscal, ensombreciéndosele el rostro—. Yo le demostraré si tengo o no tal prueba. Déme una oportunidad, y demostraré que usted huyó de su despacho dentro de un cajón, para que un testigo llamado Cari Evert Goshen no pudiera identificarle; demostraré que usted se marchó después al parador del *Buen Reposo*, con un guardaespaldas, donde trató de esconderse hasta que el testigo lo encontró y lo identificó.

—Bueno, demuéstremelo —le retó Mason.

—Y tan pronto como empiece a demostrarlo —observó Burger con sarcasmo—, usted objetará que esto no entra dentro del proceso. Tenemos las manos atadas y bien lo sabe.

—Si usted presenta testigos que puedan demostrar lo que ha dicho —ofreció Mason—, no opondré ninguna objeción.

—Vamos, caballeros —volvió a inmiscuirse el juez—. Hay que pensar en el Tribunal en este asunto. Nuestro programa es muy apretado. Ésta es una vista preliminar solamente y...

—Si su señoría permite que me aproveche del ofrecimiento del abogado defensor —le interrumpió Hamilton Burger—, convenceré al Tribunal de que el tiempo consumido presentando esta evidencia es el más importante de todo el que se ha pasado su señoría en este estrado. Descubriré el subterfugio de la fuga del señor abogado. Demostraré cómo es el señor Mason, con todos sus colores.

El juez Osborn dejó caer el mazo sobre la mesa.

—Debe abstenerse de insultar personalmente, señor fiscal.

—Pido disculpas al Tribunal —rectificó Hamilton Burger, con dificultad—. Creo que he perdido el dominio de mí mismo, debido a las tácticas que he visto en este caso. El abogado defensor ha efectuado un ofrecimiento. Y de manera pública. No creo que se atreva a sostener tal oferta, pero me gustaría...

—Puede presentar sus pruebas —convino el juez—. El Tribunal no desea que se malgaste el tiempo con materias extrañas, pero creo que conoce bastante bien a este Tribunal para saber que todo intento legítimo de llegar al fondo de la verdad será bien recibido.

—Gracias —expresó el fiscal—. El abogado defensor ha prometido que no objetará. Mostraré la prueba preliminar del *corpus delicti*, demostrando que Hartwell L. Pitkin era un empleado del señor Stephen Argyle, en calidad de chófer y mayordomo; que el día cinco de este mes fue asesinado, por medio de un «Smith y Wesson», número S-65088. Llamo al teniente Tragg como testigo.

Tragg sentóse en el estrado de los testigos y atestiguó sobre sus relaciones con la policía y, particularmente, acerca de su calidad de teniente de la Brigada de Homicidios; luego, declaró que el cinco lo habían llamado para que acudiera a un garaje situado al fondo de un edificio, el 719 de South Gondola, y que allí encontró el cadáver de Hartwell L. Pitkin.

Tragg prosiguió con la descripción del cadáver, la forma en que fue hallado y lo que él había hecho.

—¿Había un revólver junto a la mano derecha del cuerpo? —interrogó Burger.

—Sí —asintió el teniente—. Era un «Smith y Wesson», calibre

38, número S-65088. Habían intentado limar todos los números, pero había uno intacto, seguramente por descuido. El cilindro contenía cinco cartuchos cargados y una cápsula vacía.

—¿Es ésta el arma? —preguntó Hamilton Burger, exhibiendo el revólver.

—Sí.

—Pido que se marque el revólver para su identificación, su señoría.

—Así se hará.

—Ahora, teniente, ¿afirma usted que este revólver fue hallado junto al cadáver?

—Sí, señor, pero la prueba de la parafina demostró que el difunto no había tocado el arma. Asimismo, que se había producido una gran hemorragia por la herida de la frente. El revólver estaba *encima del charco de sangre*. No había sangre en el arma, salvo en el lado *inferior*. Y había salpicaduras de sangre en la mano del cadáver, pero no en el arma, así como tampoco había huellas dactilares en la misma, por el exterior.

—¿Y en el interior? —inquirió el fiscal.

—En la parte interior hallamos una huella dactilar, que más tarde identificamos como la huella del dedo índice de la mano derecha de un hombre.

—¿A quién pertenecía ese dedo? —quiso saber Burger.

—A Perry Mason.

—¿Tiene aquí la impresión de esa huella?

—Sí, señor.

—Su señoría —Burger se expresaba en son de disculpa—, tal vez sea ésta una forma irregular de introducir una evidencia. Técnicamente, yo hubiera debido presentar una fotografía de la huella, después de imprimir las de los dedos del señor Mason y compararlas, pero en vista de que no parece existir la menor duda respecto a la identificación de la impresión, y de que...

—No pienso objetar —le interrumpió Perry Mason—. Adelante. Señor fiscal, puede obrar como guste.

—Gracias —agradeció Burger con sarcasmo—. Bien, teniente Tragg, si tiene las impresiones las presentaremos como prueba. Prueba A del pueblo, la huella hallada dentro del revólver. Prueba B

del pueblo, una impresión tomada del dedo índice de la mano derecha del señor Mason. Ahora, describa las circunstancias en que tomó esa huella del dedo índice del señor abogado.

—Fue el día seis, jueves —empezó Tragg—. Fui a la oficina del señor Mason con un tal señor Goshen...

—¿Su nombre exacto?

—Cari Evert Goshen.

—¿Sostuvo usted allí alguna conversación con el señor Mason?

—¿No se sale esto un poco del procedimiento, señor fiscal? —intervino el juez Osborn.

—Creo que todo está relacionado, su señoría —repuso Burger—. El señor Mason no objeta, además.

—Comprendo la posición del señor Mason. Sin embargo, no deseo escuchar evidencias de oídas.

—No es de oídas. Estamos llegando precisamente al meollo del caso.

—Bien, continúe y proceda.

—El señor Goshen estaba con usted, teniente Tragg —prosiguió Hamilton Burger—. ¿Alguien más?

—La acusada, Lucille Barton, un caballero llamado Arthur Colson, que aparentemente se había interesado por la compra del revólver, y un agente de paisano.

—¿Permitió el señor Mason que le tomaran las huellas dactilares?

—Sí.

—¿No hizo ningún comentario sobre el hecho de hallarse una huella suya dentro del revólver?

—Admitió que había utilizado una llave, que dijo haber recibido por correo, para entrar en el apartamento de Lucille Barton, el día del asesinato.

—Vamos, caballeros —interrumpió el juez—. A pesar de que la defensa no se oponga, creo que...

—¡Pero admitió haber visto el arma en el apartamento de la acusada! —protestó Burger.

—Un arma —le corrigió Mason.

—Bien, un arma semejante a este revólver —replicó Burger—. Ciertamente, esto es significativo y pertinente.

—Sí, supongo que sí —concedió el juez—. Continúe.

—Le indiqué al señor Mason que el señor Goshen era un testigo que había visto a dos personas enfrente del garaje donde se encontró el cadáver —reanudó el teniente Tragg su declaración—, aproximadamente a la hora del crimen. El señor Goshen ya había identificado previamente a una de las dos personas. Era una mujer que iba acompañada por un hombre que respondía a la descripción del señor Perry Mason. Le pedí a éste que se levantase para que el señor Goshen viese si se trataba de la misma persona, y el señor Mason se negó a ello.

—¿Se negó a levantarse? —se admiró Hamilton Burger, con voz enfática que demostraba su incredulidad—. ¿Quiere decir que el señor Mason, un abogado legal, se negó a permitir que un testigo lo examinase para ver si podía identificarlo como el caballero que acompañaba...?

—La pregunta es argumentativa, y ya ha sido preguntada y contestada —intervino el juez—. El Tribunal desea mantener los procedimientos dentro de los cánones legales. Naturalmente, es una situación peculiar que un abogado defensor se niegue a objetar.

Y el juez Osborn miró con desaprobación a Mason.

—Su señoría —exclamó éste—, el fiscal del distrito desea atacar, obviamente, mi reputación con burdas insinuaciones. Naturalmente, sabe que la presa se halla presente en esta vista. Sé muy bien que dejando pasar sin objeción sus presunciones, puedo dar la impresión de estar luchando para suprimir hechos reales. Por tanto, quiero que todo se ventile, y si tiene algunos hechos, que los presente.

—Bien —accedió el juez—, pensándolo bien, comprendo su posición, señor Mason. Sin embargo, no puede utilizarse este Tribunal para desprestigiar a un ser humano.

—No se trata de desprestigios, su señoría —refutó Hamilton Burger—. Estamos llegando al fondo de la situación.

—De acuerdo, adelante, empiece a cavar para llegar al fondo —asintió el juez.

—¿Efectuó usted otros intentos para que el testigo Goshen identificara al señor Mason?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Dejé al señor Goshen en mi coche, y estuvimos esperando delante del edificio donde el señor Mason tiene su oficina. Yo trabajé en colaboración con los chicos de la prensa, que vigilaban la entrada de servicio, dispuestos a avisarme tan pronto el señor Mason se dispusiera a salir a la calle.

—¿Y qué hizo el señor Mason?

Tragg sonrió antes de contestar.

—Se escondió dentro de un cajón y fue transportado por la puerta posterior como una mercancía.

En la sala hubo un coro de carcajadas.

—¿Identificó más tarde el señor Goshen al señor Mason? —inquirió Burger.

—Yo no estuve presente en aquel momento —declaró Tragg—. Fue uno de mis colegas, el sargento Holcomb, quien fue testigo del hecho.

—Contrainterrogatorio —ofreció el fiscal.

Mason se puso de pie.

—¿Cómo sabe que yo salí del edificio dentro de un cajón, teniente? —preguntó simplemente.

—Bueno... —tartamudeó Tragg—, tal vez deba corregir mi declaración. En realidad, me enteré de ello por los periódicos y lo que me contaron. Yo no le vi a usted salir dentro del cajón. De lo contrario, yo... —calló y sonrió.

—¿Habló usted con alguien que me viera dentro del cajón, teniente?

—No.

—¿Tiene motivos para creer que yo me hallaba dentro del cajón?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Fue el único medio en que usted pudo salir del edificio sin ser visto.

—Permítame que le rectifique, teniente. Probablemente, usted no se dé cuenta, pero lo cierto es que yo me hallaba en la oficina de Paul Drake, donde estuve hasta muy tarde, hasta mucho después de que el cajón saliese del edificio. De haber hablado con el conserje del edificio y, particularmente, con el ascensorista, se habría

enterado de que bajé por el ascensor, acompañado por un empleado del señor Drake, un tal Jerry Lando que, incidentalmente, se encuentra en la sala y puede ser interrogado al respecto.

Tragg puso una expresión de completo asombro.

—Quiere usted decir...

—Exactamente lo que he dicho, teniente. Le sugiero que hable con el señor Lando antes de pronunciar más acusaciones, fundadas en chismorrerías. Y muchas gracias, teniente Tragg. He terminado este contrainterrogatorio.

Tragg y Burger intercambiaron miradas. El primero descendió del estrado de los testigos, y al llegar al centro de la sala preguntó en voz alta:

—¿Dónde está Jerry Lando?

—Aquí —contestó el aludido, poniéndose de pie.

—No importa —rechazó el fiscal, tratando de ocultar su embarazo en una actitud de beligerancia—. Convoco al sargento Holcomb, y aclaremos rápidamente este asunto.

El sargento Holcomb avanzó majestuosamente, levantó la mano y prestó juramento, y con una sonrisa de satisfacción anticipada, se acomodó en la silla de los testigos.

Hamilton Burger le efectuó unas cuantas preguntas preliminares, referentes al nombre, edad, residencia, ocupación, y después pasó a otros asuntos más importantes.

—Sargento, ¿recuerda dónde estuvo el día seis por la noche? Creo que era jueves...

—Lo recuerdo —respondió Holcomb, sonriendo—. Localicé a Perry Mason en el parador del «Buen Reposo», con un testigo, el señor Goshen, que me acompañaba. Fuimos a efectuar una identificación y la obtuvimos.

El sargento Holcomb sonrió ampliamente al recordar aquel magno suceso.

—¿Qué ocurrió estando usted allí? —inquirió Burger.

—Llegamos al parador en un coche de la policía, y por lo visto, la prensa estaba bien enterada de todo. Allí se habían reunido varios fotógrafos. Nos tomaron fotos al llegar. Lo hicieron antes de que me fuese posible impedirselo.

—¿Y qué más sucedió?

—Cuando los «flashes» empezaron a estallar, Mason, que estaba en el pabellón número 6, evidentemente acompañado por Jerry Lando, porque fue éste quien firmó en el registro de viajeros y dio la matrícula de su coche... Bueno, el señor Mason salió corriendo, y cuando vio a tantos fotógrafos se echó el sombrero a la cara, tratando de evitar que le retratasen, pero todos estaban ya disparando las cámaras. Al ver que estaba atrapado, dio media vuelta y anduvo hacia el pabellón.

—¿Le siguió usted hasta allí?

—No, señor.

—¿Por qué no?

El sargento Holcomb sonrió antes de responder.

—Porque no era necesario. Ya había logrado mi propósito. El testigo Goshen, que estaba conmigo, vio a Mason salir del pabellón, le vio andar y correr, observó su talla y su corpulencia, y le identificó plenamente como el hombre que viera delante del garaje a la hora del asesinato. Anteriormente, ya había identificado a la acusada, Lucille Barton.

—Ésta es una forma altamente irregular de presentar pruebas —protestó el juez Osborn—. El testigo Goshen ha de ser quien declare.

—Sí, su señoría, después —aseguró Hamilton Burger—. Ahora, estoy simplemente aceptando el desafío del señor Mason, demostrando que poseo pruebas, tal como dije. Y el Tribunal observará que esta demostración solamente ha durado veinte minutos.

—Muy bien —se conformó el juez—. Naturalmente, se trata de una situación irregular, puesto que el abogado defensor permite que se presenten estas pruebas «de oídas», sin objetar.

—No es de oídas, su señoría —objetó el sargento—. Yo estaba a su lado cuando el testigo Goshen efectuó la identificación. Y oí lo que dijo.

—Exactamente, de «oídas» —repitió el juez—. Usted no sabe si el hombre del garaje era Perry Mason. Sólo sabe lo que dijo el testigo. Y éste debe declarar por sí mismo.

—Lo hará —se apresuró a intervenir el fiscal—. Será mi próximo testigo, con el permiso del Tribunal.

—Muy bien, acabe, pues, con este testigo.

—He terminado —proclamó Hamilton Burger con tono triunfal.

El sargento Holcomb se dispuso a abandonar su asiento.

—¡Un momento! —saltó Mason—. Quiero formular unas preguntas respecto a esa identificación en el motel de «El Buen Reposo», sargento. ¿Hace tiempo que me conoce usted?

—Sí.

—¿Me reconoció usted cuando, según usted, salí corriendo del pabellón, y usted le dijo a Goshen: «Allí está. Es Mason», o algo por el estilo?

—Creo que no dije nada de eso. Goshen le reconoció a usted tan pronto como le vio.

—Tal vez cree que no lo dijo... pero *sí* lo dijo.

—Quizá.

—¿El hombre que salió del pabellón llevaba el sombrero echado a la cara?

—*Usted* llevaba *su* sombrero echado sobre la cara, tratando de impedir que los fotógrafos lo retratasen.

—Y luego, el hombre dio media vuelta y anduvo hacia el pabellón.

—Exacto. Esto es exactamente lo que *usted* hizo.

—¿Qué distancia corrió aquel hombre hasta que dio media vuelta y empezó a andar?

—Unos treinta metros, tal vez.

—¿Había varios fotógrafos allí?

—Sí.

—¿Cómo sabe que eran fotógrafos de la prensa?

—Bueno, ya... yo...

—En otras palabras, usted supuso que lo eran. ¿No es así?

—Pues sí —respondió Holcomb enfurecido y con sarcasmo—. Yo no soy más que un policía idiota, pero cuando un periodista me da un soplo, cuando veo a un grupo de chicos con cámaras de prensa y reflectores, soy lo bastante crédulo para pensar que son periodistas. ¡Tonto de mí!

—Ah, ¿de modo que un periodista le dio un soplo?

—Bien... tengo mis métodos.

—¿Y cómo supo que yo estaba en el parador?

—Me lo dijo un pajarito.

—Y cuando usted llegó allí había media docena de fotografías.

—Sí.

—¿Le fotografiaron a usted?

—Sí.

—¿Puede acordarse de alguno? ¿Los conocería si volviese a verlos?

—Pues... no sé —el sargento Holcomb pareció aturdido—. Yo... eh...

—Si puede identificar al hombre que salió corriendo del pabellón, ¿por qué no puede identificar a algunos de los fotografías?

—En realidad, esto es un poco difícil cuando se está deslumbrado por la intensísima luz de los reflectores y «flashes»...

—Oh, de modo que usted estaba deslumbrado —repitió Mason.

—No lo bastante para no reconocerle a *usted* —protestó el sargento.

—Ya —sonrió Mason—. Los «flashes» lo deslumbraron lo suficiente para no poder ver a nadie, excepto a mí.

—No he dicho tal cosa.

—Entonces, ¿puede describir a los fotografías?

—A algunos.

—Hágalo, por favor.

—Bueno —empezó el sargento Holcomb—, a mi lado había uno, el que me fotografió primero. Llevaba un abrigo negro.

—¿De qué edad?

—No pude verlo, mirándolo de reojo. Era joven.

—¿De qué estatura?

—Oh... bastante alto... quizá como usted.

—¿Y muy corpulento?

Holcomb contempló a Mason, meditando.

—Pues... también como usted.

—¿Le habló usted?

—No... Yo le miraba a usted, que en aquellos momentos salió del pabellón. Estaban encendidos los faros del coche y usted corrió directamente hacia ellos, poniéndose el sombrero echado sobre el rostro, y... actuando de la misma manera como un astuto abogado atrapado en la red de su propia trampa.

—¡Basta! —gritó el juez, dejando caer el mazo—. Esto es completamente irregular. Sargento Holcomb, debiera conocer los reglamentos.

—Bien —replicó el aludido con furor en sus ojos—, el señor Mason trata de insinuar que no le vi.

—Sin embargo, se ha mostrado usted sumamente incorrecto —continuó el juez—. Mientras esté ante este Tribunal, sargento, se limitará a contestar a las preguntas que se le hagan. De lo contrario, el Tribunal adoptará una acción disciplinaria, ¿entendido?

—Sí, señoría —masculló Holcomb.

—¿Vio usted al hombre que estaba al lado del coche y que le retrató a usted al llegar? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Recuerda qué hacía usted cuando le tomaron la foto?

—Lo recuerdo exactamente —respondió el sargento—. Estaba inclinado hacia delante, cerrando el contacto y el botón que controla el cuadro y sus luces, por lo que Goshen obtuvo una vista mejor; bueno, él podía mirar a través del parabrisas sin estar tan deslumbrado.

—Le enseñaré una foto, sargento Holcomb —persistió Mason en su intento—, y le preguntaré si es la misma que le tomó en aquel momento el fotógrafo que se hallaba de pie, junto a su coche. Observe —añadió, cuando Holcomb examinaba ya la fotografía— que el testigo Goshen está sentado en el auto y que usted está inclinado hacia delante...

—¡Es la misma foto! —afirmó Holcomb—. La que me tomaron en aquel momento.

—¿Fue aquélla la única vez que usted se inclinó hacia delante, cuando cerró el contacto y las luces del cuadro?

—Exacto. Es la fotografía que tomó el sujeto que estaba a mi lado, fuera del coche.

—¿Y su «flash» no le deslumbró?

—No —negó el sargento—. Tengo unos ojos muy buenos. Estoy acostumbrado a conducir de noche y los faros de los otros vehículos no me molestan. Puedo ver bien a través de un haz de luz... No, señor, aquellos «flashes» no me molestaron en absoluto. No me impidieron ver cuanto estaba ocurriendo.

—Bien, casi en aquel momento —prosiguió Mason—, hubo otro fotógrafo directamente delante del automóvil que tomó una foto a través del parabrisas, ¿no es cierto?

—Creo que sí, pero no puede usted hacerme declarar que aquellas luces me deslumbraron, porque no fue así.

—No, no, no pretendo tal cosa —negó Mason, sonriente—. Trato sencillamente de identificar el orden en que fueron tomadas las fotos. Aquí tenemos otra que le muestra a usted inclinado hacia delante en el coche, aparentemente antes o inmediatamente después de que el fotógrafo que se hallaba a su izquierda le tomara la foto. Sin embargo, ésta fue hecha por delante, a través del parabrisas.

—Exacto —asintió el sargento.

—En la foto se le ve a usted, al testigo Goshen, y al fotógrafo que tomó la primera fotografía, al que estaba fuera del coche, a su izquierda. ¿Es así?

—Sí.

—De acuerdo —aprobó Mason—. Marcaremos estas fotografías como prueba A y prueba B de la defensa.

El secretario del Tribunal procedió a su clasificación.

—Ahora —continuó Mason—, aproximadamente en aquellos momentos, ¿tomaron fotos del hombre que salió corriendo del pabellón, los demás fotógrafos?

—Usted no salió entonces del pabellón —le corrigió el sargento—. No puede atraparme en esto, Mason. Los fotógrafos se agruparon en torno a mi coche cuando llegué. Entonces el resplandor de los «flashes» le hicieron comprender a usted que ocurría algo. Salió del pabellón corriendo como un conejo perseguido. Y cuando se vio delante de todo aquel enjambre de gente, dio media vuelta y regresó entonces al pabellón, pero no hasta que Goshen hubo tenido la oportunidad de identificarle.

—¿Y cuando aquel personaje avanzó corriendo, los fotógrafos le retrataron?

—Exactamente, le retrataron a *usted*.

—¿Con el sombrero ladeado?

—Con el sombrero ladeado.

—Bien, ahora —prosiguió el abogado— le enseño una foto que me gustaría quedase numerada como la prueba C de la defensa, en

la que se ve a una figura corriendo fuera del pabellón, con un sombrero ocultándole casi el rostro.

—Exacto —asintió el sargento, estudiando la foto—. Es una buena instantánea. Aquí se le ve a *usted* corriendo, con el sombrero caído sobre su rostro.

—Perfecto —sonrió Mason—. Ya tenemos la prueba C de la defensa. Ahora, le enseñaré la prueba D de la defensa, sargento Holcomb, y observará usted que en ella se ve a un hombre corriendo, pero ligeramente desde un lado. También se distingue al fotógrafo que tomó la fotografía C.

Holcomb examinó la fotografía.

—Sí. Parece que esta foto se tomó casi de lado. Muy bien.

—Pero —objetó Mason—, fíjese, sargento, que en esta foto marcada con la letra D para su identificación, la angularidad de la cámara quedó un poco ladeada, de modo que las facciones del hombre que corre se distinguen con más claridad que en la fotografía C.

—Sí, eso parece —admitió Holcomb.

—Prosigamos —sonrió Mason—. Le estoy enseñando ahora la prueba E, que muestra a la figura corriendo con el sombrero caído sobre la cara, y también a los fotógrafos que tomaron las fotos C y D.

—Sí —asintió Holcomb mecánicamente.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Es mejor que vuelva a estudiar esta foto —le indicó Mason—. Ahí puede ver claramente el perfil del hombre. ¿Cree que es mi retrato, sargento?

Holcomb, de repente, cogió con más fuerza el retrato.

—¡Un momento! Será mejor que me ponga las gafas... —sacó del bolsillo unos lentes, que se puso sobre el caballete de la nariz, y volvió a contemplar la foto. De pronto exclamó—: ¡No, no es usted! ¡Esto es un truco! ¡Es otro hombre!

—Exactamente —asintió Mason, apaciblemente—. Ahora, si se digna usted estudiar la fotografía B, sargento, y mira al hombre que está de pie, al lado del coche, con una cámara en la mano, cuando usted se inclinaba hacia delante, creo que lo reconocerá.

—Un momento... un momento —intervino Hamilton Burger—. Quiero ver esas fotos. ¿Qué pasa aquí?

—Venga y mírelas —le invitó Mason.

—No estoy de acuerdo —proclamó de pronto el sargento—. Esta fotografía está trucada.

—¿Por qué piensa que está trucada, sargento? —sonrió Mason.

—Porque no sucedió así. Se trata de otra de sus añagazas, Mason.

—Será mejor que tenga cuidado con sus acusaciones, sargento —le recordó el abogado—. Tenemos seis testigos de confianza que pueden atestiguar cómo ocurrió todo. ¿Ve algún indicio en esta foto que demuestre que está trucada?

—No entiendo mucho de fotografías —se disculpó Holcomb.

—¿Entonces, cómo sabe que está trucada?

—Porque no es... porque la cosa no sucedió así.

—Oh, sí —le corrigió Mason—. Y permítame recordarle, sargento, que está usted aquí bajo juramento. Cuando llegó usted delante del pabellón, los fotógrafos se agruparon en torno a su coche y empezaron a fotografiarle, con gran abundancia de «flashes», ¿no es cierto?

—Ya lo he dicho.

—Bien, recuerde que está bajo juramento —repitió Mason—. ¿No es cierto, sargento, que el efecto de aquellos destellos de las cámaras le cegó a usted de forma que se quedó incapacitado temporalmente para ver claramente... particularmente los objetos que estaban en la penumbra a un lado del coche?

—Ya le he dicho que yo no miraba especialmente aquellos... objetos —declaró Holcomb—. Miraba hacia el pabellón, porque justo en aquel momento se abrió la puerta y... y...

—Siga —le animó Mason, sonriendo—. Y recuerde que ha jurado, sargento, y que hay seis testigos que pueden testimoniar lo que pasó allí.

—La puerta se abrió —prosiguió el sargento, suavemente—, y salió aquel hombre corriendo.

—¿Con la cara oculta por el sombrero?

—Sí.

—¿No pudo verle la cara?

—Bueno, yo...

—¿Vio o no vio su cara en definitiva? —quiso especificar Mason.

—No, no vi su cara.

—¿Entonces, cómo sabe quién era?

—Creí... creí reconocerle por su forma de correr y andar, y...

Bien, me habían comunicado que Perry Mason se ocultaba allí y...

—Exactamente —sonrió Mason—. Usted esperaba que saliera yo. Por tanto, cuando vio salir a un hombre corriendo y actuando como usted esperaba que actuase yo, en tales circunstancias, usted...

—Objeto a esto, su señoría —intervino Hamilton Burger—. Esto es incompetente, irrelevante o inmaterial. Es argumentativo. No es contrainterrogatorio en regla.

—Vaya, vaya, miren quién objeta ahora —rió Mason, muy divertido.

—Creo que las fotos hablan por sí mismas —razonó el juez.

—Bien, con el permiso del Tribunal —anunció Hamilton Burger—, éste es un truco que se ha empleado con mala fe con un testigo. Un truco como los que suele emplear siempre ese defensor. Es...

—Seguro, es un truco —admitió Mason—, pero un truco que no confundiría a un testigo honrado. Los ojos del sargento Holcomb estaban deslumbrados por aquellas luces, tal como yo suponía. Pero no ha sido ni franco ni sincero para reconocerlo, a pesar de estar en el estrado de los testigos bajo juramento, obligado a decir la verdad o ser culpable de perjurio. Hay seis personas que tomaron estas fotos y que las identificarían. Y ahora, deseo establecer aquí, de modo perentorio, y por boca del sargento Holcomb, si era yo la persona que salió corriendo de aquel pabellón, o si, en cambio, era yo el fotógrafo que estuvo de pie, al lado de su coche, tomando su fotografía. ¿Qué dice, sargento?

El rostro del sargento era un cuadro de desaliento.

—Oh, su señoría —exclamó Burger—, esta pregunta es absolutamente...

—Rechazada la objeción —sentenció el juez—. El testigo responderá a la pregunta.

—¿Qué dice, sargento? —repitió Mason, sonriendo ante el desconcierto del testigo—. Y recuerde que tenemos las fotos y los fotógrafos para refutar cualquier falso testimonio.

—No lo sé... no sé nada —confesó el sargento.

—Gracias —le agradeció Mason—. Con esto concluye mi contrainterrogatorio, sargento. Creo, señor fiscal, que usted deseaba hacer declarar como testigo al señor Goshen. Bien, oigámoslo.

—Su señoría —protestó Burger—, estos modales...

—El abogado defensor le ha recordado solamente una promesa que usted hizo —le atajó el juez Osborn, sonriendo con frialdad—. Naturalmente, admito que sus modales tal vez son más dramáticos de lo que requiere la situación, pero... Bien, continúe con su caso, señor fiscal.

—Me gustaría pedirle al Tribunal unos minutos de descanso —suplicó Hamilton Burger—. He de conferenciar brevemente con mis ayudantes. La situación actual me ha pillado de sorpresa.

—Y yo repito, su señoría —se indignó Mason—, que el letrado ha prometido repetidamente presentar al señor Goshen en el estrado de los testigos. Y me gustaría que lo hiciese ahora, antes de que tenga oportunidad de coaccionarle.

—¡Protesto! —tronó Hamilton Burger—. No tengo intención de coaccionar al testigo. No lo necesito.

—Entonces llámeme —le desafió Mason.

—He pedido cinco minutos de descanso.

—Y yo me he opuesto a la demanda —le recordó Mason.

—Se deniega la petición —decidió el juez—. El Tribunal no halla motivos para un descanso.

—Muy bien —se avino el fiscal—. Entonces, llamo a Roscoe R. Hansom al estrado de los testigos.

—Creí que iba a llamar a Goshen —protestó Mason.

—No tengo que seguir sus instrucciones ni las de nadie para llevar mi caso adelante —refutó Hamilton Burger—. ¡Puedo llevarlo como quiera!

—Hace unos momentos me estaba usted retando, señor fiscal —recordóle Perry Mason—, y ahora soy yo quien le reta a usted. Le reto a que siente en el sillón de los testigos al señor Goshen, tal como prometió, antes de que tenga la oportunidad de hablar con él respecto al desarrollo de la vista.

—He llamado al señor Roscoe R. Hansom —contestó el fiscal, con el rostro ensombrecido—. ¿Quiere avanzar el señor Hansom,

por favor?

Mason sonrió.

El juez Osborn apretó firmemente los labios, en una línea recta.

Hansom se presentó como el propietario de la Compañía Mercantil Río Rushing, habló de la venta del revólver y dio la descripción general de la persona que lo adquirió. Exhibió el registro y la firma del adquirente. El revólver, que ya había sido marcado para su identificación, fue recibido como prueba C del pueblo.

—¿Ha vuelto a ver a ese caballero? —interrogó el fiscal.

—Sí.

—¿Quién era?

—Se llama Arthur Colson. Le vi en la fiscalía el día 6 por la mañana.

—Contrainterrogatorio —anunció Burger.

—No hay preguntas —rechazó Mason—. ¿Llamará ahora al señor Goshen?

—Su señoría, protesto por tanta insistencia —vociferó Hamilton Burger.

—Usted se lo ha buscado —le recordó el juez.

—Pero, su señoría, esto es inadecuado.

—Lo es —concedió el juez—, pero le diré algo, señor fiscal. Puede dar rodeos, si gusta. Puede llevar el caso como mejor le plazca. Pero cuando se llega a un punto principal la prueba hay que dejarla a discreción del Tribunal. Y tengo entendido que este asunto de la identificación por parte del testigo Goshen es material. Sí, muy material, por no decir trascendental, para el caso.

—Sí, su señoría.

—Y usted prometió, en realidad amenazó, que iba a llamar al testigo Goshen al estrado, a fin de probar cierta declaración efectuada por usted mismo en su discurso de apertura de la vista ante este Tribunal. Bien, el juez que preside no nació ayer, y sabe que si usted demora ciertos asuntos hasta la hora del aplazamiento de la vista, sus razones tendrá. Y para este Tribunal, estas tácticas debilitan enormemente el testimonio del testigo Goshen. Naturalmente, esto es un puro comentario, pero usted se lo ha buscado, señor fiscal. Le estoy diciendo lo que pienso. Aquí no hay

jurado. Se trata sólo de una vista preliminar. O sea que se trata de un asunto que está exclusivamente a discreción del Tribunal y ésta es la forma en que éste piensa. Ahora, continúe con su caso.

Hamilton Burger se aclaró la garganta, vaciló unos instantes y, por fin, exclamó:

—¡Llamo al testigo Goshen al estrado!

El nombrado avanzó y, después de las preguntas preliminares, las que se llaman las «generales de la ley», declaró que habitaba la casa contigua al número 719 de South Gondola. Se acordaba muy bien de la tarde del día cinco y, en particular, de su enojo por un automóvil que había estado petardeando y alborotando en el barrio con una serie de explosiones que indicaban un mal funcionamiento del carburador o alguna otra parte del motor.

—¿Qué hizo usted entonces? —interrogó Hamilton Burger.

—Abrí la ventana, intentando decirle a su dueño que parase el maldito motor o lo arreglase —repuso Goshen.

—¿Y se lo dijo?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Porque en aquel momento se paró el motor.

—¿Vio usted el coche y quiénes iban en él?

—Sí, señor.

—¿A qué distancia estaban?

—Bueno, no iban dentro del auto, sino que cruzaban el callejón que conduce al garaje. Diría que a unos setenta metros.

—¿Estaban iluminadas las figuras?

—Los faros del auto estaban encendidos y pude ver las figuras moviéndose a su alrededor. Luego, miraron en el garaje y... ¡Bien, las vi de espaldas y me fijé en cómo vestían!

—¿Podría describir dichas figuras?

—Sí, señor. Una era Lucille Barton, la acusada. Llevaba un abrigo sencillo a cuadros, y un sombrero negro, con una pluma roja. Un sombrero que llevaba algo inclinado a la derecha. Las mismas prendas que usaba cuando me la presentó la policía.

—¿Y la otra figura?

—Bueno... —vaciló Goshen, cruzando las piernas y rascándose la calvicie con una mano—, aquí ya me pone usted en un apuro.

La sala prorrumpió en una carcajada.

—Tiene usted un par de ojos —le soltó el fiscal, frunciendo el ceño—. ¿No sabe lo que vio?

Goshen se frotó la frente antes de contestar.

—También tengo dos orejas, y sé lo que he oído.

Hasta el juez Osborn se unió a las risas que conmovieron el local.

Cuando se hubo restablecido el orden, Hamilton Burger tomó la palabra.

—Bien, cuente lo que vio, lo mejor que pueda.

—Divisé a un hombre alto, pero no logré verle el rostro. Era, como digo, alto, atlético, aparentemente, bastante joven, por la forma como se movía, no mucho, pero con facilidad de movimientos. Andaba a largas zancadas, sus piernas eran largas y llevaba un sombrero gris y un abrigo de color de azafrán.

—¿Ha vuelto a ver a ese hombre? ¿Puede identificarlo?

—Pues... —Goshen tartamudeó y volvió a frotarse la calva—. No lo sé.

Los asistentes a la vista murmuraron fuertemente y el juez Osborn reclamó silencio.

—¿Pero puede identificar positivamente a la acusada? —preguntó Hamilton Burger.

—Objeto a esta pregunta por orientadora, sugeridora y por suponer un hecho que no está en evidencia, es argumentativo y pone unas palabras en la boca del testigo —protestó Mason.

—Se acepta la objeción.

—Bueno —Hamilton Burger tragó saliva—, ¿sabe usted definitivamente cómo iba vestida?

—Sí, señor.

—¿Y reparó en su estatura, peso, edad y aspecto general?

—Sí.

—¿Eran en todo semejantes a los rasgos de la acusada?

—Sí.

—Vayamos con el hombre. ¿Tenía, por ejemplo, la misma estatura de alguien a quien está usted viendo?

—Objeto por orientadora y sugeridora.

—Admitida la objeción.

—¿Puede describirle?

—Objeto por ser una pregunta ya formulada y contestada.

—Objeción aceptada.

—Contrainterrogatorio —ofreció Hamilton Burger, exasperado.

Mason se puso de pie.

—A usted *le pareció* volver a ver a la misma persona, ¿verdad?

—Eso creí, señor Mason. Fue por la forma como lo describió el sargento Holcomb.

—En otras palabras, la figura que usted vio en el garaje aquel atardecer era un hombre de la misma estatura, corpulencia y peso, y que llevaba unas prendas semejantes a las del hombre que vio usted surgir del pabellón de aquel parador.

—Sí.

—¿Pero usted no vio el rostro de dicho hombre?

—No, señor.

—¿Y en el garaje, le vio sólo de espaldas?

—Sí.

—De modo que todo lo que sabe es que era un hombre alto y corpulento, con un sombrero gris y un abrigo claro.

—Sí.

—Y cualquier tipo alto, de la misma corpulencia, vestido con las mismas, o semejantes prendas, le parecería a usted el hombre del garaje.

—Bueno... no lo creo. Probablemente podría identificarle.

—Usted ya lo identificó, ¿verdad? —le recordó Mason.

—¿Cómo?

—Ya ha escuchado el testimonio del sargento Holcomb, según el cual usted señaló al hombre que salió corriendo del pabellón.

—En aquella ocasión me equivoqué —confesó Goshen, sonrojándose.

—¿Por qué piensa que se equivocó?

—Porque, evidentemente, era otra persona que habían plantado allí.

—¿Por qué piensa que se equivocó? —repitió el abogado, fulminantemente.

—Pues... ¡Dios mío, señor Mason! Usted ha demostrado que no era usted.

—O sea, a usted le dijeron que el hombre del garaje sólo podía ser Perry Mason.

—Bien... esto es lo que la policía parecía opinar.

—¿Y se lo dijeron?

—Sí.

—Y cuando vio salir corriendo a aquel hombre del pabellón, le dijo al sargento Holcomb: «éste es el hombre», ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Vio a aquella figura corriendo hacia los faros del coche y luego dar media vuelta y regresar al pabellón?

—Sí.

—¿La vio con tanta claridad como a la figura que estaba cruzando el callejón hacia el garaje?

—Pues... en realidad, aquellas luces de los «flashes» me tenían un poco deslumbrado.

—¿Pero divisó bastante bien a la figura, lo suficiente como para desear identificarla?

—Sí...

—¿Y la identificó?

—Sí.

—¿Y ahora cree que cometió un error?

—Creo que sí.

—Lo cree porque la figura no era la que los policías le dijeron que usted debió ver en el garaje.

—Yo... no sé qué decir, señor Mason, pero supongo que caí en una trampa y... supongo —añadió toscamente— que me he pillado los dedos.

Hasta el juez sonrió ante estas palabras.

—¿Y la mujer que vio usted en el callejón iba con un hombre?

—Sí.

—¿La vio usted en el mismo momento y lugar que al hombre?

—Sí.

—¿En iguales condiciones?

—Sí, señor.

—Y si no puede identificar al hombre, ¿cómo pretende identificar a la mujer?

—Pues... pues... yo hubiera podido identificar al hombre, de no

haber cometido una equivocación.

—¿Identificó a *un* hombre?

—Sí.

—¿Pero ahora piensa que no era *su* hombre?

—Debía serlo...

—¿Y la mujer la vio ante el garaje lo mismo que a su acompañante?

—Pues... no.

—¿Mejor?

—Pues... sí.

—Gracias —concluyó Mason—, nada más.

—Y ahora —declaró el juez Osborn, mirando de reojo a Hamilton Burger—, el Tribunal ordena diez minutos de descanso.

Capítulo 26

Tan pronto como el juez hubo abandonado el estrado, Lucille Barton volvió hacia Perry Mason, puso una mano enguantada sobre su muñeca y la apretó con tanta fuerza que la piel del guante se tensó sobre sus nudillos.

—Señor Mason —susurró—, es usted maravilloso.

—Éste sólo ha sido el primer asalto —le advirtió el abogado—. Hemos parado el primer golpe: la identificación de su acompañante; pero no olvide que todavía queda en pie su propia identificación, a menos que hallemos la forma de demostrar que no estuvo usted allí.

—Sí, claro, es cierto —admitió ella en un susurro.

—Y el revólver con el que evidentemente mataron a Pitkin —añadió Mason—, fue el mismo que le entregó a usted Arthur Colson. E, incidentalmente, Ross Hollister también murió asesinado, y usted cobrará veinte mil dólares por su seguro de vida.

—Pero, ¿no lo entiende, señor Mason? Yo amaba a Ross. Su muerte ha sido para mí un golpe terrible... íbamos a casarnos. Él representaba la seguridad, el afecto, un hogar... todo lo que desea una mujer.

—A menos, claro —replicó Mason—, que la joven estuviese enamorada de Arthur Colson, el cual le enseñó de qué modo podría obtener veinte mil dólares, y casarse luego ambos.

—¡No sea necio, señor Mason! Era usted un amorcito, y ahora habla igual que el fiscal.

—Todavía no sabe usted ni la mitad —refunfuñó el abogado—. ¡Aguarde a oírle al final! Usted aún no me ha contado por qué no siguió mi consejo, y no telefoneó a la policía al descubrir el cadáver, cuando el revólver todavía estaba en su bolsillo.

—No puedo, señor Mason. Le juro que no puedo. No puedo

contárselo. Ni a usted ni a nadie.

—Está bien... Yo a veces obro milagros, de acuerdo, pero usted será acusada de asesinato, a menos que pueda contarle una historia satisfactoria al jurado.

—Señor Mason, ¿no puede usted lograr que me absuelvan?

—No, a menos que sepa lo que ocurrió, y a menos que la historia sea convincente.

—Otras personas matan y salen libres. Los abogados...

—Lo sé —asintió Mason—, pero usted se halla en una situación muy diferente. Colson empezó a disponer las cosas y dos hombres han sido asesinados. El revólver que mató a uno se hallaba en posesión de usted, antes y después de cometerse los crímenes. Oh, sí, le costará a usted mucho demostrar que no se hallaba el revólver en su poder *mientras se cometían las muertes*.

—Arthur Colson no fue quien planeó el escenario del garaje.

—¿No? —inquirió Mason con escepticismo—. Oh, claro, él nunca hace nada... ni tampoco dice nada que me convenza de su sinceridad.

—Señor, Arthur está, simplemente, tratando de ayudarme —exclamó ella impulsivamente—. Debe creermelo. Tiene que entenderlo.

Mason se limitó a sonreír.

—El hombre que hizo lo que usted llama, preparar el escenario del crimen —añadió la joven—, fue alguien con quien usted no ha hablado nunca.

—¿Quién?

—Willard Barton —declaró ella, y de repente se llevó la mano enguantada a los labios, apretándolos fuertemente—. ¡Vaya, ya he hablado demasiado! Si lo supiera se pondría furioso.

Mason la estudió con mirada fríamente cínica.

—¿Se trata de una comedia? —preguntó.

—¿Qué?

—Ese fingimiento de pronunciar ese nombre.

—No, yo... Oh, lo siento.

—Es usted muy buena actriz, Lucille —sonrió Mason—. Ignoro en qué trampa quiere atraerme ahora, pero no pienso meterme en ella.

—No podrán demostrar jamás que el arma estaba en mi poder —gimió la joven—, si usted se calla.

—¿Por qué piensa tal cosa?

—Arthur Colson me lo dijo.

—¡Maldito entrometido! —exclamó Perry Mason, encolerizado.

—Es muy listo, señor Mason. Terriblemente listo.

—No lo dudo —masculló el abogado, desdeñosamente.

—Y afirma que no permitirá que siga el rastro de ese revólver hasta mi posesión.

—Usted estaba prometida a Hollister —le recordó Mason—. Y Hollister tenía proyectado salir de viaje el lunes por la tarde. Usted lo sabía y estuvo toda aquella tarde con Arthur Colson. No, no me gusta esta historia ni tampoco le gustará al jurado.

—¡Es la verdad! —exclamó ella—. Arthur Colson es como un hermano para mí.

—¿Lo conocía Hollister?

—No, no se conocían.

—No me gusta la presencia de Arthur Colson en este caso —rezongó Mason.

—Espere. Él...

—¿Sí? —la animó Mason—. ¿Él... que?

—Nada.

Mason estudió a la joven durante unos segundos, y concluyó:

—Ese revólver tiene una huella dactilar mía. También tendrá usted que explicar esto.

Las comisuras de la boca de Lucille Barton se torcieron en una maliciosa sonrisa.

—Arthur Colson ya me habló de eso. No se preocupe. Podré explicarlo.

Capítulo 27

Al reanudarse la sesión, Hamilton Burger, todavía enrojecido y ceñudo, aunque habiendo recobrado la compostura, anunció:

—Llamo a Willard Barton al estrado.

Lucille Barton, que estaba sentada al lado de Perry Mason, susurróle apurada:

—No, no lo permita...

Mason volvióse en su asiento, como por casualidad.

—Sonría —le ordenó.

En los ojos de la joven había pánico y le temblaban los labios.

—¡Sonría! —le ordenó de nuevo el abogado—. La están mirando.

Lucille torció los labios en el remedo de una sonrisa.

Willard Barton, un individuo bien peinado y acicalado, con un cabello negro que contrastaba con sus pupilas grises, se instaló en el sillón de los testigos, como el industrial acostumbrado a dar órdenes y no a recibirlas, y acostumbrado asimismo a ser el centro de atención general.

Con tono firme y decisivo dio su nombre y dirección, indicó su ocupación como comprador de concesiones petrolíferas, y por fin obsequió a Lucille con la primera mirada dirigida a ella desde que subió al estrado. Fue una mirada de frío reconocimiento, sin la menor emoción. Luego, desvió los ojos hacia Hamilton Burger, esperando la primera pregunta.

—¿Lleva usted el mismo apellido que la acusada?

—Ella lleva mi mismo apellido, sí.

—¿Estuvo casado con ella?

—Sí.

—¿Están divorciados?

—En efecto.

—¿Cuándo se divorciaron?

—Hace dieciocho meses.

—¿Es firme ya el decreto?

—Sí.

—¿Le pasa usted una pensión?

—Sí.

—¿La vio usted la noche del día cinco de este mes?

—Exactamente.

—¿A qué hora?

—A las seis y media... quizás un poco más tarde.

—¿Dónde?

—Yo me hallaba en el club Broadway Athletic. Ella me telefoneó y pidió verme. Contesté que nos veríamos un momento en el vestíbulo, pero le advertí que si intentaba hacerme una escena...

—¡Protesto! —gritó Mason—. No responde a la pregunta, que ha sido formulada y contestada.

—Muy bien —refunfuñó el fiscal—. ¿La vio usted en el vestíbulo del club?

—Sí.

—¿Quién estaba presente?

—Sólo Lucille y yo.

—¿Qué le dijo ella?

—Que había ocurrido algo terrible. Que tenía que salir del país. Quería saber si yo podía darle quince mil dólares en dinero contante, a cambio de los cuales estaba dispuesta a prescindir de la pensión.

—¿Le pagaba usted una pensión?

—Sí.

—¿De cuánto?

—Doscientos dólares semanales.

—¿Y por qué deseaba ella salir del país?

—Me explicó que había hallado muerto a un hombre en su garaje. Finalmente, admitió que el muerto era su primer esposo, y añadió que esto sería su ruina.

—¿Qué le contestó usted?

—Naturalmente, yo trataba de rebajar la pensión que le pasaba,

pero me vi obligado a manifestarle que no tenía encima los quince mil dólares. Añadí que debería consultar está propuesta con mis abogados para saber si ella podía hacer válida su oferta en tales circunstancias. Le dije que la idea no me gustaba en absoluto, y que la cantidad exigida era excesivamente elevada.

—¿Y ella aceptó esta respuesta como definitiva?

—No, señor. Replicó que yo tenía que actuar de prisa. Que sólo sostendría la oferta hasta medianoche, y que entonces me llamaría. Quería coger un avión nocturno. Finalmente, rebajó la cifra a diez mil dólares.

—¿Volvió a llamarle?

—No, señor. Visité a mis abogados e hice gestiones para poder aceptar su proposición, y tenía los diez mil dólares a punto, junto con un documento que ella debía firmar. Pero Lucille no se puso en contacto conmigo.

—¿Y cuando usted la vio, no iba acompañada?

—No, señor.

—¿Conoce a una joven llamada Anita Jordon?

—La conozco.

—¿Estaba con la acusada cuando tuvo lugar la conversación referida?

—No, la acusada estaba sola.

—Contrainterrogatorio —proclamó Hamilton Burger, lanzándole la palabra a Perry Mason como si fuese un desafío.

Mason volvió a acercarse al estrado de los testigos.

—¿Le pasa usted a la acusada una pensión de doscientos dólares por semana? —inquirió.

—Sí, señor.

—¿Y quiere que el Tribunal crea que vaciló ante la posibilidad de librarse de tales pagos mediante la única entrega de quince mil dólares?

—No, señor. Hice que ella pensara que yo vacilaba.

—O sea que usted le dijo que tenía que meditarlo, ¿es así?

—Le di esta impresión, sí.

—¿Pero usted estaba más que dispuesto a aceptar su oferta?

—Naturalmente.

—Mas, como buen negociante, procuró disimular su alegría.

—Exacto.

—Y por tanto, le contestó que no estaba seguro de si debía aceptar la proposición.

—En efecto.

—O sea que le mintió.

Barton enrojeció.

Hamilton Burger saltó del asiento.

—¡Protesto, su señoría! Se trata de un insulto al testigo.

—Oh, lo diré de otro modo —rectificó Mason—, si le gustan las frases más suaves. Señor Barton, usted le dijo a su esposa una falsedad. ¿Es correcto? Los ojos de Barton chispearon coléricamente.

—¡Protesto! —gritó Burger.

—La pregunta —prosiguió Mason imperturbable— es si usted le dijo a su esposa una falsedad. La respuesta es sí o no.

—¿Respecto a qué?

—A su deseo de aceptar su propuesta.

—No creo que esto sea procedente.

—Lo es —aseguró Mason.

—¡Pues yo opino lo contrario! —se sulfuró Burger—. ¡Y quiero interponer una objeción al respecto! Éste no es un contrainterrogatorio adecuado.

—Rechazada la protesta —declaró el juez.

—¿Le dijo usted una falsedad? —insistió Mason.

—¡Sí! —gritó Willard Barton.

—¿Cuánto hace que conocía usted a Pitkin?

—Un momento, lo vi pero sin saber quién era. Y no tenía la menor idea de que hubiera estado casado con Lucille. Cuando lo supe fue un buen golpe para mí.

—¿Pero usted había visto a Pitkin?

—Le conocía como el chófer del señor Argyle, que es miembro del mismo club al que pertenezco yo. Es un club de individuos dedicados casi exclusivamente a los negocios petrolíferos.

—Y como usted estaba interesado en tales especulaciones, lo mismo que los señores Argyle, Hollister y Dudley Gates, y todos los miembros del club, se veían bastante unos a otros, ¿eh?

—No, señor. Argyle, Hollister y Gates eran algo así como socios.

Habían conjuntado sus intereses en unas concesiones. Pero aunque yo me dedico a la misma clase de negocios, mis intereses son contrarios a los de ellos. Y no quería, ni quiero, que sepan lo que hago. Lo mismo que ellos no quieren que yo me entere de lo que hacen. Cuando nos encontramos conversamos de banalidades, pero tenemos muy poco en común.

—¿Habló usted con Pitkin?

—Sí, pero por un asunto puramente personal.

—¿Intentando que le contase algo respecto a las actividades de los otros socios?

—¡Su señoría! —Hamilton Burger estaba de pie—. ¡Ésta es otra pregunta insultante! ¡Protesto!

—¿Posee alguna evidencia que indique que fue éste el caso, señor Mason? —preguntó el juez.

—No, su señoría —confesó el abogado—. Esta pregunta forma parte, sencillamente, de una exploración a ciegas.

—Se admite la objeción —dictó el juez—. Sin embargo, puede preguntarle al testigo de qué habló con Pitkin.

—¿Qué discutió con Pitkin? ¿Cuáles fueron sus motivos para dirigirle la palabra?

—Deseaba alquilar un chófer para un día —contestó Barton, enojado—. Sabía que existe una asociación, una especie de agencia de colocación, especializada en esto. Y le pregunté a Pitkin si la conocía, puesto que era el chófer de Argyle. Él estaba esperando delante del club, y le pregunté si conocía a esta asociación o agencia.

—¿La conocía?

—En efecto. Me dio las señas. Era la Contratación de Chóferes. Creo que está en el listín telefónico. La forman los conductores que desean trabajar en sus días libres. Es como una cooperativa. Los chóferes van allí en busca de empleos, y cualquiera puede alquilar un conductor por una hora, o por un día, sólo con telefonear.

—¿Pertenece el señor Pitkin a esa asociación?

—Me dijo que sí. También añadió que el jueves era su día libre, que acababa su servicio a las seis de la tarde del miércoles, y que no volvía a su trabajo hasta el viernes por la mañana. Dijo que le encantaría servirme en su día festivo, y que yo podía contratar los

servicios de otro chófer para otros días.

—Usted no siente el menor afecto hacia su antigua esposa, la acusada, ¿verdad? —inquirió Mason de repente.

—En cierto modo, la aprecio mucho.

—Y, dándoselas de listo, le aconsejó que plantase un revólver junto al cadáver de Pitkin, a fin de que pareciese un suicidio, y sin contarle nada a nadie, ¿eh?

—No, señor. Usted no tiene pruebas de esto. Si la acusada lo ha declarado, no es cierto. Su acusación, caballero, es completamente falsa.

—¿No le ofreció usted ninguna *sugerencia*, a fin de poder zafarse del asunto?

—Ciertamente, no.

—¿Y es verdad que la aprecia mucho?

—Sí.

—Pero usted consideraba la pensión semanal como un negocio, simplemente.

—No, señor. Me intereso por Lucille. Sólo quería asegurarme de que no intentaba conseguir dinero para después tirarlo.

—Pero, a pesar del afecto, de la amistad que usted experimenta por su ex esposa, a pesar del deseo de procurar que no se dejara embaucar por alguien, usted trató de engañarla, a fin de poder obtener de ella una rebaja de cinco mil dólares —murmuró suavemente Perry Mason.

—No tenía la menor idea de estafarla.

—Yo dije engañarla. Pero, ¿por qué trató de ocultar su alegría cuando ella le hizo la oferta?

—Bueno —replicó Barton, tras meditar un instante—, supongo que es una costumbre. Se trata de una política del negocio.

—Vamos, vamos —objetó Mason—, usted sabía muy bien lo que hacía. Ocultó deliberadamente su alegría ante la proposición.

—Esto se ha repetido ya una docena de veces —intervino Hamilton Burger de mal humor.

—Creo que el abogado defensor tiene derecho a destacar este punto —opinó el juez Osborn—. Indica el motivo del testigo y permite que el Tribunal obtenga un retrato del carácter del mismo.

—Está bien —exclamó Barton, de repente—. ¡Le mentí! Vi la

ocasión de realizar un buen negocio. Traté de aprovecharme. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada —le aseguró Mason—, y muchas gracias por su franqueza, señor Barton. Vayamos con otro asunto. Si he entendido bien, usted dice que la acusada admitió finalmente que el cadáver era el de su primer marido.

—No creo haberlo dicho.

—Deseo que el secretario del Tribunal consulte sus notas —pidió Mason.

Hubo un período de silencio, durante el cual el secretario de la sala repasó sus notas. Willard Barton cambió de postura en su asiento.

—Aquí está —exclamó el secretario—. *Pregunta:* ¿Y por qué deseaba ella salir del país? *Respuesta:* Me explicó que había hallado muerto a un hombre en su garaje. Finalmente, admitió que el muerto era su primer esposo, y añadió que esto sería su ruina.

—Muchas gracias, señor secretario —agradeció Mason—. Ahora le pregunto, señor Barton. ¿Qué quiso decir al declarar que ella *finalmente admitió* que el cadáver era el de su primer marido?

—Que finalmente lo admitió, nada más.

—¿Pero no lo admitió al principio?

—No.

—¿Sólo después de varias preguntas indagatorias por su parte?

—Sí, así fue.

—De modo que usted discutió el asunto con ella, pensó que le estaba ocultando algo y continuó interrogándola sobre el cadáver.

—Presumo que sí.

—Y a fin de que «finalmente lo admitiera», ¿usó de alguna presión?

Barton se agitó, intranquilo.

—Bueno... en cierto modo.

—Le dije que no podía ayudarla a menos que le contase toda la verdad, o algo parecido, ¿cierto?

—Sí.

—Y ella le contó la verdad... finalmente.

—Sí.

—¿Y entonces, usted decidió ayudarla?

—¡No!

—Pero usted ha declarado que le dijo que no podía ayudarla, a menos que le contara la verdad, y que debido a esta promesa ella *finalmente admitió* que el muerto era su primer marido. ¿Debo entender, por tanto, que usted dejó de cumplir su promesa?

Barton vaciló, se cruzó de piernas y dirigió una mirada suplicante a Hamilton Burger.

—¿Y bien...? —se impacientó Mason.

—¡No la ayudé! —proclamó Barton.

—Es lo que pensaba —sonrió Mason, con ironía—. Nada más, señor Barton.

El testigo abandonó el sillón, dirigióse hacia la mesa de Mason, captó la acerada mirada del abogado y, arrepintiéndose, dio media vuelta.

—¡Llamo a Arthur Colson! —voceó el fiscal, ignorando a Willard Barton.

Arthur Colson avanzó hacia el estrado de los testigos. Sus ojos se movían con inquietud, como valorando la sala, pero evitando cuidadosamente la mirada del fiscal y la mesa tras la que se sentaban Mason y Lucille Barton.

Dio su nombre, edad, ocupación y residencia.

Hamilton Burger exhibió el revólver.

—Le enseño a usted un «Smith y Wesson» calibre 38, número S-65088, y le pregunto si lo ha visto antes.

Colson extrajo una hoja de papel del bolsillo y la leyó. Luego, manifestó:

—Me niego a contestar esta pregunta que puede tender a incriminarme.

—¿Compró usted este revólver a la Compañía Mercantil Río Rushing?

—Me niego a contestar esta pregunta que puede tender a incriminarme.

—¿Firmó en el registro con el nombre de Ross F. Hollister?

—Me niego a contestar, por las mismas razones.

—¿Mató usted a Hartwell L. Pitkin?

—No.

—¿Lo conocía?

—No.

—¿Colocó este revólver junto al cadáver de Hartwell L. Pitkin, en el garaje del número 719 de South Gondola, el día cinco de este mes?

—No, señor.

—¿Ni en ningún otro momento?

—No.

—Nada más —terminó Hamilton Burger.

—¡Un momento! —pidió Mason—. Una pregunta del contrainterrogatorio. ¿Ha tenido alguna vez en su poder este revólver?

—Me niego a contestar esta pregunta porque puede tender a incriminarme.

—¿Lo tenía usted, sin saberlo Lucille Barton?

Colson repitió su cantinela.

—Me niego a contestar por el mismo motivo.

—¿Tuvo usted alguna vez una llave del apartamento de la acusada?

—No, señor.

—Le enseño dos cartas —continuó Mason, uniendo la acción a la palabra—, ambas escritas a máquina, una de ellas dirigida a la Agencia de Detectives Drake, y la otra a mí. La primera se refiere a una llave del apartamento de Lucille Barton. La segunda a una llave del buró de dicho apartamento. Le pregunto si escribió usted alguna de ambas cartas.

—No, señor.

—Nada más —anunció Mason.

—Nada más —repitió Burger.

—En vista de las poco satisfactorias respuestas dadas por el testigo sobre un extremo tan vital —razonó el juez Osborn—, el Tribunal cree que la fiscalía debe realizar algunas gestiones para aclarar la situación.

—Sí, su señoría —replicó Burger, con voz cansada—. Se nos abren muchas posibilidades.

—E implicaciones —añadió el juez.

—E implicaciones —asintió el fiscal.

—Muy bien. ¿Desea usted llamar a otro testigo antes del

aplazamiento? —inquirió el juez.

—Con el permiso del Tribunal, su señoría, quisiera esperar hasta...

—Perfectamente. El Tribunal se retira hasta las dos de la tarde. La acusada queda bajo la custodia del sheriff. Los testigos deberán volver a esta sala a las dos, bajo pena de multa.

Cuando los asistentes se levantaban para despejar la sala, Mason llamó a Paul Drake.

—No podré acompañarte a almorzar, Paul —le comunicó.

—¿Por qué, Perry?

—Pasaré un par de horas al teléfono. Almuerza con Della e invítala a un buen filete.

—¡Ten un poco de corazón! —suplicóle el detective.

—Lo tengo —sonrió Mason—, y hace tanto tiempo que lo tengo en la garganta, que cuando vuelve a su sitio no lo noto.

Capítulo 28

Cuando el Tribunal volvió a estar constituido, a las dos en punto, Hamilton Burger, aparentemente preocupado, se expresó en los siguientes términos:

—Su señoría, se ha presentado una situación especial en este caso. Tenía motivos para creer que era posible relacionar el arma asesina con el señor Perry Mason, en razón de su huella dactilar, y con la acusada, en razón de pensar que podía demostrar que el señor Mason la había acompañado al garaje a la hora en que el difunto fue asesinado. Pero la prueba de la identificación ha fracasado debido a una ingeniosa treta legal. Sin embargo, deseo llamar la atención del Tribunal sobre el hecho de que se trata de una mera treta. Una jugarreta ingeniosa. Ordinariamente, mi testigo habría efectuado una identificación completa.

—Sí, claro —asintió el juez—, éste es el vicio de la evidencia de identificación. El testigo divisó a un tipo alto, que llevaba un abrigo claro y un sombrero gris. No vio su cara más que vagamente y a distancia. Muchos hombres cuadran con esta descripción. La de la mujer es más convincente, porque la descripción de su atuendo resulta un poco original; pero probablemente habrá centenares de hombres altos con abrigos de color azafranado en la ciudad, incluso a la hora en que el testigo Goshen distinguió a la pareja delante del garaje.

—Pero sólo existe un Perry Mason que podía dejar una impresión dactilar dentro del arma que pertenecía a su cliente —objetó el fiscal.

—Todavía no ha quedado demostrado que el arma perteneciese a la cliente del señor Mason —replicó el juez.

—Lo admito, su señoría —se ablandó Hamilton Burger—. Este

caso es bastante complicado, pero si el Tribunal me lo permite, creo que llegará a comprender el truco mediante el cual se confundió al testigo en su identificación.

El juez Osborn sonrió antes de contestar:

—El Tribunal se lo permite, siempre que presente usted una prueba, señor fiscal.

—Muy bien. ¡Llamo a Sallie Milford!

Sallie Milford, una mujer bastante gruesa, de unos cuarenta años, resultó ser la portera del edificio donde Lucille Barton tenía un apartamento. Testimonió que los garajes iban incluidos en el alquiler de cada apartamento. Que se mantenían cerrados. Que el apartamento 208 también tenía su garaje. Que le habían dado dos llaves del apartamento y del garaje a Lucille Barton cuando empezó a vivir en South Gondola.

—¿Quién tenía esas llaves?

—Lucille Barton.

—¿Le firmó usted algún recibo al efecto?

—Sí, señor.

—¿Firmado por Lucille Barton?

—Sí, señor.

—¿Firmado en su presencia?

—Sí, señor.

—Deseo presentarlo como evidencia —propuso Burger.

—No hay objeción —aprobó Mason.

—¿Desea usted contrainterrogar?

—Sí —asintió el abogado.

Acto seguido, Mason se hizo cargo del recibo.

—¿Le entregó usted a Lucille Barton cuatro llaves, dos del apartamento y otras dos del garaje?

—Sí.

—Gracias, nada más —concluyó Mason.

El siguiente testigo de Hamilton Burger fue un empleado de una gasolinera que declaró que poco después de las seis de la tarde del día cinco, Lucille Barton llevó su automóvil a la estación de servicio. Era un sedán «Chevrolet», con una carrocería de color claro. El mecánico encontró que el coche tenía un fallo en el motor, que le hacía petardear y roncarse. Lo arregló, y aunque por lo tardío

de la hora no pudo realizar una labor concienzuda, lo dejó en estado de funcionar debidamente.

—¿A qué hora llegó la acusada con el coche? —inquirió Hamilton Burger.

—A las seis y cuarto o seis y media.

—¿Quién conducía?

—La señorita Barton.

—¿La había visto antes?

—Sí, suele comprar allí la gasolina.

—Por la señorita Barton, claro está, se refiere usted a la acusada que se halla sentado junto al señor Mason.

—Sí.

—Nada más —terminó Burger.

—Nada más —sonrió Mason, añadiendo—: No hay preguntas.

—¡Llamo a Stephen Argyle! —convocó el fiscal.

Argyle tomó asiento y contestó a las generales de la ley, dando como residencia el 938 Oeste del bulevar Casino, su edad, cincuenta y cinco años, y declaró que había empleado a Hartwell L. Pitkin como chófer y mayordomo. Pitkin conservó dicho empleo hasta el día de su muerte.

—¿Cuándo vio usted por última vez al señor Pitkin?

—Poco después de las cinco de la tarde.

—¿Dónde?

—Delante de la oficina del señor Mason. Bueno, delante del edificio donde el señor Mason tiene su oficina. Yo deseaba ver a Perry Mason, y de repente me acordé de que era la noche libre de Hartwell. A pesar de que estaba muy enojado con él, bajé y le dije que podía llevar el coche a casa.

—¿Sabe qué ocurrió después?

—Solamente sé que cuando regresé a casa me encontré allí mi coche.

—¿A qué hora?

—Pues... hum... fue después de visitar a un paciente en un hospital, con el que llegué a un arreglo amistoso y...

—Esto no tiene nada que ver con este caso —le atajó Hamilton Burger.

—Bueno, yo fui estafado por el señor Perry Mason, quien me

obligó a efectuar un arreglo que me costó varios miles de dólares — se quejó Argyle.

—¡Esto no nos interesa! —le reconvino el fiscal—. Procure dominarse y díganos qué sucedió.

—Bueno, cuando volví a casa serían las nueve y media o las diez. El coche estaba allí.

—El abogado defensor puede contrainterrogar —anunció Burger.

—¿Cómo sabe que el auto estaba allí? —inquirió Mason, acercándose al testigo.

—Pues... porque estaba allí. La puerta del garaje se hallaba cerrada...

—Pero usted no miró dentro para ver si estaba el coche, tan pronto llegó a casa.

—No.

—Y a propósito, ¿por qué medios llegó a su casa?

—Mi compañero me llevó; un representante de mi compañía de seguros.

—¿Y a qué hora llegó a su casa?

—Entre las nueve y media y las diez.

—¿Y a qué hora se acostó?

—Oh, tal vez a las once.

—¿Y cuándo tuvo ocasión de ver si el coche estaba en el garaje?

—A las dos de la madrugada. Recibí una llamada telefónica de la policía, comunicándome lo que le había ocurrido a mi chófer. Me interrogaron y añadieron que vendrían a mi casa. Entonces, me levanté, me vestí y me dirigía al garaje cuando llegaron los policías.

—¿Estaba el auto en el garaje?

—Sí.

—Usted —estableció Mason, cambiando de tema— ha evidenciado cierta animosidad contra mí, señor Argyle.

—Personalmente, opino que es usted despreciable —fue la respuesta.

—¿Por qué?

—Usted sabía que yo tenía motivos para creer que mi chófer había sufrido un accidente con mi automóvil. Usted habló de llegar a un arreglo monetario, completamente ilegal. Y le advierto, señor

Mason, que pienso demandarle por fraude y...

—Oh, ¿así que usted pensaba que era su chófer quien conducía cuando sufrió el accidente?

—Naturalmente. Sabía que no había sido yo. Sin embargo, soy el responsable de los actos de mi empleado.

—¿Es todo procedente? —intervino el juez.

—Opino que demuestra los motivos y las predisposiciones por parte del testigo —replicó Mason.

—Puede continuar —manifestó Burger, restregándose las manos—. Al fin pondremos todos los hechos en claro.

—Tendrá usted todos los hechos, señor fiscal —le anunció Perry Mason—. Supongamos que nos cuenta usted su versión de la historia, señor Argyle.

—Hacia las tres de la tarde del día cinco —empezó el testigo—, el señor Mason vino a mi casa. El señor Pitkin estuvo presente en la entrevista. El señor Mason aseguró que poseía la evidencia indiscutible de que mi coche había causado un accidente, dándose luego a la fuga sin prestar asistencia a su cliente, que estaba gravemente herido. Indicó que había abolladuras en la carrocería de mi coche y... bueno, pensé que tenía razón.

—¿Por qué lo pensó? —interrogó Mason.

—Porque mi chófer se había visto en algún apuro con el coche por aquella fecha. Trató de zafarse del lío, afirmando que habían robado el auto. Me advirtió del robo y yo insistí en ayudarle a explicar las circunstancias a la policía. Así, fui con él al lugar donde había dejado el auto. Pitkin había estado bebiendo y parecía muy nervioso por algo. Yo me sentía escéptico ante sus explicaciones, pero inquieto por mí mismo, temiendo que mi chófer pudiese estar complicado en algo cuyas consecuencias recayesen sobre mí. Volví al club y telefoné a la policía, comunicando el robo de mi coche. En realidad, no creo que el robo fuese verdadero, ya que prontamente fue recuperado por la policía en un distrito del centro, estacionado delante de una llave de riego.

—Y debido a lo que yo le manifesté —insistió Mason—, usted decidió que era más barato creer a Pitkin y llegar a un arreglo amistoso a espaldas de su abogado, ¿verdad?

—No pensé tal cosa.

—Pero esto es exactamente lo que usted hizo, ¿eh?

—Tan pronto como comprendí que había un joven malherido, quise hacer algo al respecto. La verdad es que estaba muy preocupado por todo el asunto. Por eso fui a su oficina. Quería hablar con usted, pero usted había salido... aparentemente, a visitar a su cliente, Lucille Barton.

—¿Lo sabe de cierto?

—No.

—¿Tiene alguna razón para creer que yo estaba allí?

—Bueno, según la policía... Lo retiro. La respuesta es que no, no lo sé.

—Muy bien —asintió Mason—. Usted fue a mi oficina y le dijeron que yo había salido.

—Sí.

—¿Dónde estaba entonces su chófer?

—Sentado al volante de mi «Buick», estacionado delante de su oficina, aguardándome.

—¿Halló un espacio libre allí?

—Yo no, mi chófer. Él me dejó ante el portal de la casa. Por allí no había ningún lugar vacante, por lo que le ordené que diese la vuelta a la manzana hasta que hallase algún espacio libre cerca del edificio. Por lo visto, lo halló casi inmediatamente.

—¿Y usted decidió esperarme?

—Sí, señor, hasta que telefoneé a mi agente de seguros, hacia las seis, y le comuniqué que deseaba llegar a un arreglo amistoso con el perjudicado. De repente, acababa de darme cuenta de mi negligencia al no comunicar lo ocurrido a la compañía aseguradora.

—Y el representante de dicha compañía le sugirió a usted que el arreglo sería menos oneroso para ellos si lograban solucionarlo todo a espaldas mías. ¿No es cierto?

—El representante de la compañía me ordenó que le esperase en el vestíbulo del edificio y que no hablara con usted, bajo ningún concepto, hasta que él llegara. Después, dejé el asunto en sus manos.

—Pero ustedes fueron al hospital y trataron de llegar a un arreglo con mi cliente a espaldas mías, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere al decir «a espaldas tuyas». Usted no

estaba en su oficina... Pero yo había intentado ponerme al habla con usted. No iba a esperar todo el día a un abogado, que estaba enredado en un caso de divorcio. ¡Mi tiempo es muy valioso, señor mío!

—Bien, volviendo al arreglo financiero —indagó Mason—, usted añadió dinero suyo al ofrecido por la compañía de seguros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensé que aquel joven tenía derecho a más dinero del que la compañía de seguros estaba dispuesta a darle. No soy un filántropo, pero, por otra parte, no me gusta mostrarme tacaño cuando hay un joven en mal estado.

—Muy nobles sentimientos —alabó Mason—, pero yo deseo que este Tribunal entienda que, no sólo usted le comunicó a su compañía de seguros que usted era responsable, sino que abonó una cantidad de su fortuna personal sólo por la fuerza de mi declaración, según la cual era su coche el culpable de aquel accidente.

—Bueno, sí. Creía que usted era un abogado de confianza, aunque ahora opino de forma muy distinta. Cuando usted aseguró que tenía una prueba... pensé que era cierto.

Mason sonrió ampliamente.

—Oh, es usted un ciudadano muy respetable, señor Argyle. Pero a pesar de que ahora me considere como un ser vil y despreciable, usted acudió al portero de su club y le sobornó para que jurara que usted no había salido del club en toda la tarde, a fin de no verse mezclado en lo que había hecho su chófer.

—¡No es cierto!

—¿No le dio dinero al portero?

—Una propina.

—¿Cuánto?

—Eso no importa ahora —intervino el fiscal.

—¿Cuánto?

—¡Protesto, su señoría! —saltó Hamilton Burger—. Este testigo está siendo apremiado por el...

—¡No se admite la protesta! —gritó el juez, airadamente.

—¿Cuánto? —insistió Perry Mason.

—Bueno, pensé haberle dado cinco dólares, pero había bebido un par de copas y estaba oscuro. Más tarde encontré a falta de dinero, y comprendí que me había equivocado, dándole al portero más de lo que pretendía.

—¿Cien dólares?

—Temo que sí.

—¿Por error?

—Por error.

—Usted sabía que no había conducido el coche la tarde del día tres.

—Exactamente.

—Y por tanto, sabía que la única persona que pudo conducirlo era su chófer.

—Bueno, pudieron robar el coche.

—En cuyo caso, usted no habría sido responsable del accidente —tronó Mason—. Vamos, señor Argyle, usted es un buen negociante.

—Entiendo adónde pretende usted llegar —rezongó el testigo—. En realidad, cuando usted se marchó de casa, interrogué a mi chófer, y éste, descompuesto, admitió que había estado conduciendo el coche, sufriendo un accidente, y dándose a la fuga. Admitió asimismo que había tratado de eludir su responsabilidad, fingiendo que el coche había sido robado.

—Exactamente —asintió Mason—. Y ahora, ¿cómo llegó a la conclusión de que la declaración era falsa?

—¿Se refiere a la que me hizo usted a mí respecto al accidente de coche?

—Tómelo como guste.

—La declaración era absolutamente falsa. Un tal Caffee era quien conducía el coche que chocó con el del muchacho.

—A propósito —continuó Mason, tras una leve pausa—, usted y el representante de la compañía de seguros fueron a ver al señor Finchley, y le amenazaron por intentar obtener dinero con falsedades, a menos que devolviese la suma que ustedes le habían entregado, ¿no es así?

—Le explicamos que no tenía derecho al dinero, ni por la ley ni

por ética.

—¿Qué contestó él?

—Que usted le había aconsejado que se guardara el dinero. Que se trataba de un pago voluntario y que no podíamos reclamarlo. Que usted deseaba enseñarles a las compañías de seguros a no hacer nada a espaldas de los abogados.

El juez Osborn sonrió ampliamente.

—Exacto —admitió Mason—. Bien, ¿por qué supone usted que el señor Pitkin reconoció ante usted haberse visto envuelto en un accidente y haberse dado a la fuga?

—No lo sé —reconoció Argyle—, ojalá lo supiese. He meditado mucho, tratando de encontrar la respuesta, pero no me ha servido de nada. Por lo visto, el tipo era un extorsionista. Indudablemente, tenía sus motivos para hacer tal declaración.

—Usted pareció muy ansioso de darle la noche libre a su chófer —prosiguió Mason—, a pesar de haberle él confesado que estaba mezclado en un accidente con fuga.

—Esto puedo explicarlo.

—Adelante.

—Sabía que mi chófer se ganaba algún dinero en sus días libres. Me había contado que era miembro de una asociación de chóferes, los cuales trabajaban en sus días libres, y yo sabía que era importante que él pudiera cumplir con dicha asociación porque todos los trabajos contratados debían efectuarse escrupulosamente. Yo también soy un empresario. Y sabía cómo me sentiría si un chófer contratado por mí no se presentaba. Por tanto, al darle la noche y el día siguiente libres, no lo hacía por consideración hacia él, sino hacia esa sociedad.

—¿Y no se le ha ocurrido a usted pensar, señor Argyle, que esto es precisamente lo que sucedió?

—¿A qué se refiere?

—A que Pitkin tenía alguna obligación bien definida. Que aquella tarde tenía que trabajar para alguien. Que en lugar de llevar personalmente el coche a su casa, señor Argyle, convino con otro para que lo hiciera en su lugar, y que Pitkin empezó rápidamente a trabajar para otro personaje, con el que estaba comprometido por anticipado.

Argyle meditó un buen rato lo establecido por Perry Mason.

—Podría muy bien ser.

—¿Contrató usted alguna vez los servicios de un chófer en los días libres de Pitkin? —inquirió Mason.

—Ciertamente, no. De haber deseado hacerlo, le habría pedido a Pitkin que me cobrara lo normal para tales horas extraordinarias y que trabajase para mí.

—Voy a entregarle a usted una lista de quince nombres —manifestó Mason—, y le preguntaré —el abogado acompañó la acción a la palabra— si conoce a alguna de esas personas, señor Argyle.

—¿Qué es lo que pasa? —rugió Hamilton Burger.

—Esto podría explicar los motivos de que el chófer, el difunto Pitkin —aclaró Mason con suavidad—, confesara lo del accidente y la fuga subsiguiente.

—Ah, muy bien, aunque no veo la causa —se aplacó Hamilton Burger—. A mí me parece, su señoría, que no sólo este contrainterrogatorio no conduce a nada, sino que es otra exploración más a ciegas del abogado defensor.

—Sin embargo, puede ser una exploración en un buen coto de caza, señor fiscal —replicó el juez—. Creo que el señor Mason tiene bien encaminados a sus sabuesos.

Argyle se ajustó las gafas, contempló la lista mecanografiada y se rascó la cabeza.

—Tardaré unos minutos en comprobar esta lista, señor Mason.

—Muy bien —decidió el juez Osborn—. El Tribunal se tomará quince minutos de descanso. Mientras tanto, puede usted estudiar la lista también, señor Burger, y discutirla con su testigo. Este Tribunal aplaza la vista por quince minutos.

El juez Osborn regresó a su despacho.

Mason se levantó, se desperezó levemente, bostezó con estudiado descuido y se acercó al teniente Tragg.

—¿Quiere venir conmigo a un rincón unos instantes, teniente?

Tragg asintió, y los dos hombres se dirigieron a una esquina de la sala.

Tragg sonreía subrepticamente.

—Gracias por su contrainterrogatorio de Holcomb —el teniente

estrechó la mano de Mason—. No dejaba de fanfarronear por el modo como lo había rastreado a usted hasta un lugar donde Goshen había logrado identificarlo. Supongo que esto le ablandará por algún tiempo. Entienda, Mason, que le estoy hablando de modo personal y no oficialmente.

—Seguro —asintió el abogado—. Y siguiendo en la línea personal, ¿qué le parecería una carrerita, teniente?

—¿Adónde?

—Al distrito residencial.

—¿Cree que tenemos tiempo?

—Creo que tenemos mucho tiempo.

—No podremos regresar en quince minutos, Mason...

—Opino —le tranquilizó Mason— que cuando Argyle estudie la lista, tendremos mucho más tiempo. Él... Ah, aquí viene Burger.

Hamilton Burger, avanzando con la dignidad de un hombre que, por exigencias de su profesión, se ve obligado a conversar con un enemigo, preguntó:

—¿Tan importante es esa lista de testigos, Mason?

—Muy importante.

—Argyle no puede comprobar los nombres hasta confrontarlos con una lista de sus accionistas. Dice que tiene muy poca memoria para los nombres, aunque cree que todos éstos son accionistas de una de sus compañías. Si desea usted una respuesta a su pregunta, hay que aplazar la vista hasta mañana por la mañana.

—Excelente —asintió Mason.

—Pues para mí no —protestó Burger.

—¡Necesito la respuesta a mi pregunta! —insistió Perry Mason.

—Bien —anunció Hamilton Burger, tras cierta vacilación—, muy bien. Bajo su responsabilidad, la vista queda aplazada hasta mañana por la mañana.

—¿Se lo explicará usted al juez? —inquirió Mason.

—De acuerdo —repuso el fiscal, girando sobre sus talones.

—Y ahora —Mason volvióse hacia Tragg—, si quiere venir, teniente... Creo que será mejor que vayamos en su coche.

—¿Sabe lo que está haciendo? —extrañóse Tragg.

—Eso espero —contestó el abogado.

Capítulo 29

Tragg enfiló el coche hacia la entrada del callejón indicado por Mason.

—Desde aquí veremos la casa —dijo el abogado.

—¿Pero qué esperamos? —quiso saber Tragg.

—Hollister salió en viaje de negocios, ¿verdad?

—Sí.

—¿E intentaba estar fuera varios días?

—Exacto.

—Cuando ustedes hallaron el coche y el cuerpo —continuó Mason—, hubo algo que no encontraron.

—¿A qué se refiere?

—Al equipaje. Cuando una persona sale de viaje suele llevarse equipaje.

—Cierto —asintió Tragg.

—Además, el cadáver estaba en una postura algo rara —ponderó Mason—. ¿Qué le indica dicha postura, teniente?

—Sólo una cosa. Que el cuerpo debió ir metido dentro del portaequipajes del auto.

—Muy bien —aprobó Perry Mason—. ¿En el portaequipajes del coche del propio Hollister?

—Es posible.

—Ah, aquí viene Argyle. Conduce bastante de prisa, ¿eh, teniente?

—Probablemente, tiene muchas cosas en qué pensar. Supongo que la vista le ha estropeado su programa de trabajo —razonó el teniente Tragg.

Mason se desperezó y bostezó.

—Seguramente —concedió.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Aguarde y verá —le aconsejó Mason—. Este coche tiene radio, ¿verdad?

—Sí.

—Asegúrese de que funciona —le recomendó el abogado—. Llame a la Brigada y pregunte la hora.

—¿Qué diablos pretende, Mason? —se extrañó Tragg—. ¿Cuál es su idea?

—Se me ha ocurrido tan de repente —explíclele Mason—, que me lo he llevado a usted con muy poca ceremonia. Tal vez Burger quiera estar en contacto con usted. Supongo que el asunto de la identificación...

—¡Muchacho, eso fue estupendo! —sonrió Tragg—. Mason, me hubiese gustado saltar y abrazarlo... Bueno, personalmente, no de modo oficial.

Tragg sintonizó la radio y habló con la Brigada. Luego se retrepó en el asiento y encendió un cigarro.

—Mason, ¿qué diablos esperamos? Si quiere ver a Argyle, ¿por qué no vamos a su casa?

—Oh, es preferible que haga memoria... si eso es lo que necesita. ¡Caramba... ahí viene otra vez!

Argyle salía en aquel instante de su casa, casi corriendo, llevando una bolsa en una mano y una maleta en la otra. Se metió en el coche y puso en marcha el motor.

—Ahora —observó Mason—, si arrancamos y nos mantenemos cerca de él, y usted utiliza su sirena, creo que llegaremos a alguna parte.

—¿Usar la sirena? —se extrañó Tragg—. ¿Qué ha hecho Argyle?

—Sígale y verá lo que ha hecho —le manifestó el abogado—. Por lo menos, le dará la ocasión de detenerle por exceso de velocidad.

—¡Maldición! —gruñó Tragg—. No soy ningún policía de tráfico...

—¿Quiere hacerlo o no? —preguntóle Mason, solemnemente.

Tragg estudió el semblante del abogado.

—De acuerdo —cedió al fin.

—Pues será mejor que arranquemos.

Tragg lanzó el auto tras el de Argyle.

—¿Cuál es el límite aquí? —quiso saber Mason.

—Sesenta kilómetros. Pero creo que Argyle marchaba a ochenta. No debiera hacerlo.

—Pruebe a tocar la sirena —apuntó Mason.

—Mejor será que le alcancemos y...

—Utilice la sirena —repitió Mason con impaciencia, y él mismo la puso en marcha.

Tragg se apresuró a pararla.

—¡Maldita sea, Mason, no haga esto...!

Argyle volvió la vista hacia atrás, con mirada de aprensión, divisó al coche policíaco, y de repente aceleró.

—¿Qué es lo que pasa? —rugió el teniente—. Ese necio... ¡Mason, trata de escapar!

—Claro que trata de escapar —repuso Mason tranquilamente—. ¿Qué creía, pues?

—¡Ahora verá este tipo! —rezongó Tragg. Y puso en marcha la sirena.

Argyle hizo rechinar los neumáticos al lanzar el coche a toda velocidad por una curva cerrada.

—¡Sujétese, Mason, que ahí vamos! —aulló Tragg.

Puso el coche en segunda, y envió el auto hacia la curva, con un chirrido estruendoso.

—Aprendí a conducir en la época de la ley Seca —explicó, riendo.

—Argyle va a emprender otra curva —avisóle Mason.

—Ya lo veo... Pero un buen policía debe saber tomar las curvas mejor que nadie... Sujete su sombrero, Mason, que ahí vamos otra vez.

Tragg volvió a conmover todo el coche en la curva, dejando las señales de los neumáticos en el asfalto.

—Supongo que puede empezar a disparar, Tragg —le advirtió el abogado—. Será mejor que esté preparado.

—¿Pero por qué diablos huye? —quiso saber Tragg, estupefacto.

—Por el asesinato de Hartwell L. Pitkin y el de Ross P. Hollister —le aclaró Perry Mason, encendiendo un cigarrillo—. Por esto...

Tragg estaba ya hablando por radio.

—El teniente Tragg llama a la Brigada de Homicidios, desde el coche cuarenta y dos. Persigo a un sospechoso de asesinato, en un sedán «Buick», matrícula 9Y6370, al norte de Hickman Avenue, entre las calles Ochenta y Nueve y Noventa. Envíen coches de patrulla urgentemente. Tengo la sirena en marcha.

Tragg sacó la pistola de la funda.

—¿Tiene un arma, Mason? —inquirió.

—Soy un ciudadano que respeta las leyes —repuso éste.

—Le nombro mi ayudante —dijo Tragg solemnemente—. Hay un revólver en el compartimiento de los guantes. Cójalo. ¿Está seguro de lo que ha dicho?

—Claro que lo estoy. De lo contrario, no estaríamos perdiendo el tiempo, pero no podía probarlo hasta que emprendiera la huida. Tenía que lograr que se asustase.

—Seguro que ahora lo está —masculló Tragg, asiendo con fuerza el volante—. Vamos a cien por hora.

—Creo que huirá si llega a una recta —opinó Mason.

—Mi sirena le está abriendo paso —gruñó el teniente—, pero si la hago callar, alguien podría quedar malherido.

—Mantenga la sirena en marcha —aconsejóle el abogado—. Más pronto o más tarde lo alcanzaremos, y este viaje es el último clavo de su ataúd... ¡Eh, cuidado!

De repente, acababa de surgir un coche de un cruce; su conductor oyó la sirena, vio los autos de Argyle y de Tragg corriendo hacia la carretera, y trató de apartarse hacia el bordillo.

Argyle giró el coche para evitar un choque. Entonces, el vehículo pareció patinar peligrosamente, y de pronto volcó aparatosamente, yendo a detenerse junto a un muro.

El teniente Tragg realizó un brusco frenazo.

Mason aguardó un momento, para ver si Argyle salía de entre los restos del coche.

—Supongo que todo ha terminado, teniente —dijo luego—. Ya no soy su ayudante.

Dicho lo cual, abrió el compartimiento de los guantes y deslizó dentro el revólver.

Capítulo 30

Paul Drake, Della Street y Perry Mason se hallaban en el despacho particular del último. La secretaria, encaramada en una esquina de la mesa, se sujetaba una rodilla con los dedos entrelazados. Mason estaba recostado en su sillón giratorio, y Drake, bien espatarrado en la butaca destinada a los clientes.

—O sea, que tú lo sabías ya todo —prosiguió el detective la charla.

—Claro que no —protestó Mason—, pero cuando me enteré de que el auto de Argyle no había chocado con el de Bob Finchley, me pregunté por qué había deseado llegar a un arreglo, en un asunto del que no era responsable. Y comencé a preguntarme si no estaría construyéndose una coartada.

—Naturalmente, ahora queda muy claro —reconoció Drake—, pero que me maten si entiendo cómo empezaste a sospechar la verdad.

—Te reconstruiré lo ocurrido, Paul —ofreció Mason—. Argyle, Hollister y Gates eran socios en el negocio. Hollister proporcionaba la mayor parte del capital y se quedaba con la mejor parte de los beneficios. Argyle y Gates empezaron a estafarle. O Hollister se enteró, o se olió la trampa. Lo cierto es que convocó una conferencia que tuvo lugar en casa de Hollister, en Santa del Barra, el día 3, lunes. Argyle y Gates no deseaban ir allí.

—¿Los condujo Pitkin? —inquirió Drake.

Mason sonrió.

—No, Pitkin estaba en San Francisco.

—No lo entiendo.

—Gates y Argyle se hallaban en tal apuro que podían ir a la cárcel por fraude. Finalmente, Hollister los tenía cogidos. Gates lo

sabía. Argyle sólo lo suponía. Gates decidió que si las cosas se ponían peor, tiraría por la calle de en medio.

Mason hizo una pausa y prosiguió su exposición de los hechos.

—Así, compró un billete para el avión de Honolulu a su nombre. Después, hizo que Pitkin efectuase la primera parte del viaje *a su nombre*.

»Esto le daba a Gates una coartada por si la necesitaba. Y se metió una automática del 45 en el bolsillo.

»Resultó tan malo como pensaba. Hollister les entregó su ultimátum, pidiéndoles probablemente que le devolvieran todo lo robado. Exigió una decisión rápida. Y Gates se la dio con su automática.

»Argyle se volvió medio loco. Pero Gates lo tenía todo planeado por si tenía que liquidar a Hollister. Y metió a Argyle en el asunto. Sacaron una lona impermeable del portaequipajes del coche de Gates, enrollaron rápidamente el cuerpo, lo sacaron por la puerta trasera y lo metieron en el portaequipajes del coche de Hollister.

»Luego, llevaron los dos coches, el de Argyle y el de Hollister, por la carretera del cañón. Gates le había explicado su propia coartada a Argyle, pero éste se hallaba sin ninguna. Fue Gates quien le propuso que corriese hacia su club y proclamase que le habían robado el coche. Esto les protegería en el caso de que alguien les hubiera visto en el declive. Estropearon el reloj de pulsera de Hollister, con las manecillas a las 5,55 y el reloj del coche parado a las 6,21. Luego, estacionaron el coche de Argyle, condujeron el de Hollister hasta un lugar donde pudiera dar media vuelta, arrojaron el cadáver por el precipicio, le echaron tierra encima, lanzaron el vehículo por otro barranco, y regresaron a Santa del Barra.

»Gates puso en marcha su coartada usando el nombre de Hollister y llamando a Gates al aeropuerto de San Francisco, desde el teléfono de Hollister. Pitkin contestó en nombre de Gates. Esto le proporcionaba a éste una coartada perfecta.

»Al morir Hollister, cayó sobre una alfombra oriental, de mucho valor. Los dos asesinos no tenían tiempo de limpiar la alfombra ni de reemplazarla. Por tanto, se la llevaron para que las manchas de sangre no les traicionasen ante su ama de llaves, cuando ésta acudiese a su trabajo a la mañana siguiente. La mujer sabía que su

amo salía de viaje, por lo que su ausencia no le extrañaría, pero, si se preguntó qué había sido de la alfombra. El día anterior, Hollister había mencionado su intención de regalársela a Lucille para su apartamento. El ama de llaves envió un telegrama a la joven, preguntándole si Hollister le había regalado la alfombra oriental. Lucille se enojó y replicó que tenía la alfombra que Hollister le había dado. El ama de llaves no reflexionó mucho en esta respuesta hasta que fue hallado el cadáver de su amo.

»Argyle regresó aquí. Pitkin volvió en avión. Gates voló a San Francisco, recogió el billete que Pitkin había dejado para él y se marchó a Honolulu. Pero Pitkin fue lo bastante listo para comprender que no le había pagado una bonita cantidad de dinero por nada. Desde aquel momento decidió descubrir el motivo y efectuar un chantaje... y Argyle decidió, por su parte, matar a Pitkin.

»Argyle fue a su club, manifestó que le habían robado el coche y trató de crearse una coartada sobornando al portero. Pero tan pronto como se calmó, comprendió que su plan era muy imperfecto.

»Entonces, Argyle leyó nuestro anuncio en *La Hoja* y concibió la idea de forjarse una buena coartada, fingiendo que él era el culpable del accidente y la fuga. Sabía que la compañía de seguros correría con los gastos.

»Al registrar el cuerpo de Hollister, Argyle había encontrado las llaves del apartamento y el garaje de Lucille. Debía saber que el difunto iba a casarse con la joven y el punto en que se hallaban sus relaciones.

»Cuando Argyle vio el anuncio, comprendió que si podía pasar por el conductor del accidente, podría pagar los daños y perjuicios, con el concurso de la compañía de seguros, y ello le otorgaría una coartada a toda prueba. Obviamente, si él se hallaba en el cruce de Hickman Avenue y Vermesillo Drive, a las cinco de la tarde del día 3, no era posible que estuviera al mismo tiempo en Santa del Barra, cometiendo un asesinato. Recuerda, Paul, que tenía una buena coartada para el resto de la tarde. Ya lo procuró. El ama de llaves se había ido a su casa a las cuatro y media de la tarde del día 3. Hollister aún estaba vivo, y le había manifestado a la mujer que pensaba salir de viaje a las seis, después de sostener una breve

conferencia.

»Argyle se dispuso a asesinar a Pitkin con calma y deliberación. Te envió una carta, incluyendo la llave del apartamento de Lucille. Así se aseguraba de que tú enviarías a alguien a hablar con él. Colocó un neumático nuevo en su coche, abolló un guardabarros y lo cubrió de pintura. Sí, era un plan diabólicamente listo, que debía proporcionarle una coartada más resistente que el hierro en el asesinato de Pitkin.

—¿Cómo? —exclamó Drake—. Yo hubiese jurado que su coartada era perfecta. Caramba, Perry, si cuando se cometió el crimen él estaba sentado en tu despacho.

—Fue a una agencia de colocaciones —explicó Mason—, el día 5, y contrató a un chófer para que empezara a trabajar para él poco antes de las cinco de la tarde. Explicó en la agencia que el chófer tendría que ir a Detroit en autocar, a fin de recoger un automóvil nuevo, y llevarlo a Méjico, donde Argyle iría a buscarlo. De esta forma, el chófer no tendría ocasión de leer la noticia de la muerte de Pitkin.

»Argyle era lo bastante listo como para saber que si alguien veía a un hombre vestido de chófer, sentado al volante de su automóvil, supondría que era Pitkin. Al menos, si la persona en cuestión no conocía a este último.

»Por la actitud de Pitkin hacia Argyle, supuse que el primero estaba haciendo objeto de chantaje al segundo, ya antes del asesinato de Hollister. Sea como sea, Pitkin sospechaba de la coartada que le había proporcionado a Gates, y se preguntó si Argyle no estaría también complicado en el asunto. Evidentemente, Argyle, por su parte, había realizado averiguaciones respecto a Pitkin, y descubrió que éste había sido el primer marido de Lucille Barton, que la muchacha pensaba casarse con Hollister, y que todas las tardes estaba fuera de su apartamento, de dos a cinco.

»Tan pronto como consiguió las llaves del apartamento de Lucille, comenzó a planear el asesinato de Pitkin. Mi anuncio le dio la oportunidad que necesitaba. Empezó a merodear por el apartamento de Lucille, y cuando averiguó que había un revólver en el buró, no le hizo falta nada más.

»Llevó a Pitkin hasta el garaje de Lucille. Y lo interesante es que

el difunto ignoraba que allí viviese su antigua mujer. Cuando entraron en el garaje, probablemente Pitkin pensó que se trataba de algún trabajo. Había visto a Lucille, sabía que vivía en la ciudad, y trataba de encontrarla de nuevo, pero ignoraba dónde habitaba.

»Con algún pretexto, Argyle logró que Pitkin descompusiera el motor del auto de Lucille, y es muy posible que supiese que Colson lo había estado revisando. Debemos recordar que había estado averiguando datos sobre Pitkin, Hollister y Lucille, por algún tiempo. Todo estuvo bien planeado por Argyle. Éste esperó hasta que el coche comenzó a petardear, para que el ruido del disparo quedase ahogado por las explosiones, apretó el gatillo, se embolsó el revólver, saltó al coche de Lucille, lo llevó al otro lado de la calle, y lo aparcó en el bordillo. Dejó las llaves en el coche, puso un cartucho nuevo en la recámara del arma, subió al apartamento de Lucille y la dejó en el buró. Después, cogió su propio auto, fue a recoger al chófer contratado y lo dejó esperando delante de este edificio, por la hora en que llegó Della. Tuvo buen cuidado de que el dueño de la tabaquería del vestíbulo viese a un chófer conduciendo el coche y buscando un lugar donde estacionarse. También tuvo suerte de que Della se fijase en el coche y en su chófer.

»Me aguardó en el despacho tanto como le fue posible. Luego, llamó a la compañía de seguros, los cuales, naturalmente, le ordenaron que no hablase conmigo.

»El representante de la compañía vino a recoger a Argyle. Éste contó una historia que asustó al otro, ofreciendo indemnizar al herido, y ambos fueron a visitar a Bob Finchley.

—¿Cómo sabía Argyle que tú hallaste cerrado el buró en tu primera visita al apartamento de Lucille?

—Debió estar vigilándome. Me vio entrar. Después de volver a salir y haberse marchado Lucille, descubrió que el buró estaba cerrado. Debía tener otra llave, que habría hecho fabricar. Cuando vio que yo no aparecía por su casa, comprendió que no había encontrado el número de matrícula que él había anotado en la agenda: por tanto, me envió la llave del buró, por un mensajero especial.

»Lucille salió tan pronto como yo me marché, por lo que Arthur

Colson la aconsejó respecto a lo que tenía que decir. La joven creyó, debido a esto, que yo le tendía una trampa.

»Cuando Argyle la vio salir, tan contenta como con un millón de dólares, comprendió que iba a ver a Colson. Naturalmente, Argyle también se había hecho fabricar otra llave del buró para tal eventualidad.

»Entonces, redactó otra carta y me envió la llave.

»El plan de Argyle era perfecto. De no haber sido porque nuestro anuncio lo leyó también Carlota Boone, la que verdaderamente conocía la identidad del coche causante del accidente, nunca habríamos sospechado la verdad.

»Fijaros bien en la circunstancia más sospechosa de todas, cuando se reflexiona en ella. Cuando hablé con Argyle, la tarde del 5, dio a entender que él había conducido el coche. Compuso una expresión culpable, lo mismo que cuando fue a visitar a Bob Finchley. Pero cuando se enteró de que habíamos descubierto al verdadero culpable, empezó a echarle las culpas a su chófer.

»Naturalmente, comprendió que estaba en una posición muy precaria, por lo que trató de zafarse de ella inventando una conversación con Pitkin.

—¿Pero no le dejaba esto a merced tuya? —preguntó Drake.

—Seguro, pero no podía hacer nada más. Naturalmente, cuando comprendió que el ama de llaves de Hollister pensaba que su amo le había regalado la alfombra a Lucille, se sintió muy aliviado. De no haber sido por una casualidad, tal vez no habrían hallado el coche de Argyle en muchos meses. Y de no encontrar el auto, tampoco habrían hallado el cuerpo.

»Pero los datos estaban en contra de Argyle en el caso de Hollister, y a su favor en el de Pitkin.

»Lucille no quería avisar a la policía hasta haber concertado un arreglo con Willard Barton. Éste le sacó la verdad y sugirió poner el revólver junto al cadáver para que pareciera un suicidio. Arthur Colson, por su parte, empleó una lima para borrar los números del arma. Cuando Lucille vio el cadáver de su ex esposo en el garaje, debió sospechar que alguien le había cogido el revólver para realizar el trabajito. Tal vez se dio cuenta de que alguien había registrado su buró durante su ausencia. Yo había vaciado la

recámara y Lucille y Colson volvieron a llenarla, plantando el revólver en el garaje.

—Debieron trabajar muy de prisa en el caso de Hollister —comentó Drake.

—Seguro. Gates lo tenía todo planeado, por si llegaba el momento fatal. Ambos llegaron a casa de Hollister a las cinco menos veinte minutos. Hollister estaba furioso. Gates mostraba una frialdad mortal. Mataron a Hollister y lo envolvieron en la lona a los pocos minutos. Después de lo cual, no quedaba gran cosa por hacer. Argyle estaba de regreso a la ciudad a las siete, y se creó una coartada para el resto de la noche.

—¿Cómo conseguiste que Argyle se derrumbara? —inquirió Drake—. Esto es algo que no entiendo.

—Fue cuando le entregué aquella lista —explicó Mason—. Era un truco. Durante el descanso del mediodía llamé a todas las agencias de colocaciones de la ciudad, preguntándoles los nombres de todos los conductores contratados los días 4 y 5 de este mes. Conseguí una lista de quince nombres, incluyendo los de personas contratadas como mayordomos y criados. Entonces, le entregué la lista a Argyle. Y vio en ella el nombre del individuo que había contratado y que se hallaba camino de Detroit en un autocar. Esto fue un gran golpe para él. Comprendió que yo había adivinado la verdad.

—¿Cómo te enteraste de lo de Detroit? —insistió Drake.

—No lo sabía entonces. En aquel momento sólo era una teoría. Tragg comprobó la lista cuando sacaron a Argyle de entre los restos del coche, siendo llevado a un hospital, donde hizo una confesión completa. Halló a un individuo, un tal Orville Nettleton, que había dejado su habitación explicándole a su patrona que iba a trabajar para un caballero que le enviaba a Detroit a recoger un coche nuevo, el cual debía llevar a Méjico, donde el caballero se reuniría con él. Nettleton estaba encantado con este trabajo y mencionó el nombre del caballero: Argyle.

—Bien —sonrió Della Street—, ha sido un buen caso, pero no veo ninguna ganancia en él.

—Temo que no —rió Mason, complacido—. Algunas veces, un abogado se ve obligado a aceptar un caso, y éste es uno de estos que

dan mucha fama y poco dinero.

—Esto te enseñará —observó Drake— a no dejar tus huellas en los revólveres.

—Y a mantenerse alejado de las chicas que tienen apartamentos —añadió Della.

—Observaréis —sonrió Mason— que le entregué rápidamente la llave de dicho apartamento al teniente Tragg.

—Oh, sí —asintió Drake—. Y me pregunto qué habrá hecho Tragg con esa llave.

—Bien, usted ha tenido alguna compensación, jefe —observó la secretaria—. Sostuvo un mano a mano y un desayuno con esa Lucille de los mil maridos.

—De los mil maridos, pero muy precavida —replicó el abogado. Drake le guiñó un ojo a Della.

—¿No se mostró Perry también muy precavido?

—Creo que sí —convino la joven.

—Pues, seguid creyéndolo —rió Mason—, y recordad que si bien no he cobrado nada en el caso de asesinato, no me ha ido tan mal en el caso de Bob Finchley.

—Tienes razón —exclamó el detective con admiración—. ¿Sabes? Me eché a reír cuando el juez Osborn lanzó una carcajada al comprender la verdadera naturaleza del arreglo. Particularmente, cuando Argyle citó las palabras de Bob Finchley, respecto a que esto les enseñaría a las compañías de seguros a no hacer nada a espaldas de un abogado.

—A propósito, Paul —exclamó Mason, tras un silencio—, vi a tu secretaria al pasar por el corredor. Me dijo que si te encontraba aquí te dijese que el cliente del caso Emery desea urgentemente un informe.

Drake saltó del sillón.

—¡Dios mío! ¡Me había olvidado de Emery! Bueno, adiós.

Mason vio cerrarse la puerta lentamente.

—Caramba, le ha puesto fuego al rabo, jefe —dijo Della Street.

Mason asintió.

—Estaba pensando que podíamos salir a cenar para celebrar el final de este caso, Della.

La joven le miró emocionada.

- ¿Entonces, por qué ha despedido a Paul?
- Porque no necesitamos a ningún tercero, creo yo.
- Esto parece interesante —murmuró Della Street.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] *Palabra*: Más aceptado es el vocablo *Probación* que, en resumen, es el principio de la supervisión de los delincuentes por los oficiales de probación, en Inglaterra y Norteamérica. En 1876, en los tribunales de Londres se establecieron tribunales de policía misionales y más adelante en muchos tribunales de provincia. Aunque primitivamente intentaban sólo reformar a los borrachos que en aquella época eran llevados en gran cantidad ante la justicia, estos tribunales misionales no tardaron en convertirse en tribunales para la supervisión de los convictos de otros crímenes menores. Su éxito condujo a su pleno reconocimiento legal por el acta de 1907. Hoy en día, toda la ley que se apoya en propósitos prácticos se halla incluida en el Acta de Justicia Criminal (1948), que prescribe «inter alia»:

«Cuando un tribunal que ha hallado a una persona convicta de una ofensa (no siendo una cuya sentencia esté fijada por la ley), opina que deben atenderse las circunstancias, incluyendo entre ellas la naturaleza de la ofensa y el carácter del ofensor, el tribunal, en vez de sentenciarle, puede entregarle una orden de probación, o sea una orden por la que se le requiere a ponerse bajo la supervisión de un oficial de probación por un período que quedará especificado y no será menor a un año ni mayor de tres».

Una orden de probación no puede dictarse con respecto a una persona que ha alcanzado los catorce años de edad, sin la expresa voluntad del ofensor de cumplir con los requisitos de la misma. Éstos, usualmente, se refieren a la buena conducta del acusado, animándole al trabajo, y la seguridad de que verá a su oficial de probación cuando éste se lo pida, recibéndole hasta en su casa.

Si un probado no se atiene a lo ordenado en la probación, el oficial tiene la obligación de informar de la falta al Tribunal, cuyo magistrado tiene poder para ordenar que el transgresor comparezca ante el tribunal para responder por dicha falta.

Un probado convicto de otra ofensa o delito mientras se halla en período de probación puede también ser procesado por la primera ofensa, aunque en esta circunstancia el tribunal dejará en suspenso la orden de probación. (N. del T.) < <

[2] En Estados Unidos, como en la mayoría de los países de habla inglesa, el horario laboral finaliza a las cinco de la tarde (N. del T.)

< <

[3] Aniversario de la independencia de Estados Unidos. (N. del T.)